

Vivir para cantarla

Vivencias y canciones

de Adelis Fréitez





Vivir para cantarla


EL PERRO
y LARANA

© 1.ª edición digital, Fundación Editorial El perro y la rana, 2017
© 2.ª edición digital, Fundación Editorial El perro y la rana, 2019
© 1.ª edición impresa, Fundación Editorial El perro y la rana, 2019

© Adelis Fréitez

© Fundación Editorial El perro y la rana

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,

Caracas - Venezuela, 1010.

Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

www.elperroylarana.gob.ve

www.mincultura.gob.ve/mppc

Facebook: El perro y larana

Twitter: @elperroylarana

Edición

Oswaldo Antonio González

Corrección

Álvaro Trujillo

Diagramación

Vilma Jaspe

Hecho el Depósito de Ley

ISBN: 978-980-14-3921-9

Depósito legal: DC2019001361

Fréitez, Adelis, 1943-

Vivir para cantarla. Vivencias y canciones de Adelis Fréitez.

--Caracas: Fundación Editorial El perro y la rana, 2019.

226 p. --

ISBN: 9789801439219

DL: DC2019001361

1. Fréitez, Adelis, 1943- . 2. Compositores venezolanos.
3. Músicos -- Venezuela. 4. Carota, Nema y Tajá (Grupo musical)
5. Música --Venezuela -- Historia y crítica --Siglo XX. I. Título. II. Serie.

781.3092

F866

Vivir para cantarla
Vivencias y canciones
de Adelis Fréitez

Prólogo

Hay que usar el corazón de tintero para poder escribirle al libro *Vivir para cantarla*, del compositor Adelis Fréitez, una nota que sirva de prólogo; porque este libro no necesita ninguna presentación, él mismo dice, canta, grita; es luz y sonido, vibración permanente del sentir que nos hace nación.

Tejido con hilos de un creador que es fibra y raíz de su pueblo, que se moldeó en el barro originario de su tierra, que recibió el aroma temprano de la poesía nacida en la mágica luz de su infancia y en los vientos impregnados de olores que por arte de magia transformaban remolinos y polvaredas en mitos y tradiciones. Al inicio de su autobiografía, Adelis, de una manera sencilla y luminosa, nos hace un recorrido por su infancia y adolescencia describiendo sus aventuras de muchacho, su acercamiento a la música y también al duro vivir de una época donde la democracia representativa, vestida de muerte, dejó soledad y dolor.

Narra Adelis, con admiración, su encuentro con la música, como en el caso de Ciriaco Torrealba, un músico de su pueblo que tocaba el violín en las alegres parrandas pascueras: "... en mi memoria infantil también guardo con mucho cariño el agudo sonido de las cuatro cuerdas de su violín que él venía afinando por el camino real...".

Una memoria enamorada salta al presente y se hace copla, se hace canción; porque Adelis Fréitez, en esta, su autobiografía, construye un puente para cruzar el tiempo e ir desde el hoy, en viajes creativos al pasado, y de allí extraer la médula de un poema que se hace canción. Alimento permanente de sus composiciones, quizás por esa razón el elemento alegría es el que más abunda en el mundo creador de Adelis Fréitez.

Se han realizado grandes estudios para explicar la cultura de un pueblo, el porqué de las razones que llevan a un pueblo a actuar de

manera específica. Etimológicamente la palabra nación viene del latín *natio* que significa “lugar donde se nace”. Desde el punto de vista de las Ciencias Sociales y políticas, la “nación” es una realidad constituida por un conjunto de seres humanos que, además de tener un lugar común de nacimiento y de vida (el territorio), tienen una serie de características que los identifican y, al mismo tiempo, los distinguen de otros conjuntos de seres humanos: raza, idioma, costumbres, tradiciones, historia, religión, música, hábitos alimenticios; en síntesis, una cultura que va moldeando el alma individual y colectiva de los pueblos pero, sobre todo, un sentimiento común de tener un mismo destino. Esta no solo se manifiesta en la convergencia de símbolos y fechas sino en su mayor esencia, la cual es el sentido creativo de un pueblo que se hermana profundamente con sus tradiciones, con su música, con sus cantos. Y Adelis Fréitez es un maestro en eso de componer canciones que identifican a su país y, sobre todo, a su región y estado. Pienso que Adelis es un semeruco donde todos los pájaros liban el “acidito” de sus canciones. Así como él lo dice en su autobiografía “... tengo en el solar de mi casa varios comederos, donde mi compañera y yo colocamos arroz a unos pajaritos grises y pequeñitos y a los torditos que llegan en bandadas”. Así llegamos todos los venezolanos y, sobre todo, los larenses, a los comederos de Adelis y allí nos alimentamos de la esencia pura de nuestro pueblo.

Todos los países del mundo tienen la suerte de tener sus artistas, poetas, pintores, músicos, actores, artesanos, etcétera, que mantienen, más allá de la historia, los elementos culturales que los conforman en una nación y le dan su identidad.

Pareciera ser que una gota de sangre de cada uno de los larenses corre por las venas de Adelis y viceversa; digo esto porque jamás había sentido que un creador se identificara o identificara tanto a un pueblo como lo hace este autor de la larensidad.

En fin, ese Cubiro en donde de noche se veían todas las estrellas y soplaban un viento tan fuerte y tan frío que parecía como si todos los duendes de la montaña se hubieran puesto de acuerdo y, al unísono, soplaban y soplaban sin parar para luego reírse de los pobladores, gente humilde y trabajadora, esa, mi gente cubireña, que andaba como abrazadita, titiritando de frío.

Este fragmento, y todo el libro, me hacen decir, y con firmeza lo digo, que Adelis ¡es poeta por todos los costados! Si usted lo agarra por el norte, es poesía; si lo busca por el sur, es verso puro; si le toca el este, es canción enamorada; y si lo espera en el oeste, es estrella alumbrando oscuridades.

Todos los juegos infantiles alimentaron los sueños del compositor: metras, yoyo, trompo, papagayo. Alimentó también su infancia con los frutos de su tierra, las comidas, los dulces, los amasijos (panes caseros).

Un libro lleno de anécdotas, con mucho humor y con la sencillez característica de los larenses donde cada canción-poema tiene una raíz que la hace árbol, fruto y sombra. Anécdotas como esta:

Otro día llegó el abuelo rascaíto y entró a la casa gritando “¡Úrpia!”. Pero andaba como muy acelerado y volvió a gritar con fuerzas: “¡Úrpia, carajo!, ¡Viva Castro!”. De pronto se paró al frente una patrulla de la policía. Todos nos asustamos, eran tiempos de mucha represión. Se bajó un policía con la mano en el revólver mientras gritaba amenazador: “¿Quién es el comunista que le está dando vivas a Fidel Castro...?”. Nos costó mucho convencer al agente del orden público de que era el abuelo borracho y que se refería a Cipriano Castro, mientras el policía, rezongando en su ignorancia, decía: “Yo no conozco a ningún Cipriano Castro, mucho cuidado si me están mamando gallo porque me los llevo presos a todos”.

Por eso es que las composiciones de Adelis Fréitez tienen un humor que alegra el alma. Pero no solo de ese pan se alimenta su obra, sino que además hay un criterio ecológico lleno de bondad hacia la naturaleza y juicios críticos a la política mundial, nacional y local que quisieran muchos sesudos analistas lograr. Canciones infantiles con una profunda dulzura, otras de carácter social donde habla de las luchas campesinas, obreras. Canciones donde el amor es letra enamorada que llama a la mujer amada; letras que hablan de personajes de nuestros pueblos, de nuestros paisajes. Adelis Fréitez forma parte de esos maestros compositores de la música venezolana que le dan consistencia a nuestra nación; que son la base para que en amor nos nombremos venezolanos. Fuente permanente del agua de la nacionalidad.

Cuando nuestro autor sale del campo y se va a la ciudad, por razones de vida, de estudios, nunca deja su espíritu campesino y se lo lleva a Caracas donde realiza estudios técnicos; terminando su primera carrera en la Escuela Técnica de Caracas. Allí se forma para el trabajo, pero también se templea en luchas estudiantiles y conoce la represión y el terror de esos años. Todos los periplos de Adelis siempre se manifiestan en sus canciones, porque en ellas siempre están presentes el aroma del campo, el torbellino de las ciudades y los vientos de libertad, y todas sus letras están llenitas del buen amor; empujando con alegría a toda Venezuela hacia el camino de la amistad. Porque Adelis es amistad, sencillez y en él se significa la verdadera esencia del venezolano.

Adelis es llano, montaña, es tierra fértil y tierra árida. Barro para la tinaja donde guardamos el elixir de la patria; es mar, cardón, cardinal. Es golpe y danza. Máxima expresión de la sabiduría del pueblo. Sé que el lector gozará, regocijará su espíritu con este ameno libro, que aunque toca también momentos críticos y duros de este gran venezolano, estos se suavizan o se rinden ante la alegría del autor. El lenguaje, la manera de narrarlo, expresa abiertamente el espíritu alegre y lúcido del venezolano.

Una narración en primera persona, bien hilvanada, amena, crítica, donde los acontecimientos de la mitad final del siglo pasado y el inicio del XXI, se hacen canción, la manera más hermosa de aprender historia. Sé que el lector gozará, contará y cantará este libro y dirá a coro con Adelis Fréitez: ¡Vivir para cantarla! Y él la sigue cantando.

ORLANDO PICHARDO

DEDICATORIA:
A TOWA:
 Porque llego en el justo momento
 y me ayudo a descubrir algo que llebaba
 por dentro y no lo sabia... JA TERUNWA.

A Mis Hijos:
 Provedors de eso Terunwa.

A mi Pueblo:
 Por el Amor, que me hizo DADO,
 que viene siendo la Terunwa en
 MASA, como decia la misma
 Vaina pues!
 ADELIS

*Cada cantor es una buena noticia,
 porque cada cantor es un soldado menos...
 Por eso hay que desconfiar de aquel que no canta
 porque algo malo debe tener en su corazón,
 aquel que no tiene una alegría que cantar...*

FACUNDO CABRAL

Canción sin nombre para la vida

Antes de llegar al mundo
uno está en una morada
de silencio y armonía.
Pero un buen día
lo despiertan de la nada,
le meten una nalgada
y así comienza esta vida.

Esta vida, tan solitaria esta vida,
que en el glorioso infinito
es una estrella perdida.
Llorosa vida, tan frágil y tan sentida,
que la inmensidad del tiempo
no alcanza para sufrirla...

Después le ponen un nombre
que, gústele o no le guste, uno tendrá que llevar,
lo ponen en un camino, lo enseñan a caminar,
y después uno se pierde en una cruel soledad.
Y así vamos por la vida,
luchando por un espacio que alguien nos quiere quitar.
O quitándole un espacio a alguien que quiere llegar
y, total, que ni llegamos, y ni dejamos llegar...

Así es la vida...
Cínicamente orgullosa...
inmensamente gloriosa, generosa,
miserable y alocada vida,
que lo va llevando a uno como barco a la deriva...
Oscura vida... tan llena de hipocresía,
pero con tantas razones que uno tiene pa vivirla...
Preciosa vida, tan sutil y tan querida
que, por seguirla viviendo,
con gusto diera mi vida.

Eterna vida... fugaz como una estrella amanecida,
si apenas hemos llegado y ya vamos de salida.

Recitado:

Esta vida que se nos va en un momento
no aprendemos a vivirla
porque no nos queda tiempo.

Así somos... Nada somos... Y de todo presumimos,
con la derrota lloramos, nos humillamos, nos rendimos.
Pero ante el triunfo nos llenamos con humo y con vanidad,
lo que fuimos lo olvidamos, ya no vemos para atrás.
Pero al final... nuestro epitafio escribirán
con ocho letras que nos dicen:

“El olvido”... Y nada más.

ADELIS FRÉITEZ

GRABADA POR EL AUTOR

INCLUIDA EN EL ÁLBUM *VIVIR PARA CANTARLA*

¿En qué momento comenzó mi vida?

*Vivir no es solo existir,
sino existir y crear,
saber gozar y sufrir
y no dormir sin soñar.
Descansar, es empezar a morir.*

GREGORIO MARAÑÓN (1887-1961)

MÉDICO Y ESCRITOR ESPAÑOL

Nunca lo sabré. Llegué a este mundo un día 9 de mayo de 1943. Estaba finalizando la Segunda Guerra Mundial, tiempos de esperanza para la humanidad. Me llamo Adelis Pastor Fréitez Agüero, tengo 63 años. Cuando cumplí 28, me conseguí con Antonieta, o “Toña”, como yo la llamo, y en un ratico de mirarnos a los ojos, nos nacieron 3 hijos y 4 nietos.

Nací en un pueblito colonial que hasta el año 1960, cuando comenzó la entrecomillada “democracia representativa”, tenía una sola calle de piedras por donde transitaban con un andar tranquilo y despreocupado unos hombres y mujeres de mirada lejana y melancólica; con unos ojos inmensamente azules, huella indeleble dejada por los Welser, conquistadores alemanes que recibieron beneficio de la Corona española, se vinieron a Venezuela, entraron por Coro y se instalaron en Cuara, pueblito al que me refiero y donde, según cuentan los viejos cuareños, nació María Violante Herrera, la madre del Catire Páez.

A Cuara le dicen “la tierra de la matraca”, porque desde la época de la Colonia hasta muy entrado el siglo pasado, en tiempos de Semana Santa usaban una matraca en sustitución de las campanas para llamar a los feligreses a la misa. Esto, en señal de respeto, profunda religiosidad y luto por la muerte de nuestro señor Jesucristo. La matraca

es simplemente una tabla de unos treinta centímetros de largo por veinte de ancho con unas argollas sujetas por cada lado, al girar la tabla de derecha a izquierda y viceversa, las argollas golpean la madera produciendo el ruido onomatopéyico del “traca-traca”.



Calle principal de Cuara, que en los años cincuenta aún conservaba el piso de piedra.



Mudo testimonio de la resistencia cultural.

Realmente el uso de la matraca no era exclusivo del pueblo de Cuara. También en Cubiro, en Semana Santa, me consta porque lo vi, pasaba un señor por la calle, por un espacio de tiempo de más

o menos quince minutos, tocando la matraca; y a la tercera pasada, muchas mujeres, cubiertas las caras con un velo negro, se iban detrás de él. Esto indicaba que estaba a punto de comenzar la misa.

En Cuara se conserva todavía una matraca que, a decir de los entendidos, tiene tantos años como el mismo pueblo; y también tiene una historia muy reciente, y por demás interesante, pues fue rescatada por unos paisanos cuareños de la iglesia de Quíbor donde, desde hacía muchos años, la tenía en su poder el señor cura de esa ciudad. Esta es una historia que contarán algún día, con todos sus detalles, sus propios protagonistas, entre ellos mi primo Douglas Torres, quien es integrante fundador del grupo Carota, Ñema y Tajá.



Adelis Fréitez y Antonia de Fréitez.
Y en un ratico de mirarnos a los ojos...



Los tres primeros nietos, hijos de Leonor: Roberto, Adrián y Xavier.



Isabella Valentina, hija de Ferrer, único varón y el mayor de la dinastía.

La Cruz Pelona

En realidad yo no viví más que los primeros cuarenta días de nacido en Cuara, pero la recuerdo porque ya adolescente era paso obligado cuando veníamos de Las Cuibas a Barquisimeto. La recuerdo con sus casas de inmensos corredores, aleros y ventanales, con su única calle de piedras por donde caminaban también unas cabras “manetas” y, de vez en cuando, algún conejo silvestre, así como los matos y las iguanas que vivían en comunión y armonía con sus pacíficos habitantes.

Todo ese ambiente hermoso lo cambió el “progreso”, que llegó de la mano de nuestra flamante “democracia”. Sepultaron con asfalto su hermosa y única calle de piedras y, para evitar que los vehículos pasaran a grandes velocidades, colocaron unos muros reductores de velocidad que llaman “policías acostados”. De las casas coloniales y solariegas por donde, de noche, desandaba el alma en pena de La Cruz Pelona pidiendo justicia para su pueblo, solo quedó el recuerdo y la nostalgia. Fueron derrumbadas por la falta de conciencia, la pérdida del sentido de pertenencia y el afán de copiarlo y cambiarlo todo.

Según cuentan los viejos cuareños, La Cruz Pelona era una señora llamada Cruz María o María Cruz, que fue asesinada por un hacendado porque tenía la costumbre de robar a los ricos para repartir entre los pobres el producto de lo robado. Había sufrido de tifus y se quedó totalmente calva. El 3 de mayo, Día de la Cruz, mis paisanos cuareños le cantan velorios, le rezan y la recuerdan como a una valiente mujer que tenía un profundo sentido de la justicia y la solidaridad. Es esta una hermosa tradición que, de alguna manera, sugiere al pueblo sus derechos primarios y naturales a la igualdad y a la justicia social. A partir de esta historia, compuse este golpe larense, que incluí en el álbum *Vivir para cantarla*:

La Cruz Pelona

Golpe larense

Hay un tañer de campanas
en el pueblito de Cuara.
Altagracio me contó,
¡ay, laralalá!,
que la gente la lloró
por todo el estado Lara.

¡Ha muerto La Cruz Pelona!
¡Que Dios la haya perdonado!
Ella al rico le robaba
y a los pobres entregaba
todo lo que había robado.
Si el pueblo se hace justicia,
Dios te agarre confesao.

De la tierra e' la matraca soy
y lo digo con orgullo.
Cuara es una flor de amor
encerrada en un capullo.

Tierra de Violante Herrera,
madre del Catire Páez.
Vertió su sangre guerrera
de glorias y libertades.

María Cruz o Cruz María,
no sé si así se llamaba,
pero el pueblo la adoró,
¡ay, laralalá!,
porque con ella encontró
la justicia que faltaba.

Tanto engañan a mi pueblo
por honesto y por honrado,
que un día de estos ya verán
que los pobres se alzarán
con la justicia en la mano.

El dolor de mi tío Secundiano

El dolor es un ensayo de la muerte.

HÉROES DEL SILENCIO
GRUPO ESPAÑOL DE ROCK

De verdad me siento muy orgulloso de ser cuareño. Ya grandecito, visitaba de vez en cuando la casa de mi tío Secundiano Fréitez, un hermano de mi papá, a quien recuerdo como un hombre muy humilde y muy arraigado en su pueblito de Cuara, a sus costumbres y a su manera de hablar pausada y cantadita. En esos lejanos tiempos de mi infancia, solía jugar mucho con Secundino, un hijo de mi tío y, por añadidura, mi primo. Correteábamos por el cerro, comiendo mangos y cazando iguanas. Nos hicimos muy amigos y disfrutábamos mucho nuestras travesuras infantiles.

Nunca olvidaré el inmenso dolor que expresó mi pobre tío Secundiano el día en que le mataron a Secundino. Él era de los menores

de la familia y fue uno de los primeros muertos de aquella “democracia representativa” que recién comenzaba.

Pero, para ser más exacto, todo ocurrió por un golpe de mala suerte. No sé qué día del mes de septiembre del año 1960, mi primo Secundino vino a Barquisimeto con el propósito de hacer un negocio. Creo recordar que iba a comprar una camioneta para trabajar, venía de pasajero en un autobús, lo que equivaldría en estos tiempos a una buseta y, justamente pasando al frente del liceo Lisandro Alvarado, había una manifestación de estudiantes protestando en contra de las arbitrariedades cometidas por los gobernantes de la naciente “democracia”. Detuvieron el referido autobús para quemarlo. Todos los pasajeros se bajaron de inmediato, entre ellos, mi primo Secundino quien, confundido y asustado, no logró ponerse a salvo cuando llegó la policía, como era costumbre, disparando a diestra y siniestra. Le pegaron un tiro justamente entre ceja y ceja, en medio de la frente. Con esta tragedia se anidó para siempre en el corazón de mi tío Secundiano y su compañera Desideria un inmenso dolor que nunca jamás pudieron superar.

Para aquellos tristes y agitados días todavía el presidente Rómulo Betancourt no había decretado la tristemente célebre frase de “disparen primero y averigüen después”, pero ya los policías, a quienes los estudiantes llamábamos “Los Tucusitos” por el uniforme amarillo que usaban, eran “gatillos alegres”. Disparaban y ni siquiera averiguaban. No fue sino a los tres días cuando mi tío Secundiano encontró a su querido Secundino malgrado en la morgue del Hospital Central de Barquisimeto... estos son pues algunos de mis tristes recuerdos infantiles.

Con el dintero pelao

*Más allá de no sé dónde
mataron a no sé quién
y si yo no corro tanto
me matan a mí también.*

ANÓNIMO

En otro plano de mi pequeña existencia, me veo correteando por unas serranías que llaman Las Cuibas, más allá de las Lomas de Cubiro, a 1.600 metros sobre el nivel del mar. Allí transcurrió toda mi infancia. Aprendí a querer profundamente esas serranías donde el frío era tan intenso que, de noche, nos orinábamos en la cama y mi mamá nos decía antes de acostarnos: “Vayan a orinar y se acuestan”. Pero, como yo era de los menores de los ocho hermanos y estaba muy pequeñito, me daba mucho miedo la oscuridad de la noche. Mientras mis otros hermanos se iban al patio trasero de la casa, yo me paraba en la puerta y allí soltaba el chorrillo. Un hermano mío, llamado Alí, que siempre ha tenido un buen sentido del humor, me decía: “¡Muchacho, no vayas a miar tan lejos de la casa, que te va a salir un muerto sin cabeza y con el dintero pelao!”. Todos se reían del chiste, pero yo corría a refugiarme en la cama, temblando de miedo. Todavía le tengo miedo a los muertos y aparecidos.



Adelis Pastor Fréitez Agüero y Alí Rafael Fréitez Agüero:
“Te va a salir un muerto sin cabeza y con el dintero pelao”.

Con estos recuerdos, muchos años después, nació “El espanto”, un merengue que grabé con el grupo Carota, Ñema y Tajá, el cual contribuí a fundar y dirijo desde hace veinticinco años.

El espanto

Merengue

Más allá de no sé dónde,
tampoco se sabe cuándo,
dicen que sale un espanto.
Que lo vieron, no se sabe
ni dónde ni cómo ni cuándo
ni por qué andaba espantando.
Yo lo vi, yo sí lo vi.
Yo lo vi, yo sí lo vi.

Era un muerto sin cabeza,
sin pantalón ni camisa,
con las manos en los bolsillos
y una macabra sonrisa.

Tenía los ojos pelaos,
tenía el bigote chorreao,
tenía los pelos paraos,
tenía la barba pa trás
y bailaba este merengue
sabroso, así, de medio lao.
Y bailaba este merengue
con este ritmo atravesao.

Paele

Transmitir la vida es admitir la eternidad.

NAYIM HIKMET (1902-1963)

POETA Y DRAMATURGO TURCO

Así se fue despertando esta inquietud musical que llevo por dentro. Muchas veces, si me ven distraído, es que ando como cantandito por dentro. Así era mi mamá. Se llamaba Prajedes. Después, con los años, los nietos comenzaron a llamarla “Paele” y todos terminamos llamándola así. Ella tenía un jardín allá en Las Cuibas, donde vivíamos en una casa solariega y grande. Mientras regaba sus rosas, yo la recuerdo cantando, muy quedito, una cancioncita tristona y melancólica que, a los años, la escuché por ahí con *Los Panchos*, llamada “Una copa más” y cuyo autor es Jesús “Chucho” Navarro:

Es la ley de la vida
el nacer y morir
nuestro amor fue tan grande
y dejó de existir.

Una copa más,
tal vez un poco amarga,
por nuestro gran cariño
que nunca volverá,
una copa más.

En esas serranías de Las Cuibas están arraigadas todas mis vicencias infantiles. Aprendí a querer profundamente esos campos, allí desarrolló mi papá una pequeña finca que era como una granja integral, teníamos de todo. Cuando yo nací, ya las matas de duraznos, cambures, higos, café y membrillo estaban en plena producción. Teníamos hasta una trilla tirada por un caballo para descascarar el café y el trigo.

Mi mamá hacía unos panes muy sabrosos, que llamábamos “amasijos”, en un horno grande como un cuarto pero redondo, construido

con barro, con una compuerta por donde se introducían las bandejas, ayudándose con una vara larga que, al otro extremo, tenía una paleta de madera. Ella aprendió la fórmula de estos ricos “amasijos” con la receta de unas señoras cubireñas llamadas Las Escalonas. Un tiempo después, una de ellas, Violeta Escalona, sería la maestra en nuestra única escuelita, la madrina de Gloria, una de mis hermanas, además mi madrina y comadre a la vez, porque, con el tiempo, bautizó a Imelda, mi hija menor.

Vivíamos en una casa grande con aleros y con una troja donde almacenaban el maíz en mazorca para hacer el pan de cada día, que era como llamaban a las arepas tan grandes como el budare, hechas con amor por una noble y trabajadora mujer campesina llamada Polonia. Ella vivió muchos años con nosotros. Allí parió tres hijos que también se criaron como parte de la familia. En esa pequeña finca trabajaban con mi papá unos veinte hombres que eran como socios. Mi papá era el dueño de la tierra, ellos sembraban cada quien su parcela y después compartían las pequeñas ganancias.



Paele.

Colás

Para esa época mi papá tenía también unas siete u ocho vacas que ordeñaba, en la mañanita, un señor llamado Pedro Nicolás, pero al que todos le decían Colás. Él era hermano de Ciriaco, el músico del caserío, de quien hablaré más adelante. Colás llegaba todos los días de madrugada a la casa. Algunas veces me despertaba cuando lo escuchaba que gritaba y llamaba a las vacas por sus nombres: “Campolindo, Campolindo... Guinea, Guinea... Lucerito, Lucerito... Mariposa...”. Y así las iba llamando, cantandito, y ordeñándolas una a una. En ocasiones, nos levantábamos todos los hermanos y nos íbamos para el corral, con un pedazo de amasijo, y Colás, en una forma muy paciente, nos acercaba la totuma para que lo remojáramos.

El sabor de leche tibia recién ordeñada, el olor a la bosta de vaca, el sonido suave del chorrillo cayendo en la totuma, todas esas cosas se juntaron un día en mis recuerdos infantiles y escribí esta tonada, con la cual María Virginia Hernández ganó el XVII Festival Universitario, realizado en la UCLA, la Universidad Centro Occidental Lisandro Alvarado de Barquisimeto, en 2006. Luego fue grabado por Cecilia Todd con Carota, Ñema y Tajá, siendo incluido en el álbum *Mientras más viejo más güeno*.

La última tonadita

Pasaje tonada

Se marchó el ordeñador
con su tonada bonita.
Hay tristeza en el corral,
el perico y el turpial
no echan su conversadita
con Pedro, el ordeñador,
que se fue con su dolor
y su última tonadita.
Y la vaca Mariposa
no ha vuelto por el corral
como antes, de mañanita.

Mariposa, Mariposa,
que una vez
tuvo un terné.
Yo que no lo vi nacer
lo quiero de corazón
porque, dijo el tío Simón,
que era un lindo becerrito
y el mismo día que nació
se puso el llano bonito.

¡Ay! Tonadita, tonadita,
¿dónde te has ido, tonada?
Ya no se siente el olorcito
del cafecito en madrugada.
Cuando te fuiste tonadita
se puso triste la vacada
y el padrote embravecido
ya no pita en el corral.

Yo no sé dónde se han ido
el perico y el gavilán.
Y la vaca Mariposa
está a punto de llorar
porque se fue el ñero Pedro
y no la ha vuelto a ordeñar.

Cómo han cambiado las cosas,
Mariposa,
ya nadie ordeña en totuma,
no he vuelto a probar la espuma
de tu leche tan sabrosa.
Con la última tonadita,
Mariposa,
el ñero Pedro se fue.

Si encuentra la totumita
te va a ordeñar
otra vez.
Mariposa, Mariposa,
que una vez
tuvo un terné.

Solidarios

*Dar hasta que duela.
Y cuando duela, dar todavía más.*

TERESA DE CALCUTA

Las Cuibas es todavía un caserío pequeño, no ha cambiado mucho, pero la gente ya no es la misma, aquellos eran unos hombres querendones que se respetaban mutuamente. No usaban ni conocían la palabra “solidaridad” porque seguramente les hubiera parecido difícil de pronunciar, pero eran profundamente solidarios.

Cuando alguien sufría algún percance, allí estaban todos para ayudar. Cuando alguien se abollaba con la siembra y había que recoger la cosecha porque se dañaba en la tierra; cuando llovía sin parar, hacían algo que llamaban “convite”: se reunían todos el día domingo, hacían un sancocho, bebían cocuy y, mientras trabajaban, cantaban canciones rancheras, terminaban todos borrachos, “solidarios”, abrazándose y queriéndose. Con la satisfacción del deber cumplido, ayudar al amigo.

La noche pascuera

*Bendita sea la fecha
que une a todo el mundo en
una conspiración de amor.*

HAMILTON CURIGHI MABI

En los tiempos de Pascuas se hacían unas parrandas que comenzaban el 24 de diciembre y terminaban después del 6 de enero. Para mí y mis hermanos, lo más emocionante era la llegada del Niño Jesús. En él creíamos religiosamente y estábamos convencidos de su existencia. Decía mi mamá: “Hay que barrer el patio para que pueda llegar el Niño Jesús”, y dejábamos ese patio limpiecito. Cuando estábamos en eso, llegaba un señor y le decía a mi papá: “Don Vicente, le manda a decir Ciriaco que mañana viene, que se prepare”. Y, en efecto, prepararse era matar un torete y un cochino, hacer muchas hallacas y comprar cocuy para una parranda que duraría hasta el amanecer. Mientras, los pequeños barríamos el patio; allá en la cocina se escuchaba la risa alegre y bulliciosa de Violeta que, junto con mi mamá y otras mujeres, hacían las hallacas y bebían cocuy “para estar alegres mañana cuando llegue la Nochebuena”.

La noche pascuera

Aguinaldo

Llegó, llegó, la noche pascuera,
que cante aguinaldo todo aquel que quiera.
Va a nacer un niño bendito en la Nochebuena,
canten la parranda y preparen la cena.

¡Qué tiempos aquellos, cómo los extraño!
Salían Las Locainas a correr el año.
Me estoy acordando cuando don Vicente
cantaba aguinaldos con toda su gente.

Ciriaco Torrealba tocaba el violín
y aquellas parrandas nunca tenían fin.
El hombre del campo cómo trabajaba,
pero en las parrandas nadie le ganaba.

Allá en la cocina se oye una alharaca,
Violeta y Prajedes que hacen las hallacas.
¡Barramos el patio, vistamos la cruz
que esta noche viene el Niño Jesús!

Si el Niño Jesús hubiera nacido
en las serranías del pueblo e Cubiro,
porai lo cargaran esos cubireños,
dándole guarapo pa quitarle el sueño.

¡Qué tiempos aquellos, cómo los recuerdo!
De aquellas parrandas, yo estaba pequeño,
si me daba sueño iba y me acostaba,
y era el niño lindo el que me despertaba.

Si ese muchachito hubiera nacido
en los cujisales del pueblo de Cuara,
porai lo cargaran los paisanos míos,
dándole un tetero de mango y auyama.

Esta parranda la escribí entre recuerdos y nostalgias, un día de estos recién vividos, cuando me encontré con Ciriaco después de 45 o 50 años. Lo vi igualito y así se lo manifesté. Me respondió con su acento campesino y con una sonrisa triste e inocente: “No, mijo, ya tengo muy cerquita a La Pelona”. Y, en efecto, murió a los pocos días. Ciriaco era el músico de la comunidad, lo recuerdo alto y flaco, de piel bastante morena; pero recuerdo, no sé por qué razón, en lo más recóndito de mi memoria infantil, el ronco y profundo sonido de su tambora. En aquella ocasión también le pregunté qué había hecho con ella y le di a entender que la quería para mí. Él me respondió así,

como muy emocionado: “¡Porai la tengo! ¡A usted sí se la regalo!”. La mandó a buscar y me la entregó, la tuve un rato en mis manos. Estaba algo deteriorada, tenía roto uno de los cueros. Finalmente le dije que me la guardara por ahí, que después volvía para llevármela. Pero no me atreví a buscarla porque me parecía que le estaba quitando algo que era tan suyo como su propia vida.

En mi memoria infantil también guardo, con mucho cariño, el agudo sonido de las cuatro cuerdas de su violín que él venía afinando por el Camino Real hacia nuestra casa, para formar la parranda en aquella memorable e inolvidable noche pascuera. Al fin llegaban Ciriaco y su conjunto. “Magaleno” tocaba el cuatro; otro señor, que también era su hermano, tocaba la tambora; y, en medio de la sala, Ciriaco Torrealba, grande e inmenso, tocando con su violín aquellos viejos valsos, pausados y hermosos. Y yo, en mi pequeñito mundo, impresionado por esa música que por primera vez escuchaba en vivo y que me despertaba no sé qué indescriptible emoción en mi pequeñita alma de campesino.

Comenzaba la parranda que duraría hasta el amanecer y cuando ya me venía el sueño me iba a mi cama y allí la inmensa alegría de encontrar un carrito rojito y una cajita con una manivela que al girarla producía música. Y mis hermanos gritaban: “¡Llegó el Niño Jesús!”. Era realmente una gran noche, la noche de la Navidad campesina para no dormir, unos sumidos en los vapores del cocuy y los pequeños que no nos cansábamos de admirar la belleza de nuestros juguetes, que nos duraban muchos años porque los cuidábamos para que el próximo año volviera el Niño Jesús.

¡Cuánta alegría despertaba en todos el sonido agudo del violín de Ciriaco! Sería porque solo había oportunidad de escucharlo en tiempos de Pascuas, hasta el 6 de enero; a partir de allí todo volvía a la calma y al trabajo. “Volveremos a escuchar a Ciriaco dentro de un año, si estamos vivos”, decía Violeta y terminaba diciendo, con un dejo de melancolía: “Cuando vuelva la noche pascuera”.

Carta al Niño Jesús

*Si la Virgen fuera andina
y San José de los Llanos,
el Niño Jesús sería
un niño venezolano.*

FRAGMENTO DE AGUINALDO VENEZOLANO

LETRA: ISABEL HERRERA. MÚSICA: LUIS MORALES BANCE

Ya adulto, en uno de esos diciembres bulliciosos que llegó por ahí, me fui para Las Cuibas a buscar un poco de tranquilidad y a encontrarme con mis queridos recuerdos infantiles. Allí estaban como siempre. Pero también me encontré con un muchachito campesino quien me pidió que le ayudara a escribir una carta al Niño Jesús. “Bueno, chamo, usted dicte que yo escribo”. “¡Ta bien, señor, escriba pues!”...

Querido Niño Jesús: El día que yo nací, no me acuerdo cuándo, pero sí sé que fue en el campo porque se escuchaban muchos pájaros cantando y había mucho frío. Mi papá que en ese tiempo no tenía el pelo tan blanquito, cantaba una canción muy tierna que hablaba de paz. Yo, como apenas tenía unos minuticos de edad, no sabía lo que significaban esas tres letras pero sonaban agradables a mis pequeños oídos. Hoy sí entiendo su significado. ¡Claro, ya estoy grandecito, tengo ocho años y siento que no tenemos mucha paz que se diga, hay mucha violencia en la calles, y sobre todo en la televisión! Fíjate, Niño Jesús, que el otro día vi a un señor de lentes con una cara muy seria, hablando de Justicia Divina, pero mandó a sus soldados a matar en nombre de su divina justicia. Y después salió otro, en el mismo canal, hablando de que era necesario hacer la Guerra Santa. La verdad es que yo no entiendo, porque si es guerra no puede ser santa. ¿Tú qué crees, Niño Jesús?

Te quiero decir que yo me la paso muy asustado. Ya no puedo ni ver la televisión porque aquí en Venezuela están pasando cosas muy raras, la gente se la pasa todos los días en las calles protestando y manifestando, unos en contra y otros a favor del presidente, se dicen cosas muy feas y se pelean entre ellos. La verdad es que no entiendo muy bien lo que pasa porque yo los veo a todos igualitos, cargan las mismas banderas y hablan de las mismas cosas, y que de justicia social, y que de yo no sé qué más. A veces

hasta se abrazan, siendo del bando contrario, y hasta parece que se quieren. La verdad es que sigo sin entender nada. Pero bueno, mejor paso a explicarte la razón de esta carta: Quiero pedirte que nos ayudes a encontrar la paz en Venezuela y en el mundo. Pero ¿cómo lo vas a lograr? Te voy a dar una idea, y me perdonas el abuso, pero yo creo que tienes que cambiar a todos los hombres del planeta... O no, espérate un momentico, pensándolo bien, mejor no cambies nada porque... entonces, ¿cómo hago yo si me cambias a mi papá...? Él es un poco regañón pero no importa, mejor déjalo todo como está, yo creo que lo que tienes que hacer es no permitir que los hombres contaminen a los niños, que no nos sigan asustando con esos programas de televisión tan violentos y que se dejen de estar peleando entre ellos, que nos dejen crecer tranquilos para que sigamos siendo buenos, aunque los niños no somos malos, pero si seguimos creciendo buenos cuando seamos grandes no seremos malos. Bueno, esto suena un poquito enredado, pero tú no eres bruto, tú me entiendes. Lo importante es que, si las cosas salen como yo pienso, dentro de unos años vamos a tener mucha paz, pero no es malo que nos eches una ayudadita. Bueno, ya, chico, no te sigo fastidiando más. Chao, Niño Jesús y no te olvides de traerme mi regalito.

Esta carta me la dictó el niño campesino que ustedes ya conocen y que vive, asustado, dentro de mí.

En el Panteón Jardín

*La muerte no existe, la gente solo muere cuando la olvidan;
si puedes recordarme, siempre estaré contigo.*

ISABEL ALLENDE (1942)

ESCRITORA CHILENA-ESTADOUNIDENSE

Violeta Escalona se quedó viviendo con nosotros y trabajaba como maestra en una escuelita que funcionaba en la casa de zinc que era también de mi papá y él la prestaba para que ella impartiera primer y segundo grado. Me cuenta Violeta que cuando yo era muy pequeño me regaló un cuatro que yo charrasqueaba con fuerza y cantaba a gritos. “Te ponías coloradito como un tomate y se te brotaban los ojos como un sapito”, me decía.

En esas serranías de Las Cuibas están arraigadas todas mis vivencias infantiles. Pero un día me arrancaron de mi campo y me llevaron a estudiar a Cubiro. Allí fui por primera vez al cine, tendría como doce o trece años. Nunca vi televisión en mi infancia, así que no me contaminé de basura. En ese cine, que se llamaba Principal, y que aún está en Cubiro, por lo menos la fachada de la vieja casona, se pagaba real y medio para entrar y solamente funcionaba los sábados y los domingos.



Fachada de lo que fue el cine Principal, en Cubiro.

En el cine Principal conocí a un señor que, desde el mismo momento en que lo vi, empecé a quererlo. Él transpiraba vida, alegría, tristeza, risa y llanto a la vez, todas esas emociones encontradas que nos hacen sentir la vida en su expresión más intensa y que nos hablan de la nobleza más sublime pero, también, de las más bajas y rastreras miserias humanas. Un día de estos más recientes, escuché una de sus canciones más sentidas. De inmediato regresaron, como en tropel, mis recuerdos infantiles de los años cincuenta cuando me conmovió con su voz, a veces quebrada por el dolor y otras veces rozagante por la alegría. Ese día juré que, de alguna manera, buscaría la ocasión para ir a visitarlo allá en su México querido y así poder compartir con él y tomar, en su honor, un par de tequilas y, además, le expresaría con toda las fuerzas de mi sentimiento, el gran afecto que siempre le he guardado en mi corazón.

Pasó algún tiempo y llegó la oportunidad. Me preparé para el encuentro con el amigo. Después de un buen trago de tequila, le quise

expresar la emoción del momento. No hubo palabras. Simplemente lloré, no sé por cuánto tiempo, abrazado a mi compañera. Allí, en el Panteón Jardín, donde no existe la muerte, donde por todas partes florecen y afloran los recuerdos de hombres y mujeres que se sembraron en nuestras almas, allí, en ese hermoso jardín de recuerdos y añoranzas, en su propio México, sentí sus vibraciones y su presencia tan viva como siempre, tan viva como en aquel momento en que lo conocí y comencé a quererlo. Tan viva como hoy, sigue su cálida y afinada voz vibrando en mi ser y armonizando mis lejanos recuerdos infantiles. Se llamaba Pedro Infante. Su música la llevo profundamente arraigada en mi alma.



En el Panteón Jardín de México, cumpliendo con el juramento a nuestro querido Pedro Infante.

En su viñeta *El Gato Culto* que publicara, hasta su fallecimiento, en el diario mexicano *El Universal*, el periodista, escritor, poeta y ciudadano del mundo, Paco Ignacio Taibo I, escribió:

Pedro Infante no era el mejor cantante, no era el mejor actor, no era el más humilde, no era la mejor persona, no era el más simpático, no era el más galán, pero ser el segundo mejor te indica que eras el mejor ser humano y por eso no hay otro como Pedro Infante.

Cuando dentrabla la primavera

*Cuando llueve, el campesino
no duerme en la madrugada,
porque al recordar le pega
olor a tierra mojada.*

ANTONIO SÁNCHEZ

POETA CAMPESINO DE YARACUY

Nunca me alejé de Las Cuibas. Allí estoy arraigado para siempre, y allí aspiro que se queden mis cenizas. Trabajé la agricultura y aprendí a observar la naturaleza. Recuerdo que cuando iba a llover, o sea, cuando “dentrabla la primavera”, como decíamos los campesinos, ocurría una ceremonia, como un ritual. Unos días antes se escuchaban truenos y se veían relámpagos, comenzaban a salir hormigas con alas, el café comenzaba a florear, eran unas flores blanquísimas que se llenaban de abejas y de otros pequeños insectos, y se sentía como un olorcito húmedo, suave y fresco en todo el ambiente.

De noche, como a las ocho, estábamos todos cenando en la cocina. Recuerdo que comíamos con el plato entre las piernas. No era costumbre comer en el comedor porque nos quedábamos todos conversando o escuchando la conversa de los mayores que, siempre como que la capitaneaba mi papá. Él se llamaba Vicente y nosotros, con los años, terminamos llamándolo “Mano Chente”. Lo recuerdo como un hombre noble y con un gran sentido de la justicia, la responsabilidad y la honradez. Bueno, como a esa hora, a las ocho de la noche, de repente cantaba un pajarito. ¡Cosa muy extraña, un pajarito cantando de noche! Mi papá decía: “Mañana amanece lloviendo porque cantó el copetón”. Y así era, no se pelaba. Amanecía lloviendo y la lluvia en el zinc daba la sensación de paz y a veces de susto. Caían unos inviernos tan fuertes que los campos quedaban lavaditos y limpiecitos.

Allí comenzábamos a sembrar. Era muy bonito ver cómo brotaba el maíz y las arvejas, que allí llamaban chícharos, a los pocos días de la siembra. Todo esto, a pesar de la bandada de palomas carboneras que iban casi detrás del gañán, así se llama el hombre que conduce el arado y los bueyes, y se comían los granitos y se quedaban escarbando para sacarlos de la tierra.



“Viejo, se nos ocurre pensar que aquella lluvia que tantas veces dio vida a tu siembra era la misma que en tu última tarde te humedeció el camino para que continuaras sembrando tus bondades allá en el infinito. Tu esposa, tus hijos”. Dibujo realizado por el artista plástico y músico académico profesional Valmore Vicente Fréitez Agüero, nuestro hermano menor.



El gañán conduciendo el arado.

Mis pequeñas vivencias infantiles

*La madurez del hombre es haber encontrado
la seriedad con que jugaba cuando niño.*

FRIEDRICH NIETZSCHE (1844-1900)

FILÓSOFO, POETA, MÚSICO Y FILÓLOGO ALEMÁN

Hoy pienso que esos campos daban para todos, incluso para los gonzaliscos, que se comían los duraznos más maduros pero nos compensaban con un hermoso canto mañanero. Cantaban afinaditos y con muchos cambios melódicos. Yo, en mis adentros, le ponía letra, y eran las cancioncitas que cantaba para mí mismo porque, como no teníamos todavía un radio para escuchar música y todavía no había conocido a Pedro Infante, yo hacía mis canciones con la música de los gonzaliscos. Recuerdo que, más o menos, esas letras decían así:

A levantarse a hacé oficio,
que ya cantó el gonzalisco.

Me despertaba con ese canto y me quedaba un ratico en la cama, tratando de llevar la letra que había compuesto con la música de los gonzalitos, que, en esa época, les llamábamos gonzaliscos. Es un pajarito amarillo y negro muy parecido al turpial, pero su canto es más variado. Por cierto, creo que con los años han cambiado su forma de cantar porque, en estos días recién vividos, he vuelto a Las Cuibas y trato de cuadrar la letra de aquella vieja cancioncita, pero no me coincide. Además, les oigo realmente un canto diferente.

Por esas travesuras de muchacho, cuando no tenía nada que hacer o cuando salía del trabajo, me iba para el monte con una fonda, que aquí llaman china, a cazar pajaritos; pero les puedo asegurar que no lo hacía por maldad, es que me gustaba verlos de cerquita, y además me gustaba andar solo por esas serranías.

Hoy, quizás por arrepentimiento, tengo en el solar de mi casa varios comederos donde mi compañera y yo colocamos arroz a unos pajaritos grises pequeñitos y a los torditos que llegan en bandadas y se comen por lo menos un kilo diario, pero con su canto estruendoso

no logran pagar el arroz de cada día. Nada comparable con el canto armonioso de los pajaritos montañeros, el copetón, el azulejo, la paraulata, el tin tín, el gonzalito, cuya musicalidad llevo grabada en algún rinconcito de mi alma junto con mis pequeñas vivencias infantiles.

Mi gente cubireña

*Todo el que llega a Cubiro
está cerquita del cielo.*

ADELIS FRÉITEZ

En Cubiro estudié tercer grado y vivía en la casa de Anadina Escalona. Ella era la mamá de Violeta. La recuerdo como una señora gorda, muy generosa y muy rezandera también. Ella hacía amasijos y me mandaba a mí, con una caja grandota, a llevarlos a la bodega, donde los vendía a cinco por real o a locha cada uno. A veces me ponía triste, porque quería devolverme a Las Cuibas y ella me decía: “¿Qué le pasa? ¡No se ponga así!”. Yo le decía, casi llorando, que me hacían mucha falta mis hermanos, mi papá y mi mamá. Ella me prometía que el sábado me iba a dar un real para ir al cine y que tenía que estudiar porque cuando fuera grande quería que yo estudiara para cura. A mí no me gustaba nada la idea, pero no me atrevía a contradecirla por respeto.

A propósito de curas... Una vez llegaron a Cubiro los Santos Misioneros. Eran unos padres que venían a casar a los amancebaos. Sermoneaban a gritos en el púlpito de la iglesia, a donde nos llevaban todos los días en fila al salir de la escuela, siempre vigilados por el policía escolar. En la iglesia nos esperaba un cura mal encarado que sermoneaba y gritaba. Un día dijo que a todos los niños que mataban pajaritos los iban a quemar en el infierno. A mí me daba mucho miedo aquel señor vestido de negro, grandote, montado en el púlpito. Se veía como un gigante y yo me decía para mis adentros: “Dios mío, perdóname, pero ahora si es verdad que no quiero ser cura, y que me perdone también Anadina”.

Mi maestra... ¡Qué recuerdos tan gratos tengo de mi maestra en Cubiro! Se llama Teresita Pérez. Un día la vi en el Pedagógico

de Barquisimeto, me le acerqué con el deseo de saludarla y darle un abrazo; me miró como distraída, no me reconoció, le vi como mucha ternura en su mirada. Esa noche le escribí un pequeño poema pero se me perdió en algún rincón de mi memoria. La recuerdo, muy seria pero muy dulce a la vez, cuando nos cantaba con una voz muy tierna aquella vieja y hermosa canción de Navidad:

Noche de paz,
noche de amor,
en el cielo
un resplandor.

Con ella cultivábamos los varones un huerto de hortalizas que limpiábamos y regábamos todos los sábados en la mañana, mientras que las hembras tenían un jardín de flores que también cuidaban los sábados. Ella nos enseñó sin sermones ni regaños tantas cosas y valores que hoy tienen un gran significado para mí. Eran los tiempos en que se iba a la escuela mañana y tarde. La escuela aún está allí, en el mismo lugar. En ese tiempo el director era el maestro Augusto Graterón Partidas, hoy la escuela lleva su nombre. Lo recuerdo como un hombre alto, catire con el pelo blanco o amarillento, un poco mal encarado, estricto y amenazador. De vez en cuando le daba un palmetazo por las manos a cualquier muchacho malcriado.

Cubiro de mis recuerdos infantiles era apacible y tranquilo, muy visitado por los campesinos de los caseríos cercanos los sábados y domingos. Para la época, había dos o tres botiquines en los cuales no entraban menores de edad y donde, en las rockolas, cantaban sin cesar Celia Cruz, “Tongo le dio a Borondongo”; Pedro Infante, “Tú y las nubes me traen muy loco”; o el trío Vegabajeño, aquel viejo e inolvidable bolero, “Sigamos pecando”; y se escuchaban unos corridos mexicanos que hablaban de tragedias amorosas, hombres justicieros, y de un tal Pancho Villa que luchaba para defender a su pueblo de la agresión del imperio gringo...

Oye tú, Francisco Villa,
¿qué dice tu corazón?,

¿Ya no te acuerdas, valiente,
que atacaste Paredón?,
¿ya no te acuerdas, valiente,
que tomaste a Torreón?
Como a las tres de la tarde
silbó la locomotora.
¡Arriba, arriba, muchachos,
pongan la ametralladora!
Como a las tres de la tarde
silbó la locomotora.

Este es un fragmento de un corrido mexicano llamado “El siete leguas”, cuya autora, Graciela Olmos, perteneció al ejército revolucionario mexicano cuando, a comienzos del siglo pasado, se dio un proceso antiimperialista en México que dirigió el legendario Pancho Villa y otros hombres revolucionarios de su época, proceso que, por lo demás, generó más de doscientos corridos y algunas películas en las que, de alguna manera, se trata de manipular, subliminalmente, la verdadera historia de un hombre y de una causa por la cual el pueblo luchó por el derecho a la tenencia de la tierra y el ejercicio de la soberanía ante la agresión del imperio norteamericano.

Cubiro, los domingos en la mañana, antes de que comenzaran a sonar las rockolas, se llenaba de cantíos de gallos porque venían los galleros y se instalaban en los alrededores de la plaza a esperar que abrieran la gallera para jugarlos al mejor postor.

Cubiro de tantos recuerdos infantiles... Ella tenía los ojos grandes, entre verdes y amarillos, se llamaba Mayibe. Camino a la escuela pasaba con frecuencia por el frente de la casa. Yo estaba sentado en la acera jugando solo, con algo en mis manos, ella pasó, me miró bonito, me enseñó algo que traía en sus manitas pequeñas. Eran unos ojitos de alguna muñeca que habría desarmado. Me miró con algo de tristeza en los ojos, me regaló una tímida sonrisa. Es todo lo que recuerdo porque han pasado muchos años. Nunca más la volví a ver. Pero un día de estos más recién vividos, alguien me pidió una canción con la cual su pequeño hijo participara en el *Festichamo*, programa infantil de televisión producido por Simón Díaz y, a lo mejor de una

forma inconsciente, escribí esta canción para reencontrarme con el recuerdo de aquel día en que por primera vez sentí como un sustico en mi pequeño corazón. Esta canción fue grabada por el niño Ernesto García para el álbum *Entre viejos y tripones* con Carota, Nema y Tajá.

Pensativo y distraído

Yo tengo dos corazones
aquí en mi pecho
que palpitan a la par,
uno palpita por ella,
la que conocí en la escuela,
y no me deja estudiar.
El otro lo dejo en casa
y por si algo me le pasa,
me lo cuida mi mamá.

El que me llevo a la escuela
cada día se me congela
cuando la miro llegar.
La que pintó en mi cuaderno
una arboleda y un río,
en el río dos pececitos
titiritando de frío.
Dibujo dos corazones
en aquel árbol florío,
uno con el nombre de ella
y el otro con el mío.
Y me cambió su prendedor
por mi viejo gurrufío
y me dejó en el salón
pensativo y distraído.

Cuando llego de la escuela
busco en mi cuarto
mi pequeño corazón,

le doy un beso a mamá
y le pido con cariño
que me dé su bendición.
Ella se siente orgullosa
y me dice tantas cosas
que me llenan de emoción.
Entonces sale mi abuela
preguntando por la escuela,
que no me ha visto estudiar,
que le muestre los cuadernos
para ver cuánto he rendido,
y mi corazón pequeño
me titirita de frío,
que no encuentre los dibujos
de la arboleda y el río,
porque va con la maestra
y se va a formar el lío,
y mi papá no me dará
aquel premio prometido,
porque sabrá que me la paso
pensativo y distraído.

Cubiro, de aquellos huertos de duraznos, higos y membrillos, de las granjerías de a locha y de a cinco por real, los dulces, las catalinas y los amasijos de Anadina.

Cubiro, de aquellos tiempos idos, se alumbraba de noche con una planta eléctrica que prendía o ponía en funcionamiento un señor llamado Pío. Esto lo hacía todos los días a las seis de la tarde y la apagaba a las diez de la noche, o antes, cuando no se apagaba sola. Entonces veíamos pasar a Pío a toda carrera con una linterna en la mano a tratar de prenderla de nuevo.

En una ocasión, siendo Pío el monaguillo en una misa de aguinaldo, estaba hincado en el altar, detrás del cura. De pronto, la planta comenzó a fallar, la luz se iba consumiendo lentamente, Pío miraba nerviosamente el único bombillo de la pequeña iglesia, que ya se apagaba, hasta que finalmente se santiguó y se levantó en carrera. El cura

en ese momento cantó algo en latín a lo que Pío debía responder: ¡Ameeeén!, el cura no escuchó cantar a su mejor monaguillo y volvió a repetir el canto en latín, pero como Pío no respondió la segunda vez, el señor cura se fue volteando muy lentamente para saber qué le pasaba al monaguillo que no le respondía y, como no lo vio por ningún lado, se paró de nuevo frente al altar y él mismo cantó muy afinadito: ¡Ameeeén! En ese momento ocurrió el milagro. Se hizo la luz porque ya Pío había salvado de una sola carrera las cuatro o cinco cuadras que lo separaban desde la iglesia al lugar donde estaba situada la planta eléctrica y, de una forma por demás habilidosa, le inyectó gasolina cebando una palanquita que tenía amarrada con un alambre encima de lo que sería el carburador.

En fin, ese Cubiro en donde de noche se veían todas las estrellas y soplaban un viento tan fuerte y tan frío que parecía como si todos los duendes de la montaña se hubieran puesto de acuerdo y al unísono soplaban y soplaban sin parar para luego reírse de los pobladores, gente humilde y trabajadora, esa, mi gente cubireña, que andaban como abrazaditos, titiritando de frío. Tal como lo dice este golpe de mi autoría:

Mi gente cubireña

Golpe larense

Huele a durazno,
a dulce y a catalina,
amasijo de Anadina,
a membrillito en jalea.
Pueblo bonito
donde el viento se recrea.
Cantándole una canción
a mi gente cubireña,
que vive, que lucha y sueña
y que trabaja con amor

Titiritan, titiritan
estrellas, luna y luceros.

Así mismo titiritan
por el frío, los cubireños.
Todo el que llega a Cubiro
está cerquita del cielo.

¡San Isidro labrador
protege a los cubireños
que van sembrando sus sueños
en el surco del amor!
¡Qué no se pierda el empeño
y la fe del agricultor!
En la cueva de El Carrao
y en las Lomas de Cubiro,
eché a volar un suspiro
porque estoy enamorado.
En el pueblo de Cubiro
mi corazón se ha quedado.

Fortunato y Juan de Dios

Esta era una vez...

ANÓNIMO

Así que pasé ese último año entre Cubiro y Las Cuibas. Recuerdo, como ya lo dije, que no era costumbre cenar en el comedor y lo hacíamos en la cocina, que siempre estaba calientica por un fogón de leña que nunca se apagaba. Mi papá, mientras comíamos, hacía una especie de resumen del trabajo del día con los trabajadores que llamábamos peones y ellos le iban dando información de la labor realizada. Después comenzaban a contar cuentos de muertos y aparecidos. Que “anoche porai se escuchó la llorona”, que si “¿no escucharon El Jachador?”. Aquellos cuentos nos aterrorizaban pero disfrutábamos escuchándolos, porque también Fortunato y Juan de Dios eran unos perfectos cuentacuentos. Con ellos paseábamos por esos mundos de fantasía, de un rey que montado en un águila gigante salvaba a su

amada de las garras de un monstruo que escupía candela por la boca. También nos contaban las aventuras de Tío Tigre y Tío Conejo, y un viejo cuento donde terminábamos diciendo: “Onza, tigre y león, tú sabéis tu devoción”. Contaban y cantaban, porque también cantaban viejas canciones muy bonitas que todos escuchábamos en silencio y con profundo respeto. Pero lo que más nos gustaba era el cuento de Tío Conejo cuando le machucó los corozos a Tío Tigre. “Esta era una vez...”, comenzaba contando Juan de Dios, “Tío Conejo y que estaba comiéndose unos fruticos de mai de zorro a la orilla de una laguna, cuando en eso llegó Tío Tigre y le preguntó: ‘Epa, Tío Conejo, ¿qué estai haciendo?’”; “Aquí, Tío Tigre, comiéndome mis corozos”; “¿Y son sabrosos?”; “Aí, Tío Tigre, muy sabrosos”; “¿Cómo hago yo pa comerme los míos?”, preguntó inocentemente Tío Tigre. “Póngalos en esa piedra, que yo se los machuco y los compartimos, porque yo quedé con hambre, los míos son muy chiquiticos”. Y así fue como el Tío Conejo le machucó las taparitas a Tío Tigre y salió en carrera. Entonces, Tío Tigre lo esperó por mucho tiempo a la orilla de la laguna. “Algún día tiene que venir por aquí”, decía Tío Tigre refunfuñando entre dientes. Pasó el tiempo y Tío Conejo, muertico de la sed, no encontraba cómo hacer para beber agua porque el Tío Tigre no se apartaba de la orilla de la laguna. Entonces al Tío Conejo se le ocurrió una gran idea: se bañó todo su cuerpecito de miel y se arrevolcó en un hojero seco y así, con todo el cuerpo cubierto de hojas, se fue acercando a la laguna. Por supuesto que Tío Tigre no lo reconoció, lo que aprovechó Tío Conejo para calmar la sed. Pero, como ya tenía tanto rato bebiendo agua y ni siquiera levantaba la cabeza para respirar, Tío Tigre le preguntó: “Animalito del monte, ¿desde cuándo no bebías agua?”. En vista de que el animalito no respondía, Tío Tigre insistía: “Animalito del monte, ¿desde cuándo no bebías agua?”. En eso el Tío Conejo se sacudió con fuerzas, se le cayeron todas las hojas y quedó al descubierto y, como ya no estaba “muertico de la sed” sino “muertico de la risa”, le respondió mientras pegaba un gran carrerón: “Desde el día en que te machuqué los corozos...”.

Pasó el tiempo y estando Tío Conejo en una fiesta de animales bailando muy animadamente con Tía Zorra, llegó Tío Tigre pero no pudo entrar porque Tío Zorro, que era el dueño de la casa, no lo dejó

entrar ya que allí no cabía un alma. Tío Conejo ni pendiente seguía bailando mientras Tío Zorro tocando el violín y cantando a todo grito le advertía a Tío Conejo:

El que salga a miar
no puede dentrá,
porque en la dentrá
puede peligrá.

Cuando Tío Conejo se dio cuenta de la presencia de Tío Tigre, se escurrió entre los demás animales y se salió por la puerta trasera de la casa. Todavía está Tío Tigre al frente de la casa de Tía Zorra, refunfuñando entre dientes: “Algún día tiene que salir. Aquí lo sigo esperando...”.

El verso canta

La poesía es un arma cargada de futuro.

GABRIEL CELAYA (1911 - 1991)

POETA ESPAÑOL

Con el tiempo, mi papá se compró una planta eléctrica que instaló en un cuartico cerca de la cocina. Ahí se acabaron las reuniones de noche alrededor del fogón y, mientras los mayores se instalaban en la sala a escuchar las noticias del día por el *Panorama Universal*... “El primero con las últimas...”, por Radio Difusora Venezuela y una radionovela que hablaba de *El gavilán justiciero y vengador*, los pequeños nos íbamos al patio a jugar la candelita bajo la luz del bombillo: “¿Cuántos panes hay en el horno?... veinticinco y un quemao”, y otros juegos infantiles.

También escuchábamos un programa llamado *Brindis a Venezuela*. Allí escuché por primera vez a Mario Suárez, Rafael Montaña, Víctor Morillo, Adilia Castillo, Magdalena Sánchez, al poeta Víctor Vera Morales y muchos artistas, hombres y mujeres, que le dieron gloria y prestigio a nuestra música venezolana; y que hoy, por desidia

oficial y por dejadez de nuestro pueblo tantas veces manipulado y confundido por la transculturización, están siendo olvidados y quizás para siempre.

Así comencé a sentir la poesía, a sentir cómo “el verso canta”, tal y como dice mi querido compadre y poeta Lucindo Apóstol, inspirado decimista, antiguo compañero de clases y amigo de toda la vida. Él me llevó de la mano al maravilloso mundo de la poesía cuando, en aquellos lejanos tiempos de la juventud, me invitaba para su humilde casita en Barrio Nuevo a leer y estudiar el poemario de Luis Edgardo Ramírez. “El verso canta” me decía, y tenía razón, porque muchos años después lo escuché cantar en la voz inconfundible de “El Tricolor de Venezuela”, como le dicen a Víctor Morillo, considerado uno de los mejores declamadores de América.

Popule Meus

Pueblo mío, ¿qué te he hecho? Respóndeme.

JESÚS DE NAZARET

Cuando llegaba la Semana Santa, el recogimiento espiritual era total. No podíamos correr porque le lastimábamos las llagas al Redentor, no podíamos cantar porque había luto por la muerte de Jesús, no nos podíamos bañar en el pozo porque nos convertiríamos en pecados.

Mi papá les leía la Biblia a los trabajadores que se quedaban en la casa y les hablaba de cuando Pedro negó a Jesús tres veces y cantó el gallo. Ocurrió eso mismo cuando él contaba y leía: cantó un gallo, y todos se persignaron respetuosamente. Pero los más mundanos y nosotros, los muchachos, no aguantábamos la tentación y nos íbamos a jugar trompo todo el día. Eran unos trompos fabricados por los mismos campesinos con madera de vera y guayabito, perfectamente redondeados y rebajados a machete para finalmente darle el acabado con el filo de un pedazo de vidrio. Aquellos trompos quedaban perfectamente equilibrados, se dormían en la uña y hasta les escuchábamos el ronquido cuando los acercábamos al oído, a diferencia de los trompos extranjeros que conocimos después en la ciudad, que

eran tataretos y cabezones y jamás se podían comparar con nuestros trompos criollos que solamente conocimos en el campo.

Ya grandecitos, nos íbamos a Cubiro en tiempo de Semana Santa y recuerdo con qué profundo respeto veíamos pasar la procesión del Nazareno, con el olor a incienso y la música que tocaban unos hermanos de apellido Gómez. Era una música profunda y hermosa, la música sacra, el *Popule Meus*, que se me metía en lo más profundo de mi ser.

Aquellos juegos infantiles

Juegos e infancia son inseparables.

SABIDURÍA POPULAR

Esta es, a grandes rasgos, la historia de mi añorada y feliz infancia campesina. Ya para el año 1956, mi papá había comprado una casa en Barquisimeto, situada en lo que hoy es Barrio Nuevo, en la avenida Fuerzas Armadas, entre las calles 59 y 60 que, para la época, la llamaban avenida del Campo de la Aviación y después avenida Aeropuerto. De tal manera que estudié en Cubiro solo el tercer grado. Me inscribieron en la Escuela Héctor Castillo Reyes que, para aquella fecha, estaba situada en la carrera 13 con calle 59, en un sitio donde hoy funciona un viejo bar llamado Barco al Mar. Allí me dio clases una maestra que también era una excelente persona, con un sentido muy profundo de la responsabilidad como educadora. Se llamaba Amancia Q. de Rivero, pero más adelante hablaré de ella.

Recuerdo que jugábamos mucho en la calle. Por aquellos años, esa parte de la ciudad estaba muy poco habitada. Lo que es hoy Barrio Nuevo lo conformaba una comunidad tranquila, muy comunicativa y solidaria. Tenían una hermosa costumbre: los adultos solían sentarse por las tardes en las aceras del frente de las casas a compartir y a conversar animadamente. No había televisión y esa era la mejor distracción. Mientras, los pequeños jugábamos en plena calle a los vaqueros y a tantos otros juegos que nos hicieron la infancia inolvidable.

El barrio Las Brisas era solo monte, culebras y matos, y le llamábamos El Cocuizal. Por esos charrascales también correteaba mucho

con mis hermanos y mis primos Beltrán y Ramón, que vivían al lado de la casa. Cazábamos matos y pajaritos, y compartíamos los juegos callejeros que llegaban por temporada. Nunca sabíamos quién los decretaba pero nos divertíamos tanto gritando y jugando en la calle con tanta libertad. Hoy pienso que si para aquella época cada uno de nosotros hubiese tenido un televisor en su cuarto para ver comiquitas, allí hubiese permanecido apagado, porque la fiebre de jugar en la calle tenía tanta fuerza en nuestro barrio que llegábamos corriendo de la escuela a cumplir las tareas, porque ¡ay de aquel que se le ocurriera aparecerse en la escuela sin cumplir con esa sagrada obligación!, y así tener tiempo suficiente para ir al encuentro con los demás muchachos del barrio.

“¡Llegó la fiebre de las metras!...”. Todos corríamos a comprarlas en la quincalla de la señora Aura. Costaría medio una bolsita con treinta metras. Jugábamos tanto que nos salían callos en los dedos. Entre los más fiebrosos estaba uno al que le decíamos “el Caraqueño”, porque había llegado con su familia desde la capital. A este caraqueño le gustaba hacer trampa, así que no le teníamos mucha confianza. Además, jugaba diferente. Mientras todos jugábamos de *uñita*, que consistía en dejar la metra en el suelo para luego impulsarla con el dedo índice, apoyándose con el pulgar, “el Caraqueño” agarraba la metra en la mano cerrando el puño y la lanzaba empujándola con el dedo pulgar, de una forma tan hábil que casi nunca fallaba, y cuando no acertaba a pegarle trataba de confundir al adversario: “¡Ta listo, le pegué... págueme!”. Y de inmediato abría la mano con la señal de cobrar. Un día, mientras jugaba con un negrito al que le decíamos “el Mono”, “el Caraqueño” trató de hacerle trampa. Pero “el Mono” fue más rápido, agarró las dos metras y salió corriendo mientras gritaba: “¡Tierrita! ¡No juego más y me levanto!...”. “¡No joda! ¡Este caraqueño cree que va a venir de Caracas a hacerle trampa a uno aquí en Venezuela, conmigo se jodió...!”.

Poco a poco iba pasando la fiebre de las metras y llegaba la fiebre del yoyo. ¡Todos a comprar un yoyo!, que los había de todas las clases y colores. Y así nos íbamos por la calle hacia la escuela lanzando el yoyo, tratando de demostrar cada uno la habilidad que había desarrollado: lanzar hacia arriba, hacia los lados, darle dos vueltas sin enrollarlo, y

la más difícil de todas, *la garrapata*, que consistía en abrir las piernas, lanzar el yoyo hacia abajo para luego tirar con fuerza hacia arriba con tal rapidez que al girar rápidamente y hacer contacto con el pantalón se quedaba pegado en el fundillo como si fuera una garrapata. Por supuesto que no era juego para niñas, pero a los varones nos gustaba lucirnos con ellas y sobre todo en el recreo.

Una tarde, durante el recreo, jugábamos debajo de un árbol grande que había en el solar de la escuela, me lanzo al ruedo y digo: “¡Bueno, señores y señoritas, el gran Adelis les va a hacer la garrapata!”, y acto seguido abro las piernas, lanzo el yoyo con furia y decisión, tiro con fuerza hacia arriba. El golpe va directo al testículo. Justamente en ese momento suena el timbre para entrar al salón. Se acabó el recreo, todos corren hacia el salón, mientras yo me quedo sentado en una piedra un poco disimulando y pasando el dolor. Pasa corriendo “el Mono” y me grita: “¡Sóbate, que eso se hincha!”.

Así mismo llegaba la fiebre del trompo en tiempos de Semana Santa. Gritos callejeros, guaralazos por la cara y golpes en la espinilla por algún trompo enfotao lanzado por algún aprendiz. Eran esos horribles trompos cabezones y tataretos que llamábamos extranjeros, a diferencia del trompo criollo hecho por las manos laboriosas de nuestros campesinos, perfectamente equilibrados, con el cual nunca llegué a perder una pica y fue mucho el trompo que rajé en dos pedazos con los colaos que les echaba mientras el perdedor gritaba: “¡Claro, con un trompo así yo también rajo a cualquiera!”.

Era mi trompo campesino hecho por Juan Guerro que un día me traje de Las Cuibas y con el cual me lucía delante de los demás cuando se me dormía en la uña y todos querían acercarle el oído para escuchar el profundo ronquido que emitía. “¡Este sí es un trompo sedita!”, comentaban con envidia y yo les cantaba una copla que no sé de dónde aprendí por ahí:

Báilame ese trompo en l' uña
a ver si tataratea.

Las gallinas beben agua,
yo no sé por qué no mean.

Y pasaba la fiebre del trompo para darle paso a la fiebre del papagayo. Esto ocurría casi siempre en vacaciones escolares, salir a la calle a elevarlo con la satisfacción de decirles a los demás papagayeros: “¡Mira, vuela que jode y lo hice yo mismo!”.

Aquella tarde inolvidable. Fue el mejor papagayo y voló tanto y tanto que se perdió entre las nubes, llegó al cielo, se fue metiendo entre las estrellas y le entregó un mensaje de paz y de amor al mismísimo Dios, creador del universo. Pero yo me acosté sin cenar como castigo porque cuando estaba haciendo mi papagayo y cortaba el papel con la tijera apoyado en la mesa del comedor, también cortaba el mantel, claro que sin darme cuenta, pero valió la pena el castigo después de la satisfacción de ser el mejor papagayero del barrio por lo menos por un día.

Al otro día ya estaba preparando mis cosas porque me venían a buscar para llevarme a Las Cuibas a pasar las vacaciones y a trabajar en las labores del campo. Conmigo se iba también la fiebre del papagayo. Allá no había “veraras” pero las hacía de carrizo. Los forraba con papel periódico, me quedaban muy pesados pero los elevaba en las Lomas de Cubiro donde, como siempre, estaban los duendes soplando a todo pulmón. Les ponía un roncador y los dejaba bajar hasta que estaban cerca de las vacas, luego los halaba con fuerza, se activaba el roncador y me divertía mucho con la desbandada de vacas asustadas con un ruido que no les era habitual.

Había que ver aquellas lomas donde todavía no habían llegado los turistas y no habían construido los ranchos que hoy “adornan” el paisaje. La carretera era de tierra y solamente pasaban por aquellos verdes parajes los campesinos y lugareños que intuitivamente querían y respetaban el ambiente sin agredir ni contaminar. Hoy, con profunda tristeza y preocupación, pude observar las montañas de basura, ranchos, peladeros, caminatas de caballos y turistas agresores, que contaminan y destruyen sin el más mínimo grado de conciencia, a lo que se le suma la indiferencia e ineptitud de los gobernantes de turno. Una de las primeras canciones conservacionistas grabadas por el grupo Carota, Nema y Tajá e incluida en su álbum *Puro pueblo na guará*, en el año 1981, fue “Las Lomas de Cubiro”. Se escuchó mucho en las emisoras de Barquisimeto, pero el mensaje parece que no llegó a los turistas, porque sigue igual la ranchería, la basura y la desidia de un turismo mal orientado por parte de las autoridades regionales y nacionales.

Las lomas de Cubiro

Aire larense

Me fui con unos amigos,
mi mujer y mis muchachos
a las Lomas de Cubiro.
Pase por Cuara, por Quíbor,
El Molino y Paso Real
y ese pueblo que yo admiro.

Y me dio pena mirar
esas lomas tan bonitas
de frente a la montañita,
con su serena hermosura,
ensuciadas por basura
por los que llaman “turistas”.

Compadre, véngase usted
a las lomas de Cubiro
a dársela de turista.
Pero no vaya a ensuciar
esas lomas tan bonitas,
que los buenos cubireños
le agradecen su visita.

De las lomas se divisa,
hermoso, el valle de Quíbor
como un gigante dormido,
esperando a Yacambú
para entregar a sus hijos
el gran tesoro escondido.

Pero no quiero mirar
el inmenso basurero
que dejaron los turistas
cuando a las lomas vinieron,
en pago a las atenciones
que les dan los cubireños...

¿No te acordai mío?

*Quando un amigo se va
se queda el árbol caído
que ya no vuelve a brotar
porque el viento lo ha vencido.*

ALBERTO CORTEZ (1940)

COMPOSITOR, CANTANTE Y POETA ARGENTINO

Quiero dedicar estas líneas a relatar algunas cosas sobre mi maestra de cuarto grado. Ella se llamaba Amancia de Rivero. Tenía una voz fuerte y autoritaria, era un poco gorda y, por lo visto, les dio clases a todos los que, en esa época, estudiábamos en la Escuela Héctor Castillo Reyes. No son pocos los amigos que, después de muchos años, me los encuentro por la vida y me dicen: “Yo también estudié con la maestra Amancia”.

Hoy la recuerdo, mandándonos, con su manera tan especial de decir “¡A ver, a ver, a ver, a copiar la tarea!” y, acto seguido, comenzando a copiar en el pizarrón lo que, como siempre, era una larga lista de cosas que había que investigar para el otro día, cuando, de repente, se sintió un tremendo sacudón en toda la escuela. Se escuchó primero como un ruido que venía por debajo de la tierra y alguien gritó: “¡Ta temblando la tierra!” y todos de inmediato salimos a la carrera hasta ganar la calle. Alarma total, risas nerviosas y llanto.

Llegó el director a tratar de calmarnos y a los diez minutos fuimos entrando poco a poco para recoger nuestros “enseres”, como ella siempre decía: “¡A ver, a ver, a ver, recojan los enseres!”; y comentábamos nosotros muy quedito: “¡Por fin nos salvamos un día de hacer tareas!”. Pero cuando ya estábamos saliendo del salón, lo más rápido posible, escuchamos la voz mandona de nuestra querida maestra: “¡A ver, a ver, a ver, a copiar las tareas!”. No hubo manera de persuadirla para que siquiera por un día no nos mandara tareas. Ese día salimos más tarde que nunca porque nos puso doble trabajo, “... pa que no sean flojos”.

Entre nuestros compañeros de estudios recuerdo a uno que se destacaba por ser inteligente, estudioso y ordenado. La maestra Amancia siempre lo ponía como ejemplo: “¡Aprendan de Viloría!”.

decía autoritaria mientras nos enseñaba sus cuadernos siempre bien forrados y limpiécitos. Era educado y un poco retraído y era el único que tenía una caja de creyones Prismacolor. Los demás usábamos colores baraticos, comprados en la quincalla de la señora Aura. Salimos de sexto grado y a muchos de nuestros compañeros de estudios nunca más los volví a ver. Un día de estos más recientes iba para Las Cuibas. Ya estaba conformada mi familia: mi esposa y mis hijos. Se me ocurre pararme en una licorería a comprar algo para el frío y chucherías para los niños. De pronto se me acerca un señor, de esos loquitos callejeros con el pelo hecho greñas, la ropa totalmente sucia, la cara llena de manchas, denotando que tendría mucho tiempo que no se bañaba. Se me quedó mirando fijamente, destacaba entre el sucio de su cara el azul intenso de sus ojos. Me dijo con una voz pálida y débil: “¿Tú eres Fréitez, verdad?”. “Sí”, le respondí. “¿No te acordai mío? Yo soy Viloría. Tú eras amigo mío. Dame algo ahí pa bebé”.

Mis pobres recuerdos infantiles

*Yo debía ya dejar de pensar,
mas delante de tantos recuerdos
me pongo a llorar.*

MILTINHO (1928-2014)

SAMBISTA Y BOLERISTA BRASILEÑO

Ese día caminé un poco por Las Cuibas. Habían pasado muchos años desde mi infancia, había muerto mi padre, mi mamá estaba viejita y vivía en Barquisimeto. La casa estaba en ruinas, los duraznos y los membrillos se fueron secando, hasta que finalmente nada quedó en pie y, allí donde en tiempos pasados los pájaros daban sus conciertos matinales y las ardillas correteaban haciendo acrobacias aéreas, solo quedaba un silencio triste y desolador.

La impresión de ver a uno de mis viejos compañeros de estudio en la ruina total, mis pobres recuerdos infantiles tan lejanos y confundidos en aquel lugar que me parecía cada vez más triste y desolado, los gonzaliscos se habían alejado, ¡claro, ya no había duraznos!, todas

esas cosas me hicieron sentir muy triste y lloré con amargura, me prometí: “¡Algún día me vengo a vivir a estos lugares! Aquí, donde se está cayendo la vieja casa, levantaré una igualita, sembraré de nuevo los duraznos, los higos y los membrillos y volverán los gonzalitos a comérselos y a despertarme cuando ya esté viejo y un poco triste, cargado de vivencias, recuerdos y nostalgias”.

A levantarse a hacé oficio,
que ya cantó el gonzalisco.



La casa materna.



Adelis Fréitez frente a la casa materna.

La fiebre por la lectura

*Adquirir el hábito de la lectura es construirse un refugio
contra casi todas las miserias de la vida.*

WILLIAM SOMERSET MAUGHAM (1874–1965)

ESCRITOR BRITÁNICO

Pero sigo recogiendo recuerdos y añoranzas. Terminé mis estudios de sexto grado y me inscribieron en la Escuela Artesanal de Barquisimeto para que estudiara Mecánica. Realmente yo no sabía qué estudiar. Mi papá quería que estudiara una carrera corta para que empezara a trabajar lo más pronto posible, no había la posibilidad de escoger nada. “¿Estudiar bachillerato? Ni pensarlo”, decía mi hermano mayor Isauro, que solo había llegado al sexto grado y estaba preparándose para irse a trabajar a Caracas, porque no quería seguir trabajando en Las Cuibas. En efecto, al poco tiempo se fue a vivir a la capital.

En realidad, a mí me gustaba la pintura y me la pasaba dibujando muñequitos y rostros de vaquero, porque para ese tiempo leíamos unas revistas con figuras que llamábamos suplementos. Los había de vaqueros como *Roy Roger*, *Hopalong Cassidy*, *Gene Autry*. Llegaban también unas novelas mejicanas con un personaje que se llamaba Santo, el enmascarado de plata.

Con el tiempo, me fui dando cuenta de que estos “suplementos” eran alienantes. Recuerdo que leí uno de Santo que hablaba de que venían los “comunistas” y que se iban a robar a los niños para degollarlos. Eso fue por los tiempos de Pérez Jiménez y yo no sabía ni siquiera qué cosa eran esos “comunistas”, a qué se refería y frente a los cuales allí estaba el Santo para salvarnos.

También leíamos los suplementos cómicos con personajes aparentemente inofensivos como el *Rico Mac Pato*, el *Ratón Mickey*, *El Pájaro Loco*, *Quique Gavilán*, *Tribilín*, *Lorenzo* y *Pepita*, entre otros. Me fui habituando a leer con frecuencia esos suplementos, le fui agarrando gusto a la lectura y comencé a buscar otras cosas. Fue así como me topé con *Doña Bárbara*. Descubrí a Gallegos y me lo leí todito menos *Reinaldo Solar* porque no la conseguí. Tiempo después conocí al Gabo, a través de *Cien años de soledad*. Esta novela la leí tres veces,

y muchas de las obras del gran escritor colombiano Gabriel García Márquez me trasnocharon porque me enfiebré tanto que leía y disfrutaba la lectura hasta altas horas de la madrugada.

Después conocí a Miguel Otero Silva. *Fiebre; Oficina número uno; Cuando quiero llorar no lloro* y tantas otras novelas y autores venezolanos y venezolanas. Teresa de la Parra, Pocaterra, Uslar Prieti, Ramón Díaz Sánchez, todos ellos me conmovieron con sus prosas, reforzaron mis valores y me enseñaron a conocer en profundidad la inquebrantable nobleza del alma de nuestros pueblos.

El alma del Palomo

*Donde nadie va,
ahí descansan las almas.*

LOS PERICOS

BANDA ARGENTINA DE REGGAE Y SKA

Por esa costumbre de leer hasta la medianoche comencé a escuchar ruidos extraños en la cocina. Vivíamos en la casa de Barquisimeto, dos primas que vinieron de Cuara: Aida y Anatolia, un primo que vino de Sanare a estudiar, Douglas Fréitez, ya fallecido, y mi hermana mayor, Nelsa. El resto de la familia vivía todavía en Las Cuibas.

Al principio no le di mucha importancia a los ruidos, pensaba que eran los gatos. Pero los ruidos persistían. Era como si lanzaran los platos y las cucharas con fuerza contra el suelo. Al día siguiente revisábamos la cocina y todo estaba en orden. Llegamos a la conclusión de que nos estaban espantando. Se lo contamos a la abuela que vivía al lado de la casa. Ella nos dijo que los muertos se alejaban diciéndoles “malas palabras”.

En esos días interrumpí la lectura para dedicarme con Douglas, mi hermana y mis primas a cazar fantasmas. Apenas apagábamos la luz y comenzaban los ruidos, corríamos todos a la puerta de la cocina y comenzábamos a gritar: “¡Coño e’ tu madre!”, “¡desgraciao!”, “¡hijo e’ puta!”, y todas las groserías que se nos ocurrían. Luego nos quedábamos muy callados, con las luces apagadas, mirando para la

oscuridad de la cocina, tratando de oír y de ver algo, pero nada... todo se quedaba en silencio. Allí permanecíamos largo rato, finalmente nos cansábamos y nos íbamos a acostar pero al quedarnos en silencio comenzaban de nuevo los ruidos.

Esta situación se repetía cada noche y todos andábamos muy nerviosos. En una ocasión, Douglas y yo nos fuimos para el cine Tropical, que quedaba a unas ocho cuadras de la casa, y regresamos como a las once de la noche. Todas las luces estaban apagadas y entramos sin hacer ruido. Había un extraño silencio y sentimos, o por lo menos yo percibí, que algo extraño flotaba en el ambiente. De pronto escuchamos un ruido profundo que venía como desde el fondo de la tierra. Era un ruido pausado, un tum tum de unos pasos que venían detrás de nosotros. Corrimos rápidamente hasta llegar hasta la puerta del cuarto donde dormíamos. El ruido de los pasos se aceleró. Evidentemente algo venía detrás de nosotros. Entramos a toda carrera, nos atropellamos en la puerta tratando de entrar los dos a la vez, por fin logramos entrar, lanzamos la puerta con toda la fuerza y nos quedamos en silencio.

Yo tan solo escuchaba el latido acelerado de mi corazón y los pasos que seguían retumbando al otro lado de la puerta. De repente los pasos se detuvieron como si el que nos venía persiguiendo se hubiera detenido al frente, justamente en toda la puerta, allí, muy cerquita de donde estábamos temblando de miedo en la más absoluta oscuridad. Al cesar los pasos se hizo un silencio profundo y sepulcral. De repente, escuchamos un quejido que venía desde lo más profundo de las entrañas de la tierra. Era realmente un lamento, como que expresaba un dolor muy intenso, no era un quejido para asustar, era de verdad la expresión de un dolor desgarrador que nos dejó profundamente impresionados. Poco a poco nos fuimos tranquilizando, prendimos la luz, nos asomamos al cuarto de las muchachas. Estaban dormidas, no se despertaron ni con el portazo. Yo le comenté a mi primo: “Vamos a dormir, a rezar lo que sepas y mañana tenemos que hacer algo”.

Al otro día les contamos a las muchachas y nos comentaron que por primera vez en mucho tiempo se habían dormido sin escuchar ruidos. Al día siguiente por la noche, vino un señor llamado Octavio a visitar a Anatolia, porque la estaba enamorando, con el tiempo se

casaron. Le contamos todo lo que nos estaba pasando, él nos dijo que tenía una amiga espiritista, que la iba a traer para ver qué se podía hacer. En efecto, al siguiente día se apareció con una señora un poco gorda de unos cuarenta años con unos ojos profundamente amarillos y con una sonrisa desagradable y burlona. Me miró fijamente y me dijo, en un tono casi amenazante: “Usted y ese otro muchachito se me van de aquí y no vuelvan hasta por lo menos en tres horas, porque voy a hacer un trabajo y no quiero mirones”. “¿Qué más nos queda?, ¡vámonos!”, le dije a Douglas y salimos a la calle.

Esa noche deambulamos por las calles de Barrio Nuevo como hasta las doce. Regresamos con recelo. Allí estaban las muchachas esperándonos. “¿Qué pasó?”, pregunté, “¿ya se fue la vieja ojos amarillos?”. Habían lavado la casa y flotaba en el ambiente un olor ácido mezclado con incienso y unas velas prendidas en la cocina, pero con todo y eso se sentía el ambiente como más liviano. Esa noche no pasó nada, todo estaba tranquilo, aunque no dormí bien, a cada rato me despertaba y veía las sombras fantasmales que formaban las luces de las velas en la cocina.

A partir de aquel día se acabaron los ruidos y volvió la tranquilidad; retomé mis hábitos por la lectura. Pero una noche que no tenía nada que leer me acosté a pensar y a tratar de encontrarle una explicación a aquellos extraños ruidos que a veces hasta me hacían falta. De pronto me acordé de algo que había pasado unos años atrás, esto ocurrió en tiempos de las guerrillas. Con la intención de aislar a Barquisimeto de Quíbor, Sanare, Guarico, El Tocuyo y otras poblaciones de la zona alta de Lara, seguramente para cometer alguna acción guerrillera e impedir que el ejército actuara con eficiencia, unos guerrilleros urbanos colocaron una bomba en un puente situado a la altura del kilómetro 16 de la carretera Barquisimeto-Quíbor. Un humilde quiboreño, a quien llamaban el Palomo, pasaba por allí, vio el extraño artefacto, le llamó la atención un reloj que tenía colocado y lo agarró, sin sospechar ni siquiera de qué se trataba. En ese momento, mi hermano Alí pasaba con su camioneta en compañía del cantante quiboreño Honorio Falcón. Ellos conocían al Palomo y se detuvieron cuando él les gritó, mientras se acercaba a la camioneta, diciendo: “Miren lo que me encontré, esta vaina parece un reloj”. Honorio le

gritó desde la camioneta: “¡Tenga cuidado, que eso puede ser una bomba!”. En ese momento ocurrió la terrible explosión. El cuerpo de aquel inocente señor voló en mil pedazos. Una pierna chocó contra el parabrisas y lo destrozó. Todos quedaron ciegos momentáneamente por el humo y aturcidos por la explosión, pero afortunadamente no sufrieron daños de importancia. Rápidamente llegó la policía, los detuvieron para comenzar las averiguaciones pero los soltaron al siguiente día. En realidad no había razón para sospechar de ellos y de igual forma les entregaron la camioneta.

Alí estaba muy nervioso y me pidió que se la lavara porque estaba toda impregnada de pedacitos de huesos y piel del infortunado Palomo. Yo con mucho respeto, e impresionado por aquel acontecimiento tan terrible y doloroso, recogí con mucha paciencia todo lo que pude de aquellos restos y los coloqué en una lata de leche, luego me fui al solar de la casa que quedaba inmediatamente después de la cocina, hice un pequeño hueco con una barra y los enterré. De esto no le hice ningún comentario a nadie. Esa noche no me desveló la lectura pero no me dejó dormir una pregunta a la cual nunca encontraré respuesta, ¿no sería el alma en pena del Palomo?

Este lo vide, este no lo vide

Los recuerdos de cuando estaba muchachón.

ADELIS FRÉITEZ

Volviendo a los tiempos en que leíamos los suplementos... También íbamos al cine de matiné los sábados, disfrutábamos mucho, realmente el cine era un gran espectáculo: las series, las películas mexicanas, con unos charros machos y serenateros, que hasta salíamos hablando “mejicaniao”.

También veíamos las películas norteamericanas, con la eterna historia de la conquista del viejo oeste, indios malos peleando contra los vaqueros: son muchos, los tienen acorralados, la situación es muy difícil, silencio total en aquella sala llena de muchachos. De repente, se escuchaba una música de triunfo, algarabía total, el cine está que

revienta de muchachos gritando, aparece un hombre blanco de ojos azules, bien plantado, con un par de pistolas y a correr se ha dicho, era el muchacho de la película. Comenzaba la gran persecución, la música sonaba con más fuerza que nunca y no quedaba, como en efecto no quedó, ni un solo indio vivo en aquella antigua comarca donde hoy es la gran ciudad de Nueva York. En ese cine Tropical, que tanto disfrutábamos, también intercambiábamos suplementos con los muchachos de otros barrios: “Este lo vide, este no lo vide. Este te lo cambeo por este”.



Fachada del cine Tropical, carrera 13, entre 56 y 57, Barquisimeto.

Cuando estaba muchachón

Corrido

Allá en los años cincuenta,
cuando el cine Tropical
se llenaba de muchachos,
aprendimos a ser machos
con el cine mexicano,
y aplaudíamos al muchacho
de los norteamericanos.

Los mexicanos nos dejaron la pasión
con sus canciones de amor por una ingrata.
De allí salíamos a dar la serenata
cuando sentíamos herido el corazón.
De los del norte aprendimos la falacia
de ver al indio provocador de guerras,
cuando los blancos usurpaban sus tierras
dándoles “vivas” a su linda “democracia”.

¡Qué lindos son, son, son!
¡Qué lindos son, son, son,
los recuerdos de cuando estaba muchachón!
Pero el tiempo ya pasó
y aunque el indio resistió
no pudo con la embestida.
El del norte lo acabó
y la historia no termina.
Hoy usurpan los derechos
de la América Latina.

Siempre adelante, nuestra América morena,
a defender esta tierra con valor
y a demostrar que corre por nuestras venas
sangre del indio que nunca se doblegó.
Porque los pueblos que sienten la pasión
de ser tan libres como las golondrinas,
han de seguir el ejemplo de Bolívar
de defender la autodeterminación.

En esta especie de corrido a lo mexicano con un toque de música *country* a lo norteamericano, es decir, la música campesina de los gringos, denunciamos la gran manipulación del cine norteamericano y las arbitrariedades del imperio en contra de sus habitantes primarios, los indígenas sioux y tantas otras etnias, que fueron acorralados, despojados de sus tierras y finalmente exterminados. Esta canción fue grabada por el grupo Carota, Ñema y Tajá en el año 1986, con acompañamiento

de cuerdas, ejecutadas por jóvenes integrantes de la Orquesta Sinfónica de Lara, con arreglos de mi hermano Valmore Fréitez, y luego vuelta a grabar, con el Mariachi Show 2000, en el año 2006.

El guerrero atómico

*Pobre México, tan lejos de Dios
y tan cerca de Estados Unidos.*

NEMESIO GARCÍA NARANJO (188 -1962)

ATRIBUIDO A PORFIRIO DÍAZ

A continuación incluyo un tema que, con el nombre de “El guerrero atómico”, compuse y grabé para el álbum *Vivir para cantarla. Vivencias y canciones de Adelis Fréitez*. El tema tiene la particularidad de que incluye partes cantadas pero también narradas, y es una historia sobre un guerrero que tiene una bomba atómica por corazón:

Narrado: Cuenta la historia que esa gran ciudad que llaman Nueva York era en otros tiempos una hermosa aldea de indios trabajadores y buena gente. Pero un día, un mal día diría yo, llegó un guerrero con cara de pocos amigos y, así mismo, como llegó, se posesionó de aquel hermoso territorio.

El mundo entero peligra
porque un guerrero llegó,
no sé sabe de onde vino
ese asesino y ladrón.
Se alimenta de petróleo
y va defecando carbón.
Tiene una bomba en el corazón,
el guerrero más terrible que existió.

No respeta ni al vecino
y es tan grande su ambición.
Quiere acabar con el mundo
y con su gente comenzó.

Dicen que tumbó las Torres
y al Pentágono atacó.
Tiene una bomba en el corazón,
el guerrero más terrible que existió.
Tiene una bomba atómica por corazón,
el guerrero más terrible que existió.

Narrado: Bueno, como les venía diciendo. Aquel terrible guerrero se quedó mirando a los indios, los miraba feo, ¿no ve? Y dijo pa sus adentros, pero como pa que todo el mundo lo escuchara: “No me gustan estos indios, huelen mal”. Entonces comenzó a fustigarlos, a empujarlos, a atropellarlos y a asesinarlos, y acabó con todos ellos. No conforme con lo que había hecho, se montó en el cerro más alto del gran cañón de Arizona y mirando pal mundo dijo: “Este territorio es mío, de aquí no me saca nadie”. Ahí mismito estaba México y ¡zas!, le arrancó un tajo y se lo metió al bolsillo. Claro que los mexicanos reaccionaron de inmediato, ahí surgió un tal Pancho Villa y dijo: “Oiga, ¿y usted qué se trae, mano?”. Pero nada, aquel terrible guerrero tenía mucha fuerza y mucho poder, y les puso la bota encima, y ahí está México. Pobre México, como dijo el poeta: “Tan lejos del cielo y tan cerca de los gringos”. Pero el pueblo mejicano no se rinde, mano, ahí está luchando como los meros machos y si no, pregúntenles a los zapatistas. Pero mejor les sigo contando: después, aquel terrible guerrero se fue por los pueblos del mundo a sembrar odio, miseria y destrucción.

Se fue para el Medio Oriente
y allá la guerra prendió,
asesinó a tanta gente
que hasta al Papa conmovió,
pero como es asesino
ni un comino le importó.
Con billete americano
hasta un pueblito llegó
y con solo alzar la mano
al presidente tumbó,
pero el pueblo soberano
a patadas lo sacó.

Tiene una bomba en el corazón,
el guerrero más terrible que existió.
Tiene una bomba atómica por corazón,
el guerrero más terrible que existió.

Narrado: Cuando los pueblos del mundo se enteraron de aquel histórico acontecimiento no lo podían creer: “¿Que un pueblito pequeño de la América Latina sacó a patadas al terrible guerrero? ¡No te lo puedo creer!”; “¡Sí, lo sacó, mano, lo sacó a patadas!”; “¡Ah! Entonces fue cuando los pueblos comenzaron a despertar, y cuando los pueblos despiertan, los tiranos tiemblan, los oligarcas se esconden y los imperios se tambalean... y hasta se caen, digo yo, ¿no ve?”.

Es el colmo del cinismo
de este guerrero ladrón,
va lanzando hacia el abismo
a su pueblo y su nación,
lucha contra el terrorismo
y va sembrando el terror.
No sigas sembrando ruinas,
tu poder ya se acabó,
en América Latina
todo el pueblo despertó
y te estamos esperando
con la espada de Simón.

Tiene una bomba en el corazón,
el guerrero más terrible que existió.
Tiene una bomba atómica por corazón,
el guerrero más terrible que existió.

Narrado: Y eso sería todo.

Los abuelos

*Los abuelos somos viejos por fuera
y jóvenes por dentro.*

ANÓNIMO

Como en casi todas las familias venezolanas, la figura de los abuelos siempre está presente en nuestra familia. Estando en Barquisimeto, vivían con nosotros los abuelos maternos, los paternos no los conocí, se fueron muchos años antes de que yo llegara.

Nuestros abuelos maternos no se hablaban, eran de esos viejos orgullosos que, no se sabe por qué razón, un día se enojaron y no se volvieron a dirigir la palabra. La abuela se llamaba Idelfonsa y le decíamos Mama Poncha, ella vivía en la casa de mi tío Gonzaga, hermano de mi mamá. El abuelo se llamaba Rafael Ángel y le decíamos “Papa Rafel”. Él vivía con nosotros pero las casas estaban tan juntas que las separaba una pared y nos comunicábamos por una ventana que siempre estaba abierta. Mi abuela venía todas las noches a nuestra casa a ver la novela y se sentaba a disfrutar su “culebrón”. Una noche, y como era costumbre, veíamos televisión con las luces apagadas. Allí casi siempre estaba mi papá, mi mamá, alguna de mis hermanas y el abuelo que, en la oscuridad, era fácil confundirlo con mi papá: ambos tenían la cabeza blanquita, aunque mi abuelo era medio calvo. En eso llegó la abuela y, como no encontró dónde sentarse, se le sentó en las piernas al abuelo, obviamente que lo confundió con mi papa: “Yo me siento aquí con mi viejo”, y le sobaba la cabeza. Todos nos quedamos callados, tratando de no reírnos para ver hasta dónde llegaría la confusión de la abuela. De repente se dio cuenta del error, saltó como un resorte, todos estallamos en risas y la abuela no volvió nunca más a ver su novela favorita.

El tesoro del abuelo

¡Úrpiá, carajo!

RAFAEL ÁNGEL FRÉITEZ

MI ABUELO

Cuando se trajeron al abuelo de Cuara, nosotros pensábamos que a lo mejor no se iba a acostumbrar a la ciudad. Pero el abuelo era de carácter alegre y comunicativo, así que a los pocos días ya tenía organizada su pandilla con los viejitos del barrio y, a golpe de cinco de la tarde, se reunían en la esquina a conversar y a escupir chimó. Al abuelo le gustaba bailar; se levantaba muy temprano y como mi mamá siempre tenía un radio prendido mientras hacía las arepas, y sonaba mucho para esos días don Pablo Canela, su violín, y su famoso “Gavilán tocuyano”. Disfrutábamos mucho cuando el abuelo salía del cuarto bailando brincaíto al compás del violín de Canela. Yo comenzaba a gritar y en la ventana se aglomeraban todos los de al lado para disfrutar de la alegría del abuelo bailarín.

También al abuelo le gustaba el béisbol y se iba para La Planeta, que eran los terrenos donde hoy funciona el Centro Atlético América, y allí los vagabundos amigos de él le daban cocuy. Cuando lo escuchábamos que venía por la calle gritando “¡Úrpiá!”, decíamos “¡Papá Rafel viene rascao!”. Y cuando el abuelo se rascaba, le daba por recitar décimas. Eran poesías muy antiguas. Valmore, mi hermano menor, y yo lo grabábamos con un grabador de *cassette*, pero siempre escondiendo el micrófono para que no perdiera su espontaneidad. Era de los primeros grabadores que no tenían el micrófono incorporado. Así lo hicimos varias veces. Cuando lo escuchábamos gritar “¡Úrpiá!”, corríamos a buscar el grabador y le pedíamos que recitara y él, así como para refrescar la memoria, arrancaba con esta cuarteta de una décima glosada:

El que es soltero y se casa
le sucede lo que a mí,
que estoy como el pitirrí,
a la tarita que pasa.

Así logramos recuperar varias décimas que guardábamos con mucho celo en un *cassette*, hasta que un día el abuelo se dio cuenta de que lo estábamos grabando y dijo con su voz de borrachito: “¡Ustedes lo que me están es graduando!”. A partir de ese día el abuelo no quiso recitar más.

Por un descuido, una noche dejamos el grabador sobre la mesa y a la mañana siguiente no estaba. Les preguntamos a todos y nadie daba razón del bendito grabador hasta que, por la tarde, apareció de nuevo en la mesa. Corrimos a revisar nuestras queridas décimas para transcribirlas y guardarlas como *El tesoro del abuelo*. ¡Cuál fue nuestra sorpresa cuando el *cassette* comenzó a girar y por el altavoz salió la voz despechada y llorona de Julio Jaramillo, cantando aquel desgarrador bolero!

Si tú mueres primero, yo te prometo,
escribiré la historia de nuestro amor
con toda el alma llena de sentimiento;
la escribiré con sangre,
con tinta sangre del corazón.

“¡Coño!, ¿qué pasó aquí?”, gritó Valmore desesperado, como que era el más aficionado a las décimas del abuelo. A lo que respondió Isauro, nuestro hermano mayor, desde el cuarto: “Yo borré todas esas pendejadas que ustedes tenían ahí de papa Rafel y grabé unas canciones anoche en El Bigote”. El Bigote era el botiquín de la esquina, donde a veces también le daban cocuy al abuelo.

Otro día llegó el abuelo rascaíto y entró a la casa gritando: “¡Úr-pia!”. Él usaba mucho esa palabra, “¡úr-pia!”, que es como expresar alegría y euforia. Por cierto que el poeta de nuestros llanos, Víctor Vera Morales, la inmortalizó en su libro titulado *¡Úr-pia, Dolores!* Bueno, ese día andaba “Papá Rafel”, el abuelo, como muy acelerado y volvió a gritar con fuerzas: “¡Úr-pia, carajo! ¡Viva Castro!”. De pronto, se paró al frente una patrulla de la policía. Todos nos asustamos. Eran tiempos de mucha represión. Se bajó un policía con la mano en el revólver mientras gritaba amenazador: “¿Quién es el comunista que le está dando vivas a Fidel Castro?”. Nos costó mucho convencer al agente del orden público

de que era el abuelo borracho y que se refería a Cipriano Castro. Mientras, el policía rezongando en su ignorancia, decía: “Yo no conozco a ningún Cipriano Castro. ¡Mucho cuidado si me están mamando gallo porque me los llevo presos a todos!”.



Isaura Antonio Fréitez Agüero (13/02/1938 – 29/01/2004), el hermano mayor:
“Yo borré todas esas pendejadas”.

Al abuelo le daban unos accesos de tos, se ponía muy bravo y rezongando decía: “¿Cuándo se irá a morir este hijo de las trescientas mil putas, carajo?”. Mi mamá le decía: “No diga eso, papá, eso es malo”, y yo le decía en forma de burla: “A que si le llega la muerte sale corriendo y no se deja llevar”. Y él, tosiendo y hablando a la vez respondía: “¡Jummm, que venga pa’ que vea cómo me la echo al pico!”... Un día le llego y creo que ni cuenta se dio porque estaba dormidito y

así mismo se quedó. Por esas extrañas cosas de la vida, al mes de morir el abuelo, murió la abuela y el mismo día que murió la abuela murió también el abuelo de Antonieta, mi compañera.

Un día de estos más recién vividos, iba para Las Cuibas. Al pasar por Cuara, me pareció ver al abuelo sentado en la acera frente a la que fue su humilde casita y, de inmediato, con su querido recuerdo me llegó la canción que incluyo a continuación. Me detuve un buen rato y comencé a escribirla con rapidez para que no se me olvidara, a la vez me la cantaba, porque me llegó con letra y música. Era como si alguien me la dictara, de tal manera que cuando llegué a Las Cuibas ya la tenía terminada. Fue cantada por Cristian Rigú en el Festichamo, y luego grabada en el 2002 por Gerardo Pernalet para el álbum *Entre viejos y tripones* de Carota, Nema y Tajá.

El abuelo

Pasaje

¿Por qué se habrá puesto triste el abuelo
si era un hombre juguetón?

¿Será que de tanto andar por el tiempo
se le cansó el corazón?

Ayer hablaba solito el abuelo
de tiempos que ya no están.

Y se ponía arrugadito
con los ojos aguaditos
a puntico de llorar.

Y en el mirar infinito
de sus ojos azulitos
todo un mundo de bondad.

Y yo siento que el abuelo
pronto se nos va a marchar,
como el agua del riachuelo
que busca el cauce y se va,
porque mira y mira al cielo

como buscando un consuelo
para su gran soledad.
Y en sus noches de desvelo
se oye evocar al abuelo
tiempos que no volverán.

Yo que soy solo un retoño
del huerto donde sembró sus anhelos,
esta es mi promesa, abuelo,
que recogeré del suelo
la semilla de su amor
y que haré un surco en la tierra
para que nazca una flor
y no se borre su huella.

Policía, carota fría

... guardá los huesos pa'l mediodía.

ANÓNIMO

Siempre me atrajo mucho el dibujo y la pintura, razón por la cual me inscribí, por mi cuenta, en la escuela de Artes Plásticas que estaba situada en la carrera 15 con calle 60, al frente de la placita Miranda, donde hoy funciona la escuela Pablo Manzano Veloz. Me acompañaron mis primos Beltrán y Ramón, porque para todos lados íbamos juntos, y ellos también se inscribieron. Nuestro profesor era un señor muy amable, de apellido Requena, que después fue un destacado pintor, muy reconocido a nivel nacional y fuera del país. Estudiábamos de siete a diez de la noche, eran tiempos de la dictadura de Pérez Jiménez y se decía que a todo muchacho “realengo” que anduviera por la calle después de las diez de la noche lo iban a meter preso. Eso nos preocupaba a todos, pero nos arriesgábamos, o sea, yo casi los obligaba a que me acompañaran. Estudiaba con nosotros un muchacho llamado Humberto Castillo, que también tenía mucha vocación para la pintura. Él y yo ya estábamos bastante adelantados, es decir

que a los pocos días de estar en clase, el profesor Requena dijo: “Estos carajitos son buenos. Mañana empiezan a dibujar con carboncillo”. Eso era una muestra de que estábamos avanzando, pero Humberto Castillo también era necio y vago como él solo, un día nos propuso que nos fuéramos a masturbar debajo de las escaleras. Todos los días, cuando salíamos de clase a las diez de la noche, le gritaba al policía que cuidaba la plaza: “¡Policía, carota fría, guardá los huesos pal medio-día!”. Aquel policía se ponía furioso y a veces intentaba carrerearnos, pero nosotros corríamos más rápido y él se quedaba en medio de la calle, gesticulando y lanzándonos maldiciones... “¡Dejá la vaina con el policía, pa que podamos venir tranquilos a clases!”... Pero todo el tiempo era lo mismo. Hasta que una noche, el policía se apareció de repente montado en una bicicleta y nos echó un carrerón. Casi todos lograron escaparse porque corrieron por las calles transversales, pero Ramón, Beltrán y yo seguimos por todo lo largo de la calle 60 hacia Barrio Nuevo. Ya casi llegando a la iglesia, el policía nos alcanzó. Entramos en tropel a una casa donde estaban unos señores jugando dominó. El policía se quedó afuera amenazante y nos dijo: “¡Mañana vengo con la patrulla y se van a joder, pa que respeten!”. Después de aquel gran susto se me acabaron las ilusiones de ser un gran pintor, aunque siempre pintaba mis cositas de vez en cuando, y hasta pinté un cuadro con el rostro de Antonieta, muchos años después, cuando éramos novios.

Con tu música a otra parte

También quise estudiar música y me inscribí con Beltrán en la escuela de música que quedaba al frente del edificio Nacional. El primer día de clase me ubicaron en el salón con unos niños muy pequeños. Yo era el único adulto o, más bien, adolescente, creo recordar que tenía unos 16 o 17 años. Ellos eran realmente muy niños y me miraban como extrañados cuando el profesor me dijo: “Siéntate por ahí mientras yo termino esta clase”. Luego trató de explicarme lo de las corcheas, las negras y las blancas. Yo como que no entendía mucho, y los niños se burlaban de mí, me miraban y se reían entre ellos de

mi torpeza. Me sentí muy avergonzado, tenía todavía muchos prejuicios producto de mi condición de campesino, así que ese mismo día decidí no volver a clases.

Beltrán siguió estudiando un tiempo más y le asignaron como instrumento un contrabajo con el cual lo ponían a practicar en un calorón, como a las tres de la tarde, rascándole la barriga con un arco a aquel inmenso instrumento. Me contó que un día se fastidió de tanto repetir la misma lección y, en un momento en que el profesor lo dejó solo, aprovechó y comenzó a tocar “El Pompo”, canción que estaba muy de moda para la época, magistralmente interpretada por Manolo Monterrey y la orquesta Los Melódicos. Lo sorprendió el profesor en plena guaracha... “¡Ella baila el pompo, ella baila el pompo, ella baila el pompo, ella baila el pompo. Mira vaaa!”. Y le dijo furioso: “¡De aquí te vas con esa música tan vulgar a otra parte!”. Así terminaron nuestros sueños de ser, algún día, grandes y reconocidos músicos académicos.

¡Ojalá se muriera ese viejo pelón!

Terminé inscribiéndome en la escuela artesanal que estaba situada en la calle 9, o sea, lo que es hoy la avenida Morán, y me fui a vivir con mi tía Cedeña, una hermana de mi mamá, en una casita humilde que estaba situada en la carrera 25, haciendo esquina con la calle 17. Allí vivía con ella su esposo Plácido, su único hijo Douglas, quien muchos años después fue uno de los integrantes fundadores del grupo Carota, Nema y Tajá, y un hermano de ella, llamado José Agüero, quien más adelante me orientaría hacia el pensamiento marxista leninista, porque, sin saberlo nosotros, para esa época ya él estaba conspirando contra Pérez Jiménez y andaba en actividades clandestinas con el Partido Comunista de Venezuela y después con el partido Acción Democrática.

En la escuela artesanal donde me llevó mi tía Cedeña a inscribirme, comencé a estudiar y ni siquiera sabía de qué se trataba. Pero me gustó mi primera clase, era de dibujo técnico, no se parecía en nada al dibujo artístico que tanto me gustaba, pero al fin y al cabo era dibujo.

Luego comenzamos a ver otras materias, Matemática, física, química, la cual no entendía ni me podía imaginar en qué parte del universo estaban los electrones, protones, materia y átomos de los cuales nos hablaba el profesor, quien, por cierto, nos trataba mal, muchas veces llegaba de mal humor y decía: “¡Papel y lápiz!”. Con eso estaba indicando que nos iba a practicar un examen sin previo aviso. Todos protestábamos, pero de la raspazón colectiva nadie se salvaba.

En verdad a mí no me importaba mucho, porque solo estaba pendiente de que llegara pronto el día de las vacaciones para irme a corretear en mi campo. Recuerdo que un día un compañero de clases me dijo: “Este güaro camina brincaíto, parece que fuera campesino...”.

Este caminar brincaíto que yo tengo
se me pegó correteando en esos cerros,
unas veces carrereando pajaritos
y otras veces recogiendo los becerros.

Este verso pertenece a una canción que escribí con la idea de, así como recogía becerros para el ordeño del día siguiente, recoger también recuerdos infantiles. Pero se me extravió el *cassette* donde la había grabado y no pude, por mucho que intenté, reconstruirla de nuevo. Quizás el que se lo encontró hizo lo mismo que mi hermano Isauro con las décimas del abuelo.

Recoger los becerros era una labor que hacíamos en el campo todos los días por la tarde para que no se mamaran las vacas. Los íbamos a buscar a las serranías y a veces nos costaba encontrarlos porque las vacas los escondían por la montañita, pero había que encontrarlos como fuera porque mi papá estaba muy pendiente de que no faltara ninguno. A esta labor la llamábamos “enchiquerar”.

Retomando el relato... Con el tiempo me fui acostumbrando a la ciudad, pero a lo que no me podía acostumbrar era a usar zapatos: tenía el pie como muy anchote de tanto usar cotizas, que eran unas sandalias parecidas a las que utilizaban los apóstoles y que nos las hacía un señor llamado Horacio. Él trabajaba con mi papá en la pequeña finca. Esas cotizas las hacía de goma de caucho y correas de cuero de vaca. Ya en la ciudad usaba alpargatas, pero era obligatorio

usar zapatos en la escuela. Un día se me hizo tarde para ir a clases, llegué a la casa, me vestí rápidamente, pero se me olvidó por completo ponerme los zapatos y me fui en alpargatas. Llegué retardado y sudado por el carrerón de las diez cuadras de distancia desde la casa a la escuela. Cuando iba entrando al salón de clases, me paró el director, que era un señor de apellido Galíndez, grandote y calvo, y me regañó delante de todos mis compañeros: “Mire, jovencito, ¿usted se ha creído que esto es una pocilga, para aparecerse con esas sucias alpargatas en esta escuela? ¡Usted no respeta! Se me va inmediatamente a su casa y se cambia esas ridículas alpargatas”. Yo me sentí muy humillado y a la vez preocupado, porque no sabía qué había querido decir con esa palabra, “pocilga”. ¿Qué significaba eso? Me regresé a mi casa con la humillación sobre los hombros y le pregunté a mi tía Cedeña: “¿Tía, qué es una pocilga?”... “¡Qué vía sabé yo qué vaina es esa, muchacho! ¿Qué pasó, no tuviste clase?”... “No, el profé como que se enfermó”, le mentí mientras pensaba con sordo rencor: “¡Ojalá se muriera ese viejo pelón!”.

Viendo a Manolo tocar

En esa escuela artesanal conocí a un muchacho, llamado Manolo Angulo, que tocaba muy bien el arpa. Él me invitaba a su casa para que yo lo viera tocar y hasta trató de enseñarme, pero a mí se me enredaban los dedos en aquel cuerdero y se me hacía imposible independizar el movimiento de las manos. Pero viendo a Manolo tocar, me fui animando y les dije a Ramón y a Beltrán que hiciéramos un conjunto de arpa. Mi tío Gonzaga, el papá de Ramón y Beltrán, nos regaló un arpa grande y bonita que Ramón rápidamente aprendió a tocar. Beltrán tocaba el cuatro y yo cantaba. Con el tiempo, se incorporaron otros muchachos del barrio, entre ellos Freddy “El Cuchillo”, Manolo, Alfonso, Martín Angulo, el maestro Tino, Manuel Aguirre, y a todo el que quería cantar le dábamos chance.

Ya adolescentes no pelábamos una serenata todos los sábados y bebíamos ron, aunque casi nunca teníamos dinero. Pero no faltaba alguien que lo pagara, e incluso las arepas de la madrugada, con tal de que le lleváramos una serenata a su novia.

La cosa ta' fea

Una tarde, estando en clases de Castellano que impartía el viejo grandote y calvo, llegó un profesor como muy asustado y con cara de mucha preocupación. Le dijo al director, allí, delante de todos nosotros: “Profesor, es mejor que soltemos a los muchachos, en el Liceo Lisandro Alvarado hay peos”. Yo no entendía mucho de qué se trataba, pero bajo la orden del director todos nos fuimos contentos a nuestras casas. Cuando llegué, le dije a mi tía mientras me quitaba los zapatos: “¡Tía, suspendieron las clases!”. Ella se quedó como pensativa y me dijo: “¡La cosa ta' fea! Por ahí anda tu tío con unas vainas raras. Parece que quieren tumbar al gobierno”.

En efecto, a los pocos días, una madrugada, llegó mi tío José gritando eufórico: “¡Cedeña, Cedeña, cayó el tirano, carajo!”. Y se metió corriendo para mi cuarto: “¡Levántate, coño, que cayó Pérez Jiménez!”. Nos levantamos todos y ya, como a las ocho de la mañana, andábamos por las calles de Barquisimeto en el *jeep* de Plácido con una bandera de Venezuela gritando: “¡Muera el tirano! ¡Viva el maestro Gallegos! ¡Viva Rómulo Betancourt!”. Yo, en realidad, no sabía quiénes eran esos señores pero igual gritaba: “¡Viva!”.

Así comenzó esta democracia, un 23 de enero del año 1958. Mi tío José se entusiasmó y pasó a ser un gran activista del partido Acción Democrática, vinieron las elecciones y una gran campaña electoral, intensa, larguísima y de muchos encontronazos. Ganó Rómulo Betancourt y, a los pocos meses, me dijo mi tío José: “¡Te conseguí una beca pa que te vayas a estudiar pa Caracas!”. Y yo pensé: “¡Coño, ahora sí me voy a quedar sin mi Cuibas! Pero bueno, hay que estudiar...”.

Por esos días, y después de varios años, me conseguí con Anadina y me dijo así, como muy triste: “¡Ah, mundo! ¡Yo perdí las esperanzas de que mi muchachito estudiara pa' cura!”. Y agregó, mientras me abrazaba suavemente: “¡Si es que anda como un patiquín, con copete y todo!”. Creo que para ese tiempo ya había cumplido como dieciocho años y era costumbre peinarse con brillantina y dejarse el copete estilo Tony Curtis, un artista del cine norteamericano al cual todos los jóvenes de la época nos queríamos parecer.

El campesino se va a conocé Caracas

“¡Ahora sí me arrancaron de mi campo!”, pensé el día que me despedía de mi familia para irme rumbo a Caracas. Todos mis hermanos y mis padres estaban rodeando el carro de mi tío Ángel Agüero y hacían chistes conmigo: “¡El campesinito se va a conocé Caracas!”. Para ese tiempo, Caracas nos parecía una ciudad tan remota y tan lejana, y yo sentía que era mejor despedirse de esa manera, no quería que me vieran llorar. Pero, aunque me reía del chiste, por dentro iba llorando, porque siempre he sido muy dado a la nostalgia, y además estoy como muy arraigado a mi infancia campesina.

Al día siguiente de estar en Caracas me llevó mi tío Ángel a formalizar la inscripción en la Escuela Técnica Industrial Luis Caballero Mejías, situada por Los Chaguaramos, a la entrada de la Universidad Central. Allí estaría en calidad de semiinterno, o sea, que tenía permiso para salir los sábados y regresar los domingos por la tarde. Me preguntaba la secretaria: “¿Nombre?”. “¡Adelis Fréitez!”, respondí, y me reclama mi tío: “¡Diga su nombre completo! Usted se llama Adelis Pastor Fréitez Agüero, ¿por qué niega el apellido de su mamá?”. Después de aquel regaño público me dejó en la escuela, me echó la bendición y me dijo cariñosamente, mientras me daba palmaditas: “Bueno, hijo, que tenga mucha suerte”. Al momento fui conducido por unos pasillos donde había una hilera grandísima de camas y escaparates de madera. Me asignaron una con la respectiva llave de mi escaparate para que guardara mis cosas: un radio de corriente, un flux azul marino de casimir que nunca usé, una bata blanca para el laboratorio, jabón, desodorante y otras cosas. Al otro día a clases. Iba a estudiar Geología y Minas. En realidad no tenía idea de qué era eso, pero como no había más nada, allí quedé inscrito. Era nuestro primer día de clases. Nos presentaron al profesor guía, un señor con el pelo lamío peinado con gomina, con un acento andino. Nos informó entre otras cosas: “Van a ver trece materias, Inglés, Matemáticas, Física, Química...”. ¡Otra vez con los protones!

En ese primer día de clases me conseguí también con cuatro paisanos barquisimetanos y, como siempre andábamos juntos, nos llamaban “Los Guaros”. Ellos eran Hernán Herrera, Pedro León Gutiérrez, Loyo y uno que tenía un apellido ruso, Isakobischk.

Guaro tenías que ser

*¡Ah, cosa buena, compadre,
cuando nos llaman los guaros!*

RODRIGO PASTOR SEQUERA

LUCHADOR SOCIAL Y POETA TOCUYANO

A los pocos días de haber comenzado las clases estalló un conflicto. La Escuela Técnica Industrial se declara en huelga general para solicitar, al ministro de Educación que, para la época, creo que era Rafael Pizani, la destitución de un señor de apellido Manzanilla, un funcionario que sería como el coordinador de las escuelas técnicas y que no era bien visto por los imberbes comunistas que conformaban el centro de estudiantes.

Para contrarrestar las acciones huelguistas, los adecos trataron de organizarse, pero los estudiantes estaban decididos a mantener la huelga. Nosotros, los guaros, al menos Herrera y yo, no entendíamos muy bien la razón de la huelga, pero nos identificábamos con los huelguistas y nos pusimos a defenderla. El ambiente estaba enrarecido, una noche decían que iban a sabotear el conflicto y que había que vigilar toda el área de la cerca de alfajol que separaba la Universidad Central de la Escuela Técnica. Nos asignaron a Herrera, a otros compañeros y a mí, la tarea de recorrer toda el área para vigilar cualquier acción de saboteo. En eso andábamos cuando, de pronto, se oye una explosión. Habían lanzado un niple del otro lado de la cerca. Inmediatamente grita Herrera: “¡Por ahí va un guaro corriendo por la empalizá, agárrenlo!”. Todos corrimos hasta donde estaba Herrera. De pronto, alguien dijo: “¿Cómo fue que dijiste?, ¿la empalizá?, ¿qué vaina es esa? ¡Guaro tenías que ser!”. Por supuesto que el lanzador del niple se nos escapó, porque allí mismo nos sentamos todos a reírnos de la palabra “empalizá” con la que el guaro Hernán Herrera llamó la cerca de alfajol que separaba la ETI de la UCV.

Por esa huelga se perdieron como tres meses de clase. Los internos y semiinternos pasábamos el día entre jugando dominó en las aulas o jugando voleibol en las canchas. Los que no eran internos no volvieron y el conflicto se fue enfriando sin lograr ningún resultado. Volvimos

a las clases más desorientados que nunca, con las trece materias auestas, y desanimados, sin ganas de estudiar. Pero, bueno, tratamos de seguir, y seguimos estudiando. Pronto anunciaron los profesores que tendríamos exámenes y nos íbamos los guaros, con nuestras sillas de extensión, a estudiar por las noches en el paseo Los Próceres.

“Que se me quemem las manos”... y se le quemaron

Una noche, mientras estudiábamos Psicología Pedro León Gutiérrez y yo, caminábamos y leíamos en el cuaderno, tratando de memorizar aquellos conceptos abstractos que, de paso, no entendíamos, y menos entendíamos para qué nos podían servir una vez que nos graduáramos de técnicos en Geología y Minas. De pronto, me dice Pedro León: “¡Coño, llave, hay ambiente de peo! Yo siento que aquí va a pasar algo”. A lo que yo le respondo: “Aquí lo que va a pasar es que mejor nos vamos a dormir, porque tú te estás volviendo loco”. Recogimos nuestras sillas de extensión y nos fuimos a dormir.

Al otro día, como a las diez de la mañana, era 24 de junio del año 1960, día del Ejército, no teníamos clases, desayunamos y nos quedamos por los pasillos de la escuela, cuando, de pronto, se escuchó una gran explosión que rompió, con su onda expansiva, los vidrios de los edificios cercanos. Nos quedamos como aturdidos por la vibración y el impacto del sonido que retumbó por todo el valle de Caracas. Salimos corriendo a la calle. De repente, vemos que viene una ambulancia a toda velocidad y detrás otros vehículos con un gran estruendo de sirenas entrando al Hospital Universitario y alguien que gritaba: “¡Mataron al presidente!”. Nos fuimos corriendo a Los Próceres, a curiosear. Pero no logramos llegar, todo estaba acordonado. Repentinamente, me acordé de las palabras lapidarias y proféticas de Pedro León: “¡Yo siento que aquí va a pasar algo!”.

En efecto, justamente en el sitio donde habíamos estado estudiando la noche anterior, ocurrió el atentado contra el presidente Rómulo Betancourt que casi le cuesta la vida. A los pocos días apareció el presidente constitucional de Venezuela, en cadena nacional, explicando un poco los pormenores del atentado, y dijo algo parecido a esto: “Conciudadanos,

aquí estoy con los manos vendadas como aquel famoso boxeador venezolano llamado ‘el Morocho Hernández’. Y muchos venezolanos se acordaron de que, unos días antes del atentado, el mismo presidente constitucional de Venezuela había dicho algo asimismo parecido a esto: “¡Que se me quemen las manos si llego a tocar el tesoro nacional!”.

Vivir para contarla

Cuando lo vivido tiene sentido.

ANÓNIMO

Los sábados, cuando no tenía mucho que estudiar, me iba para Los Magallanes de Catia a la casa de mi tío Ángel Agüero. Un sábado en la noche llegaron varios muchachos del barrio y me invitaron para una fiesta: “¡Hola, barquisimetano. Te venimos a buscar para una rumba”. Me fui con ellos escalera arriba, como decir “barrio adentro”, a la parte alta de los Magallanes de Catia. Cuando llegamos a un lugar medio oscuro donde había una torre de electricidad, uno de ellos, al que llamaban “El loco Freddy” dijo: “Okey, cinco bolos ahí cada uno”. Todos entregaron el dinero y yo pregunté: “¿Para qué es eso?”... “Ya vas a ver, barquisimetano”... El loco Freddy se fue hacía un oscuro callejón y rápidamente regreso con una bolsita de papel en las manos, sacó de su bolsillo una hoja de papel blanco y comenzó a hacer un tabaco. Era marihuana. Me asusté mucho y les dije: “¡No, viejo, yo no camino con eso!”. Comenzaron a reírse e insistieron: “¿Qué te pasa, barquisimetano? ¡Dale unas pataditas y ya!”. Total que accedí y le di como cuatro fumadas al tabaquito. Me dio un acceso de tos y no seguí. De ahí nos fuimos a la fiesta.

Cuando llegamos, me senté en un mueble y comencé a escuchar un murmullo de mucha gente que estaba como muy dentro de mí, gritaban, hablaban, lloraban, reían, todo esto al compás del disco que en ese momento sonaba en el “picó”. Recuerdo que era el “Piano merengue”, con Damirón, un músico dominicano que para la época estaba muy de moda. Ahí me quedé sentado. Vi que llegaron unos policías y que revisaron a varias personas, incluso a las mujeres. Nunca

sabré cuánto tiempo duró esa situación, quizás horas o tal vez algunos minutos. Solo me percaté de la realidad cuando de repente alguien me tocó por el hombro y me dijo: “¡Párate, barquisimetano, que nos vamos!”. Inmediatamente reaccione y volví a ser el mismo; se acabó aquel horrible mundo de ruidos que tenía por dentro y me di cuenta de que los supuestos policías eran unos muchachos vestidos de blanco, todos estudiantes de la Marina, que habían llegado y saludaban a los presentes. Con esa pérdida de la realidad y esa extraña experiencia, no volví más nunca a salir con esos muchachos y cuando veía al “Loco Freddy” yo también me hacia el loco y pensaba: “¡Claro, cualquiera se vuelve loco, en ese mundo de ruidos! Pallá no quiero volver. Prefiero vivir para contarla”.

Vivir para cantarla

*... porque yo he ganado más aplausos que dinero.
El dinero, pos no sé ni por dónde lo tiré,
pero sus aplausos, esos los traigo aquí adentro
y ya no me los quita nadie, esos se van conmigo hasta la muerte.*

JOSÉ ALFREDO JIMÉNEZ (1926-1973)

CANTANTE Y COMPOSITOR MEXICANO

Después de aquella terrible y ruidosa experiencia me quedó una gran inquietud y me refugié en mi pequeño mundito musical. En vez de ruidos y estruendos, escuchaba dentro de mí como una musiquita, sentía que algo estaba ocurriendo en lo más profundo de mi ser, cómo la música me iba llevando. Siempre andaba cantando bajito, me inventaba cancioncitas que nunca memorizaba pero las cantaba y las repetía hasta que se me iban olvidando y venía alguna nueva. Así pasaban los días, no lograba concentrarme en los estudios porque además sentía mucha nostalgia por Las Cuibas, por mi querido campo, por mi gente, por mi familia. Pero me sentía bien y me decía para mis adentros: “Prefiero esto a ese estruendoso mundo de ruidos que una noche casi me vuelve loco”.

También cantaba en mis adentros las canciones de José Alfredo Jiménez. Sentía una gran admiración por este inmenso compositor mexicano. En ese tiempo llegaban sus canciones en la voz de otro grande de la canción latinoamericana, Pedro Infante, por quien siento tanto cariño que muchas veces he soñado que cantamos a dúo, y no pierdo la esperanza de encontrármelo más allá de los misterios insondables de la muerte o, mejor dicho, en el otro lado de la vida. Hoy pienso, ya viejo y más tranquilo, que en aquella ocasión la música me salvó de caer en el terrible mundo de las drogas.

La música es la más hermosa bendición que la naturaleza, o Dios, le regalaron al hombre. Nadie se puede imaginar lo que uno siente cuando su música es apreciada por el pueblo, la emoción que se siente cuando, de repente, pasa por ahí al frente de uno algún distraído ciudadano cantando o silbando una canción que uno la encontró en la naturaleza, que Dios me la regaló y que me pertenece. Más grande aún es la emoción cuando, en un teatro repleto de pueblo, todos se levantan de sus asientos para aplaudir; y hasta hemos visto a algunas personas llorar de emoción y con orgullo, además porque ni siquiera trataban de ocultar sus lágrimas. Dos señoras que en una mágica noche nos conmovieron cuando, por primera vez, cantamos a dúo “Tico” –Ruperto Páez– y yo, acompañados por supuesto del grupo Carota, Ñema y Tajá, en el teatro Andrés Bello de San Felipe, la canción “Vivencias”, nacida también en otra noche mágica de profundas reflexiones, nostalgias, tristezas, angustias y recuerdos.

Realmente los aplausos, el cariño y el amor del público son la vida del artista. “El día que yo tenga que cantar por la estricta condición de que me paguen para que lo haga, ese día le perderé el gusto a la música”, me dijo “Tico” Páez un día. Y yo pensé: “¡Cuánta razón tiene mi querido José Alfredo!”. Y con esas reflexiones se me ocurrió escribir este cuento que aquí les cuento:

El día que se paralizó el mundo

Sin la música la vida sería un error.

FRIEDRICH NIETZSCHE (1844-1900)

Una vez los músicos del mundo, cansados de tanta injusticia, de que no se les tomara en cuenta y de que no se les respetara su profesión y su arte, decidieron declararse en huelga y no volvieron a cantar ni a tocar más sus instrumentos. Se callaron sus gargantas y sus manos no volvieron a acariciar las cuerdas ni las teclas. Algunas personas comentaban preocupados: “¿Y ahora qué hacemos sin música?”, y otros, los más indiferentes, decían: “¡Total, pa la falta que hace! ¡Al fin y al cabo, con eso no se come!”

Pero llegó el segundo día de huelga musical y todo estaba muy oscuro. ¡Claro, ese día no salió el sol mayor, y no hubo quien alumbrara el planeta; y mucho menos pudo salir el sol menor, a quien, por ser menor de edad, Dios no le dio permiso para andar solito por esa oscurana con tanta inseguridad! Total, nuestro planeta se quedó en la más tétrica penumbra y, además, había un extraño silencio. Las demás notas musicales... Algunas andaban trasteando por ahí en los trastes de las guitarras y otras como flotando en el aire, sin que nadie las ordenara, huérfanas de amor y, para colmo, se quedaron sordas, ya no volverían a cantar con la alegría y con la ternura con las que ellas solamente podían hacerlo.

El *Si mayor*, por ejemplo, se convirtió en un *No*, y andaba pentagrama arriba y pentagrama abajo, rezongando y mal humorado, hablando solo y diciendo: “¡Ahora –No– canto más y punto!”. Esa nota que llaman *La mayor*; sí, esa misma que sirve de referencia a los músicos para afinar sus instrumentos; por ser la mayor de todas andaba que se moría de la vergüenza. Imagínense ustedes, ella, que se la daba de ser la más afinada de todas, ahora sorda como una campana de barro. Pues bien, ella se encerró en un viejo piano carcomido por el comején y juró no volver a salir nunca más porque no iba a permitir que se rieran de ella. Yo, por ejemplo, no lo haría. Sería incapaz de reírme de esa señora porque, además, a mí me enseñaron a respetar a las personas mayores y más aún cuando son sordas.

Y así, todas las notas del pentagrama andaban muy tristes y desorientadas. Imagínense ustedes que el *Fa sostenido* se arrastraba por el suelo. ¡Claro, como no tenía quien lo sostuviera!

Las corcheas, y no tanto las corcheas, esas que llaman las semicorcheas, que siempre andaban por ese pentagrama echando carreras y bochinchando, se quedaron paralizadas por la impresión y andaban bostezando y cuajando pereza, y unas a las otras se decían: “¡Bueno, mijas, si no hay músicos tampoco hay música! ¡De aquí no nos mueve nadie!”.

Y, en efecto, así fue, el mundo se quedó prácticamente sin movimiento, el caos de la naturaleza fue total, los pájaros en un gesto solidario no volvieron a cantar. Y no solamente los pájaros. Todas las criaturas de la creación que hacían música se callaron para siempre. Los sapos, las ranitas y los grillos nocturnos no volvieron a dar sus hermosos conciertos porque, como ellos le cantaban a la luna y esa señora, cuando supo lo de la huelga de los músicos y lo del caos del planeta, se negó a salir. Y hasta razón tenía. Si ya no estaban los poetas que le cantaran coplas bonitas, como por ejemplo:

Hermosa que está la luna,
redonda como una arepa.
Si se llegara a caer,
¡qué golpe para mi testa!

Y es que los poetas y los músicos son casi lo mismo. Ellos son locos y se entienden. Yo he visto por ahí algunos músicos hablando solos. Pero, no es que hablan solos, no señor, lo que pasa es que algunos músicos tienen un poeta por dentro y, como los poetas, por lo general, son hablachentos y conflictivos, a veces parece más bien que no se entienden. ¡Cómo unos locos, pues! Por eso será que dicen por ahí: “De músico, poeta y loco, todos tenemos un poco”.

Pero, volviendo al cuento, con lo de la huelga de los músicos, los instrumentos se vieron seriamente afectados. Por lo menos el violín, como no tenía quien le rascara su barriguita, se puso ¡flaquiiiito! Los instrumentos de viento no volvieron a sonar nunca más. ¡Claro, si el viento no volvió más nunca a cantar sobre las copas de los árboles!

¿Cómo puede sonar, por ejemplo, una flauta dulce si no tiene viento? Y, además, la flauta en referencia era tan dulce pero tan dulce, que se la comieron las hormigas.

Al pobre san Antonio ya nadie le volvió a cantar los *sones de negros*, esos que últimamente llaman *Tamunangue*. Por cierto que el que le puso ese nombre debe ser que le tiene rabia a los negros. Bueno, como les vengo diciendo, los instrumentos de los *sones de negros* se quedaron en algún rincón, y los usan... ¿ustedes saben para qué los usan? Los tienen como escaparate para guardar los recuerdos y las nostalgias, y van a tener que ponerles bastante naftalina porque a los recuerdos también se los carcome el tiempo... Los tambores están por allá, tirados en el solar de una casa. Ayer pasé y vi a una gallina que hizo un nido en uno de ellos. Para nada, porque las gallinas también se declararon en huelga y, como no podían cacaraquear, tampoco volvieron a poner.

Mientras tanto, la huelga seguía su curso. Apenas habían transcurrido tres días y ya la oscuridad y el silencio eran insoportables, sobre todo el silencio. Nadie se imaginó que el silencio absoluto afectara tanto la tranquilidad de los seres humanos. Era imposible conciliar el sueño y, como no podían dormir, todos los habitantes del planeta aplicaron el viejo e infalible método de contar ovejas. En menos de tres días contaron todas las ovejas que poblaban el planeta y no dejaron nada que contar. Y como ya no tenían nada que contar, optaron por ponerse a cantar, pero las palabras les salían sin música, era como si todos hablaran a la vez.

Caos total en el planeta. Fue entonces cuando todos los gobernantes del mundo decidieron tomar cartas en el asunto y se reunieron urgentemente en una ciudad que llaman la *capital musical*. Discutieron por más de diez días, pero no lograron ponerse de acuerdo. Decidieron entonces tomar un refrigerio y se recostaron a descansar para luego seguir con la discutidera. Cuando estaban descansando alguien dijo: “¡Pero bueno, pongan una musiquita!”, y gritaron los demás: “¿Qué musiquita, vale?, ¿tú no sabes que los músicos están en huelga?”; “¡joye, sí es verdad!, ¡hay que ver que la música sí hace falta!, ¡es como una necesidad!”. En ese momento se les prendió el bombillo a todos: “¡Ah, ya sabemos lo que vamos a hacer! Haremos un decreto

que diga lo siguiente: Los pueblos no pueden vivir sin música, porque la música es una necesidad para los hombres. Hay que llamar a todos los músicos del mundo para que lo sepan y, además, les vamos a dar todo lo que pidan para que sigan cantando y tocando”.

Pero, como este es un cuento y los políticos muy pocas veces cumplen lo que ofrecen, y sé, además, que los músicos se conforman con un gran aplauso, “vamos, pues, a brindarles un gran aplauso a los músicos del mundo”. Y, con este aplauso, volvemos a la realidad de este otro cuento que les voy a seguir contando...

El cuartico de Chelique

*Te necesito,
como la brisa que enjuaga
mi llanto y que no se siente.*

JOSÉ ENRIQUE “CHELIQUE” SARABIA (1940)
CANTAUTOR, POETA, PUBLICISTA, PRODUCTOR
DE TELEVISIÓN Y ASESOR POLÍTICO

La vida siguió adelante. Muy pronto el país se normalizó y seguimos estudiando en nuestra Escuela Técnica Industrial. Un buen día me invitó “Toñito” Rodríguez, quien también era otro guaro que conocí posteriormente, muy ligado a la música y que se la pasaba por los pasillos de la escuela, cuando no tenía clases, tocando una guitarra y cantando los boleros desgarradores de Julio Jaramillo, que escuchábamos en el único radio de corriente que teníamos en nuestro dormitorio. Con el tiempo, Toñito se convirtió en un buen cantante de boleros y en un famoso matatigres. Bueno, me invitó a que fuéramos al cuarto de “Chelique” Sarabia. Para el momento, ya Chelique era muy conocido por su canción “Ansiedad”, y le habían asignado un cuarto aparte para que ensayara con las hermanas Chacín y con Enrique Rivas.

Total que fuimos al cuarto de Chelique. Él estudiaba Petróleo y Minas y yo estudiaba Geología y Minas. En ese momento estaba en clases y el cuarto estaba cerrado. Toñito agarró su carnet de

estudiante, lo introdujo por la cerradura y abrió. Entramos, y allí estaba un arpa muy pequeña. Era la misma con la que, a veces, veíamos salir a Chelique en un Volkswagen. Toñito comenzó a tocarla, sonaba bonito y él, más o menos, le sacaba algunas melodías. Estando allí, de pronto, llegó Chelique y saludó a Toñito. Ellos se conocían. Él se quitó los zapatos y se quedó descalzo, agarró el arpa y dijo: “¡Me rasparon en esa mierda!”, queriendo decir que lo habían aplazado en un examen. Comenzó a tocar y a cantar, a la vez, suavemente una canción que nunca antes habíamos escuchado: “Te necesito como la brisa que enjuga su llanto y que no se siente”. Toñito le preguntó: “¿Qué vaina es esa?”, y él le dijo: “Una canción que estoy haciendo. Pero esta vaina está desafinada”. Dejó el arpa y nos pusimos a hablar de no sé qué cosas.

Total que yo no seguí estudiando en Caracas y me vine a estudiar en la Escuela Técnica Industrial de Barquisimeto. En tiempos de vacaciones me la pasaba en Las Cuibas. Ya teníamos un radio que montaron en una repisa, encima de su propia batería como dos veces más grande que el mismo radio. Una tarde estaba escuchando *La Voz de Carabobo* y, de pronto, el locutor anuncia: “Y ahora les canta Héctor Cabrera una hermosa canción que presentamos en estreno para toda Venezuela. Es de Chelique Sarabia y se llama ‘Te necesito’”. Yo pensé: “¡Coño, el carajo la hizo!”. Y también se me ocurrió pensar que a lo mejor yo podía escribir una canción. Traté de hacerla pero, como en ese momento quizás no tenía una razón para escribir o un motivo real, pues me salió una canción que se pudiera llamar “Tus ojos son”.

Justamente cuando la estaba terminando, o sea, haciéndole los toques finales con un cuatro, llegó mi primo Douglas Fréitez y yo, emocionado, se la canté para que me diera su opinión. La escuchó con mucha atención. Yo pensé que estaba conmovido e impresionado. Terminé de cantar y le pregunté: “¿Qué tal? ¿Cómo te parece?”. Se me quedó mirando fijamente y, tras un largo silencio, me dijo: “¿Eso es tuyo?, ¿esa canción es tuya?”... “¡Claro, mi llave, esa es mi primera canción!”... “¡No joda! ¡Se parece a las vainas de Chelique Sarabia!”.

Fue tal la frustración, que nunca se la volví a mostrar a nadie, pero me ayudó a conseguirme conmigo mismo y a descubrir esta condición de escribidor de canciones, y con mis queridas canciones encontré el camino auténtico de la vida y también aprendí a *Vivir para cantarla*.

Disparen primero...

A partir de febrero de 1961, ya las calles dejarían de ser definitivamente del pueblo, y quedarían por muchos años a manos de la represión.

PABLO SANZ

DIARIO *EL CORREO DEL ORINOCO*

En el año 1960, el 9 de abril, para ser más exacto, se dividió el partido Acción Democrática y nació el MIR, Movimiento de Izquierda Revolucionaria. Mi tío, José Agüero, se incorporó de inmediato, para luego enrolarse en la lucha clandestina y, de esa manera, dar apoyo a las guerrillas que, muy pronto, comenzaron a operar en las montañas de Lara y del oriente del país, así como también en las zonas urbanas. De esa manera nacieron las FALN, Fuerzas Armadas de Liberación Nacional, que, por cierto, los medios de comunicación la anunciaban como una organización clandestina porque el gobierno había prohibido nombrarlas.

A partir de allí comenzó una gran represión en todo el país, que duró casi los cuarenta años de una democracia maquillada y una sociedad de cómplices en la cual la Iglesia tuvo también su buena cuota de participación. Eso sí era una dictadura, donde no se veían estudiantes “manitas blancas” pelando sus rosados culitos a la policía, para luego salir en los medios diciendo que no hay libertad de expresión, pero expresándose con todo el odio visceral que les han sembrado en sus almas juveniles los rancios políticos, al extremo de que uno de ellos, me refiero a los rancios, le mentó la madre al presidente en vivo y en directo por un canal de televisión y nada le ocurrió... Esto fue exactamente lo que dijo el dirigente y presidente del MAS, Felipe Mujica: “Yo se lo voy a decir, en este caso como presidente del MAS y como Felipe Mujica, al presidente Hugo Chávez que mucho más carcaza es el coño e su madre”.

También para esa época de grandes convulsiones, fueron creados los tristemente célebres Teatros de Operaciones de las Fuerzas Armadas, donde torturaron y desaparecieron muchos humildes campesinos que tuvieron la mala suerte de quedar entre los dos bandos, las guerrillas en la montaña y los militares que subían a combatirlos. A esos

Teatros de Operaciones iban algunos curas los domingos a impartir misa y a pedir por las almas de aquellos humildes cristianos caídos en desgracia, pero nunca se vio a ninguno de ellos denunciando las atrocidades que allí se cometían. A raíz de aquella situación, muchos campesinos se fueron a la ciudad a conformar los grandes cinturones de miseria, con el dolor de haber perdido su conuco y hasta a algún familiar. Allí se fueron acostumbrando y no ha sido posible motivarlos a que regresen.

La canción que incluyo a continuación, la escribí en aquellos años de terribles convulsiones políticas, pero permanece inédita. En una ocasión, por allá en los años sesenta, se la ofrecí al Dueto Criollísimo, pero no manifestaron ningún interés en grabarla.

El compadre Juancho

Danza

Un domingo en la mañana
se fue mi compadre Juancho.
La pobre Juana lloraba
porque no quería dejar
tan solo el rancho.

Van camino a la ciudad
y su destino es incierto.
Da pena vivir aquí
donde todo se ha quedado
tan desierto.
Bajaron de la montaña los guerrilleros
y subieron del pueblo los verde oliva.
Provoca dejó el conuco
como hizo Juancho,
aunque se quede muy solito mi rancho.
El compadre Juancho sembró
una esperanza en la tierra.
El conuco se secó
porque este año no llovió,
todo es miseria.

¿Qué culpa puede tener
aquel que nada pretende?
Él sufre las consecuencias
de una lucha que entre hermanos
no comprende.

También yo me entusiasmé con la idea de las luchas revolucionarias y, con algunos de mis compañeros del barrio, por supuesto, Ramón, Beltrán, Eligio Torres, Douglas y otros que no recuerdo muy bien sus nombres, nos identificamos con la fiebre de la Revolución cubana al mando de Fidel Castro y nos incorporamos a las luchas clandestinas. Las tareas que nos asignaron al principio no eran quizás tan complicadas, pero igual nos comprometían, porque la represión era general. Salíamos de noche, provistos de unas barras de espermatozoides de colores que nos suministraban "... para que esta noche hagan unas pintas en el barrio". Al otro día aparecían letreros por todas partes: "¡Muera Betancourt!; ¡Adecos asesinos! ¡Viva Fidel Castro! ¡Vivan las guerrillas! ¡Muera CAP!". Y mi tío Gonzaga, que era un fanático adeco nos comentaba: "Anoche andaban por ahí los comunistas esos del carajo. Tengan mucho cuidado ustedes, porque si yo llego a saber que andan con vainas, les quito el arpa y se joden". Nosotros nos cruzábamos miradas de complicidad y yo decía: "No, tío, ¿cómo va a creer eso?". Pero la cosa se iba complicando cada día, o sea, nos íbamos comprometiendo más en las luchas. Nos organizaron en células urbanas de cuatro personas. Yo era el responsable de una que integrábamos Ramón, Beltrán y Eligio. También teníamos otra misión de noche que consistía en salir por las principales avenidas de la ciudad a repartir volantes, es decir, papeles con escritos subversivos que denunciaban la situación del país, y que llamaban al pueblo a dar apoyo a las guerrillas que se estaban conformando en las montañas de Guarico, sin acento porque es el pueblo de Lara, y en las cercanías de El Tocuyo. Nos mandaban que los repartiéramos uno a uno y no los lanzáramos al aire porque corríamos el riesgo de ser descubiertos, y la policía estaba advertida, así que nos acercábamos a los carros y, a los que conseguíamos con los vidrios de las ventanas abajo, se los lanzábamos en los asientos, y a otros se los colocábamos disimuladamente pisados con los cepillos limpia parabrisas.

En una ocasión me tocó cumplir esa tarea con Guillermo Íñigue, un compañero de estudio de la ETI que recién se incorporaba a la lucha revolucionaria. Íbamos en una bicicleta, él manejando y yo en el tubo, lanzando los panfletos dentro de los carros por la avenida Venezuela. Al llegar a la avenida Vargas, nos sorprendió un ventarrón y se me volaron todos los papeles, algunas personas los recogían con cautela, los leían y los tiraban rápidamente cuando veían de qué se trataba. Realmente había mucho miedo por la represión existente, así que nos perdimos rápidamente del lugar, sin terminar nuestra misión porque sabíamos muy bien que, por mucho menos que eso, ya algunos compañeros de lucha habían terminado torturados o asesinados en el T03, Teatro de Operaciones del Tocuyo.

Nos ordenaban también realizar acciones rápidas que consistían en quemar cauchos en cualquier avenida y perderse del lugar. Todas estas pequeñas acciones parecieran muy sencillas en este tiempo democrático pero, para la época, significaban un gran riesgo, porque la represión era brutal y terrible. Aquello, de verdad, no era democracia, no existía comisión de derechos humanos y, por el contrario, había la orden presidencial: “Disparen primero y averigüen después”.

Él era un digno camarada

*A los muertos no les importa cómo son sus funerales.
Las exequias suntuosas solo sirven para satisfacer
la vanidad de los vivos.*

EURÍPIDES (480-406 A. DE C.)
POETA Y DRAMATURGO GRIEGO

Para esos tristes días, la policía política del estado Lara cometió un terrible crimen que conmovió a la colectividad, y también a nuestra familia, porque el fallecido era nuestro pariente. No lo conocí personalmente, pero fui con mi papá al velorio que se realizó en la calle 61 con carrera 12 o 13, no recuerdo exactamente el sitio. Se trataba de Julián Torres. Había sido detenido por ser activista en las luchas revolucionarias, luego le aplicaron la ley de fuga, por los alrededores

de la concha acústica, donde apareció el cadáver, el día 30 de marzo del año 1961, con huellas de haber sido brutalmente torturado. Pude presenciar junto con mi padre cuando en el velorio destaparon la urna: tenía un hematoma profundo en la cara, como la huella de un culatazo, y también huellas de que le habían arrancado las uñas a punta de torturas.

En el momento de llevarlo al cementerio lo cubrieron con la bandera de Venezuela y salimos todos hacia la iglesia Cristo Rey, que está situada en la calle 60 con 13 B y 13 C. Mientras caminábamos por la calle 60, era una multitud de compatriotas enardecidos que gritaban consignas contra el régimen. Paralelamente, iban dos o tres patrullas por las calles adyacentes en actitud amenazante.

Nos fuimos acercando lentamente a la iglesia y, cuando llegamos al frente, salió el cura a toda prisa y cerró las puertas para evitar que entráramos. Nos quedamos todos en silencio y, de repente, alguien gritó: “¡Él era un digno camarada y no necesita de estas vainas!”.

Miedo, rabia y asco

*Libertad para vivir,
libertad para soñar,
libertad, porque mientras exista este
grito, nadie puede estar en paz.*

ADELIS FRÉITEZ

En una ocasión nos tocó ir para Quíbor en un *jeep* viejito, pues yo tenía que realizar unos contactos con otros compañeros, pero no logramos encontrarlos. La situación estaba muy tensa. Se decía que había ocurrido un enfrentamiento en las montañas de Guarico. Había alcabalas por todas partes y camiones cargados de militares armados hasta los dientes.

Saliendo de Quíbor, pusieron una alcabala del ejército. Ya se estaba formando una pequeña cola como de seis o siete vehículos. Se nos acercó un militar y dio una orden determinante: “¡Preparen su identificación y no se baje nadie de los vehículos!”. Así que nos quedamos

muy callados y preocupados, aunque no cargábamos nada que nos comprometiera. Mientras tanto, iban llegando otros carros que se le agregaban a la cola. Un señor, que no había llegado todavía cuando el militar dio la orden y a quien no tuvimos tiempo de advertirle, se bajó del carro. Inmediatamente el militar lo vio y le gritó: “¿Tú te la das de arrecho? ¡Yo dije que no se bajara nadie de los carros!”. El sanguinario militar le arrancó la camisa de un solo tirón y le dio como seis planazos, allí, delante de todos. Veíamos aquel deprimente espectáculo o, por lo menos, yo lo sentí así, con miedo, rabia y asco.

Sin embargo, teníamos la esperanza de que en la montaña se combatía para liberar al pueblo de la brutal represión y para lograr la ansiada libertad, por la cual tanto ha luchado nuestro pueblo desde hace más de quinientos años. Esta canción inédita se refiere a estas luchas. La escribí para esos hombres y mujeres que entregaron sus vidas en sus luchas por la libertad de los pueblos del mundo:

El grito de la montaña

Danza

De noche se escucha un grito en la montaña,
brota de las entrañas de la tierra.
Es un grito de lucha,
es un grito de guerra,
un grito que reclama libertad.
Libertad para vivir,
libertad para soñar,
libertad, porque mientras se escuche ese grito,
nadie puede estar en paz.

Es el alma de alguno que mataron
y enterraron sin cruz los asesinos.
Era un joven poeta
o un viejo campesino
que troncharon con bala su destino.

Sucedan tantas cosas en la sierra,
¡ah, malaya, si usted se preguntara!
¡Lo hicieron con Camilo,
lo hicieron con Guevara
y lo estarán haciendo en otras tierras!

Pero ya no está solo en la montaña,
el grito se expandió por toda la tierra.
Es un grito de lucha,
es un grito de guerra,
un grito que reclama libertad.

Libertad para vivir,
libertad para soñar,
libertad, porque mientras se escuche ese grito,
nadie puede estar en paz.

Abrazados y solidarios

*¡Vamos a serenatear
en un domingo de mayo!*

ADELIS FRÉITEZ

Para esa época de los años sesenta, nuestro grupo de arpa, cuatro y maracas estaba muy bien conformado, Freddy “el Cuchillo”, Alfonso Pérez y yo cantábamos. Beltrán tocaba el cuatro. Manolo, Manuel Pérez, las maracas. Y Ramón, el arpa. Salíamos casi todos los sábados a dar serenatas. Era una costumbre muy arraigada, sobre todo en Barquismeto. Quizás nosotros, influenciados por el cine mexicano, aunque lo hacíamos a nuestra manera, era tal la fiebre de cantar y serenatear que, en muchos casos, llegábamos a una casa a dar serenata y ya estaba otro grupo de muchachos cantando. Claro, nosotros, por supuesto, nos quedábamos en la esquina esperando que terminaran y después llegábamos con nuestras canciones. También salíamos el día de las madres con una inspirada serenata que se prolongaba hasta el amanecer. Todos

querían demostrar el amor a su viejita, así que era obligación cumplir con todos ellos y, para la ocasión, se nos coleaban muchos que, a veces, ni conocíamos pero traían la botella de ron y brindaban las arepas en la madrugada. Para todos había una serenata, menos para Maurito, quien no se bajaba del carro. Allí se quedaba, lloraba y bebía ron. Con él terminábamos en el cementerio nuevo, como a las ocho de la mañana, llorando, sumidos en los humos del alcohol, abrazados y solidarios. Estas vivencias me inspiraron este golpe, que escribí en honor a mi madre y de todas aquellas que, con amor, le seguirán dando continuación a la vida. Fue grabado por Serenata Guayanesa y fue incluido en dos de sus discos, *Serenata a las madres* y *Serenata Guayanesa 40 años*; y, más recientemente, por Carota, Ñema y Tajá, en el álbum, en proceso de edición, *A punta de golpe*:

Una flor y una canción

Golpe larense

Voy a cortar una flor
en el jardín de los sueños.
Después la voy a regar,
¡ay, laralai!,
con gotitas de rocío
y con aguas del riachuelo.

Después me voy a buscar
a la criolla paraulata,
para que venga conmigo
a llevarle serenata.

En la fresca madrugada,
antes de que cante el gallo,
¡vamos a serenatear
en un domingo de mayo!

Una linda flor y una canción
a la mujer más querida,
la que con ternura le brindó
continuación a la vida.

Voy a pedirle al Señor
me conceda la fortuna
de prestarme, por favor,
¡ay, laralai!
el lucero que en la noche
va acompañando a la luna.

Porque esta noche ha de ser
hermosa como ninguna,
como cuando me arrullaba
con una canción de cuna.

Y en la fresca madrugada
le cantaré con ternura,
para que venga a endulzar
algún dejo de amargura.

Cantan muy bonito, pero es mejor que se vayan

Nos pasaron muchas cosas en ese conjunto de arpa, cuatro y maracas al que, por cierto, le pusimos un nombre que manejábamos muy discretamente. Se llamaba CJIR, Conjunto Juventud Izquierda Revolucionaria. Participábamos en los actos políticos que organizaba el MIR, y recuerdo que cantábamos una canción que compusimos y cuyo coro decía: “Derrotaremos la peñilla, luchando con las guerrillas”.

En una ocasión fuimos invitados a tocar en un acto cultural en el Instituto de Comercio Eliodoro Pineda. Muchas mujeres bonitas. Había que lucirse cantando. Se nos ocurre rifar una serenata, que se la ganó una muchacha de Barrio Unión.

El sábado a las once de la noche andábamos por una calle muy oscura buscando la dirección. No sé de dónde apareció una linterna y fuimos, de casa en casa, alumbrando la fachada de las mismas para verificar el número y la dirección exacta hasta que por fin la conseguimos. Nos bajamos como siempre lo hacíamos, muy calladitos, para impactar con la sorpresa y la música que en el silencio de la noche se escuchaba muy bonita. Además, ya teníamos un gran dominio y sonaba muy bien nuestro grupo, cantamos la primera canción. Recuerdo que lo hizo Freddy, “Noche de amor”, de don Amílcar Segura:

Noche de amor, de lágrimas y besos,
en que llorando me dijiste adiós,
y que llevo prendida aquí en el alma
como promesa eterna de los dos.

Justamente, terminando la canción, se abrió la ventana lentamente. Esperábamos que apareciera la linda morena que nos había motivado a arriesgarnos por aquel barrio, del cual se decía que era peligroso porque había muchos delincuentes. Para nuestra sorpresa, lo primero que vimos fue el cañón de una escopeta morocha y, detrás, un señor mal encarado que nos miraba amenazante. Nos quedamos todos muy callados, asustados, mientras retumbaba, en el silencio de la noche, la voz imponente y autoritaria del señor de la escopeta: “¿Pa quién es esta serenata? ¡Pa mi mujer no será, porque esa ta vieja y bien fea!”. Poco a poco fue desapareciendo su aspecto hosco y con una leve sonrisa nos dijo: “¡Cantan muy bonito, pero es mejor que se vayan!”.

La Maja Desnuda

*La desnudez, sin temor,
muestra su naturalidad pura.*

ANÓNIMO

En otra ocasión fuimos a dar una serenata en un barrio que, para la época, se llamaba Los Colerientos. Era una noche muy calurosa.

Andábamos como doce personas, cuatro músicos y, los demás, mirones. Cantó Freddy “El Cuchillo” la primera canción y no pasó nada, o sea, que no salió nadie, y ni siquiera prendieron la luz. Recuerdo que Tino Andrade, a quien todos, por cariño, le decíamos “El Maestro Tino”, agarró el arpa y me dijo: “¡Adelis, cántate una ahí, que yo te acompaño!”. Aclaré la garganta, me tomé un palo de ron a pico e botella, arrancó el arpa y me dispuse a cantar. Todos estábamos estratégicamente situados frente a la ventana, como para que la música se escuchara con más fuerza. De pronto, miro hacia atrás y no veo a ninguno de los mirones, se habían desaparecido. Miro hacia todos lados y los veo en la acera del frente, como atropellándose para ver hacia dentro de una casa a través de una ventana que estaba semiabierta. Salí corriendo para ver de qué se trataba. Es obvio que la sorpresa fue grande: estaba una muchacha bastante joven, plácidamente dormida, y completamente desnuda en un sofá. Fue la más calurosa y hermosa serenata que recuerdo, en aquella noche mágica cuando todos pudimos contemplar la más hermosa maja desnuda.

Háganlo pa’ ver

*Los abuelos son uno de los tesoros
que tienen los niños al nacer.*

ROCÍO SERRANO

Por fin, en el año 1962, logré graduarme de perito mecánico en la Escuela Técnica Industrial de Barquisimeto, la ETI. Fue un acto muy emocionante para la familia el momento en que nos entregaron el título y un flamante anillo de graduación que me compró mi papá por ciento veinte bolívares, el cual tenía una piedra color verde incrustada con las iniciales de la ETI y escrito, a su alrededor, el nombre de nuestro recordado profesor guía, Ángel Hernández V., un noble ciudadano que se ganó nuestro afecto por su condición de extraordinario ser humano.

A partir de ese momento, más nunca me quité mi flamante anillo de graduación de catorce quilates, el cual lucía con vanidoso orgullo

hasta que, de tanto uso, se fue desgastando y se rompió. Lo guardé por algún tiempo porque no me atrevía a llevarlo a reparar a ningún taller, por el temor a que se me perdiera en manos de algún inescrupuloso joyero como, en efecto, le había ocurrido a un antiguo compañero de estudios. Un buen día me recomendaron a un señor que tenía un pequeñito taller, muy cerca de la plaza La Mora de Barquisimeto. El día que se lo llevé, me atendió por una pequeña ventana. Al parecer le caí tan bien y le inspiré tanta confianza que me abrió la puerta y se instaló a conversar conmigo sobre su vida, dedicada por muchos años a reparar prendas de oro y plata. Me contó que logró ahorrar una platica que guardaba debajo del colchón, pero, un día, llegó un sobrino a pedirle que lo ayudara. Le permitió vivir con él mientras conseguía un trabajito y el sobrino le robó la platica. Hablamos largo y tendido de muchas cosas, hasta que finalmente me recibió el anillo y me dijo con un gesto amable y tranquilo: “Véngase el sábado tempranito. Se lo voy a soldar y se lo dejo igualito. Le voy a cobrar solo veinte bolívares”. Me pareció muy bien y me fui tranquilo y confiado en la honestidad de aquel buen hombre.

El sábado, a las nueve de la mañana, fui a buscar mi querido anillo de graduación. Toqué la ventanita con insistencia, pero nadie me respondió. Me entró como un sustico y pensé con preocupación: “¡Este viejo del carajo como que me jodió!”. Volví a las once de la mañana. Me tranquilicé un poco cuando vi que la pequeña ventanita estaba abierta. Allí estaba el viejito, con un pequeño soplete y unos lentes oscuros, haciendo su trabajo. “Buenos días”, le dije con fingida cortesía. No me respondió. “De paso es hasta sordo”, pensé y le hablé de nuevo o casi le grité: “¡Buenos días, maestro!”. Se quitó los lentes con toda la calma, me miró con el ceño fruncido y me respondió, con una voz quebradiza de recién levantado: “¿Qué le pasa? ¡No me grite, que yo no soy sordo! ¿Qué quiere?”. “¡Vengo a buscar mi anillo!”, le respondí con firmeza, “o es que no me lo piensa entregar”, agregué amenazante. Se levantó bruscamente de la silla y, mirándome fijamente, me respondió: “¡No, señor, eso no está todavía! ¡Venga más tarde si quiere!”. Después de aquella acalorada discusión, me convencí por completo de las malas intenciones del viejo, pero regresé a las tres de la tarde. Apenas me vio, se levantó de la silla y me dijo, con impaciencia,

pero más tranquilo: “¡Coño! ¿Usted otra vez? ¡Quédese tranquilo! ¡Yo le voy a soldar su vaina, pero tenga paciencia! Venga dentro de un rato o, si quiere, quédese porai, pero yo no le voy abrir la puerta”. Traté de tranquilizarme y me fui a caminar un poco por las calles, entré a una bodeguita, me compré unos caramelos, conversé un rato con el señor de la bodega, le pregunté si conocía a un señor que reparaba joyas y me dijo: “¡Ah, sí, yo escuché decir que es un viejito medio trcalero, pero no sé si será verdad!”. Me fui resignado, pensando con tristeza: “¡Perdí mi querido anillo de graduación!”. Aferrado a la última esperanza, volví como a las cuatro de la tarde. Me fui acercando despacio, la ventanita estaba abierta y el sol de la tarde iluminaba el interior del pequeño cuartucho. Ahí estaba el viejito, con sus lentes y su pequeño soplete encendido. Lo contemplé un rato. Sudaba copiosamente por el calor de la tarde y el sol que le daba directamente en su arrugada frente. De repente me decido y le hablo con firmeza: “¡Épale! ¿Qué hace?”. Evidentemente no me reconoció, se quitó los lentes, arrugó la cara como tratando de concentrar la vista y mirando fijamente mi figura al trasluz de la pequeña ventana. Me respondió con un gesto de fastidiado: “¡Aquí, soldándole un anillo a un viejo del carajo que cada rato viene porai!”.

A los tres días, el anillo de graduación se me rompió de nuevo. Evidentemente no quedó bien soldado. Finalmente, mi compañera y yo decidimos mandarlo a fundir con un joyero profesional. Lo convirtió en dos aros de compromiso con nuestros nombres grabados. Un histórico día. Nuestros nietos, entre risas y bromas, en una divertida ceremonia nos casaron de nuevo. En la noche, cuando nos disponíamos a dormir, Xavier, el más pequeño de apenas seis años, que dormía con nosotros, nos lanzó una pregunta en una forma natural, sin ningún gesto de picardía: “Abuelitos, ¿ustedes hacen el amor?”. Nos quedamos fríos, pero igual le respondimos en forma muy natural: “¡Claro, de vez en cuando!”... “¡Háganlo pa ver!”.



Xavier Alejandro Dávila Fréitez: “¡Háganlo pa ver!”.

Garrapata

Cuando no teníamos para comprar el ron de cada fin de semana y así poder salir a dar nuestras sabatinas serenatas, en la noche nos parábamos en la calle, debajo del poste que quedaba frente a la casa de Ramón, sacábamos los instrumentos, y allí ensayábamos hasta que llegara alguien y nos invitara. En eso estábamos cuando llegó mi tío José con un muchacho muy joven, más o menos contemporáneo con nosotros, quien nos manifestó que quería cantar y, en efecto, cantó varias canciones. Lo hacía muy bien y, además, era muy simpático y agradable, así que lo invitamos a serenatear. Al poco rato, ya le teníamos confianza y comenzamos a llamarlo “Garrapata”, porque tenía varios lunares en la cara. Eran como unas pequeñas verrugas. Nunca nos preocupamos por saber cómo se llamaba, así que amanecimos, con José Agüero y nuestro amigo “Garrapata”, bebiendo ron y dando serenatas.

Pasaron varios días y no volvimos a ver a nuestro nuevo amigo. El día miércoles de la siguiente semana ocurrió un hecho que conmovió a la opinión pública: en una acción de comando donde mataron a un policía, unos guerrilleros liberaron a sangre y fuego a un conocido activista político, miembro de la guerrilla, que estaba bajo arresto y custodiado por la policía en el Hospital Central Antonio María Pineda

de Barquisimeto. Era en verdad un jefe guerrillero llamado Víctor Barráez, quien había sido uno de los fundadores del MIR, Movimiento de Izquierda Revolucionaria, partido político que, para la época, ya estaba ilegalizado por su participación en la guerrilla urbana. Cuál fue nuestra sorpresa cuando vimos en los diarios de la ciudad, en primera plana, la foto de nuestro amigo “Garrapata”, reseñado como uno de los guerrilleros que había participado en la acción. Se trataba de José Alfredo Marín Ravello, integrante de la guerrilla. Al poco tiempo lo capturaron y pagó varios años de prisión. Recientemente me contó mi tío José que él había servido de enlace para traerlo a Barquisimeto a participar en aquella acción guerrillera, y que más nunca lo volvió a ver.

Soy capaz de echarle bolas

Nosotros continuamos con nuestras pequeñas acciones de apoyo a la guerrilla, recogíamos ropa y sardinas y las llevábamos a una casa situada en el barrio Las Brisas donde, en ocasiones, nos reuníamos con algunas personas que nunca identificábamos y que “nos bajaban línea” de cuáles debían ser nuestras acciones futuras.

Yo me gradué de perito mecánico en la Escuela Técnica Industrial de Barquisimeto y me fui a trabajar a Maracay. Ramón pasó a ocupar mi puesto como jefe de la célula. Un sábado, cuando regresé de Maracay, nos reunimos para la consabida serenata. Mientras íbamos en el carro, Ramón me manifestó su preocupación porque le estaban proponiendo que debía irse a las guerrillas y hasta le habían ofrecido un revólver. Le pregunté: “¿Y qué piensas hacer?”. “No sé”, me respondió. “¡Estoy cagado, pero soy capaz de echarle bolas!”. “¡Bueno, qué más te queda!”, pensé yo en silencio. Pero también reflexioné en que ninguno de nosotros estábamos preparados para asumir tal responsabilidad.

Los revolucionarios no deben tener miedo

... en una revolución se triunfa o se muere (si es verdadera).

CHE GUEVARA (1928-1967)

POLÍTICO, MILITAR, ESCRITOR, PERIODISTA, MÉDICO

Y REVOLUCIONARIO ARGENTINO-CUBANO

De pronto la situación cambió, la casa donde, en ocasiones, nos reuníamos y donde entregábamos la ropa y las sardinas, fue allanada por la Digepol, que era la policía política del régimen, perdimos el contacto con las personas que en ocasiones nos llamaban a las reuniones. Mi tío José Agüero pasó a la clandestinidad. Durante mucho tiempo no volvimos a saber de él, hasta pensábamos que lo habían matado, o que lo habían desaparecido, práctica muy usual para la época, sobre todo en el gobierno de Raúl Leoni. Pero un 31 de diciembre, como a las cinco de la tarde, se estacionó un carro viejo frente a la casa y se bajó un señor de lentes oscuros y la barba blanca. Entró rápidamente a la casa, mi hermana Nelsa lo reconoció y gritó: “¡Llegó tío José!”.

Esa noche bebimos y hablamos mucho sobre la situación del país, me habló de la Revolución cubana, de marxismo, de la resistencia armada. Yo le pregunté que si no tenía miedo y él me contestó, muy decidido: “¡Los revolucionarios no deben tener miedo!”. Estas palabras tuyas me conmovían y me preocupaban, porque yo sí tenía mucho miedo de que algún día me agarraran y no sabía si podía resistir una tortura. Así, entre dudas y algunas lágrimas, nos despedimos, porque a las dos de la mañana lo pasaron buscando y se lo llevaron de nuevo.

Pasaron algunos años, hubo algunos pequeños cambios en el país, había pasado lo peor. Los primeros años de gobierno “democrático” de Rómulo Betancourt y Raúl Leoni quedaron para la historia como los más sanguinarios, que solamente tenían comparación con los tristes años de vergüenza y vejación de la dictadura de Juan Vicente Gómez.

Si no fuera por la gaita

*Acabaron con la plata
y se echaron a reír,
pero les puede salir
el tiro por la culata.*

RICARDO AGUIRRE (1939-1969)

CANTANTE, EDUCADOR Y COMPOSITOR ZULIANO

Ya para el año 1965 llegó la fiebre de la gaita. Entre Ramón, Beltrán, Toñito Gerardo Herrera, La Mora, Manzanares, Lisandro, Manuel Aguirre, Chaias, Melena, otros amigos, y los hermanos Tovar, Alí, Jeremías y Coromoto, fundamos un grupo que llamamos Los Aspirantes de Lara. Fue una época de mucha parranda y de mucho “derrochar juventud”.



Los Aspirantes de Lara... de mucho “derrochar juventud”.

Se gaitaba por fiebre y por amor al arte. Grabamos dos “lomplés”, que así se llamaban los discos de larga duración. Llegaron las gaitas de protesta, surgió la figura de Ricardo Aguirre como “El Monumental de la Gaita”, e inmortalizó “La grey zuliana” y “Maracaibo marginada”; mientras nosotros, en Barquisimeto, logramos pegar una gaita llamada “Protesta”, la cual fue grabada por Los Aspirantes de Lara en 1966.

Protesta

Gaita

Después de haber soportado
diez años sin protestar,
a esta gente que ha dejado
tantas cosas de que hablar.

Hoy, con el cambio esperado,
las cosas están peores.
Y, para colmo, hay rumores
de que aquellos volverán.
Cuando quieren el coroto
van por Juan y lo convidan
y, después que les da el voto,
es seguro que le olvidan.

En esta tierra de pan,
me parece una ironía
que muera de hambre Juan,
en dolorosa agonía.

Eran tiempos del gobierno de Caldera, tiempos de supuesta pacificación del país; se acabaron las guerrillas, Caldera logró la paz anhelada pero, dentro de esa paz sin justicia social, solo había negociaciones y traiciones. Habían matado a Argimiro Gabaldón en un supuesto accidente que dejó muchas dudas, dudas que con los años se fueron disipando, porque muchos de esos “valientes” jefes guerrilleros son hoy mercenarios y sirvientes de los más bastardos intereses del imperio norteamericano y de la oligarquía criolla. He aquí otra gaita grabada por Los Aspirantes de Lara.

Oro negro

Gaita

Oro negro de mi tierra,
por ti han querido la guerra
los buitres americanos,
pero nunca lo tendrán,
porque esto no es Vietnam,
y porque somos hermanos
del gran pueblo colombiano.

Hay una frase que encierra
el sentir bolivariano:
“No puede existir la guerra
entre dos pueblos hermanos”.
Oro negro de mi tierra,
tesoro de otras naciones,
por ti han querido la guerra
para suplir ambiciones.

Mi pueblo tiene conciencia
y por eso nos aterra
la terrible consecuencia
que nos traerá la guerra.

En fin, la gaita, que nació en el Zulia, fue asimilada en todo el país. En efecto, en tiempos decembrinos en cada barrio se fundaban agrupaciones, pero, sobre todo, a nuestra querida gaita zuliana le cabe el honor de haber sido un vehículo despertador de conciencias en la voz ronca y profunda de “El Monumental”, Ricardo Aguirre.

En estos tiempos modernos, los propios zulianos se encargaron de deformarla, en su letra, cantándole a la *antena parabólica*, a la *computadora*, al *bluyín* y a tantas otras frivolidades y, en su música, agregándole instrumentos extraños y sonidos que, al oído, insinúan el paseito colombiano y el “rabo e gallo”, deformación, a su vez, del vallenato, manifestación musical originaria de Valledupar, digna esencia

del pueblo colombiano donde cabalgó, por muchos años, el canto solidario, rebelde y montaraz, para denunciar la terrible represión a que fue sometido el pueblo colombiano después del asesinato del gran líder del partido liberal Jorge Eliécer Gaitán, en el año 1948.

Yo quiero pegar un grito vagabundo,
yo quiero pegar un grito y no me dejan.

“El grito vagabundo”, que así se llama esta canción vallenata, fue prohibida por el gobierno de Colombia. “Arriesgan calabozo o bala quienes lo canten. En el río Magdalena lo cantan igual”, según comenta Eduardo Galeano en su *Memoria del fuego*.

En una ocasión fuimos a Maracaibo a “matar un tigre”. Después que cumplimos con nuestra actividad, nos invitaron a una Noche Gaitera. Fuimos con la alegría y la emoción de disfrutar la auténtica gaita maracaibera, pero no fue así, lo menos que tocaron fue la gaita tradicional. Esa noche, ya en el hotel, después de la Gran Noche Gaitera, les pregunté a mis compañeros del grupo: “¿Cómo les pareció la vaina?”. Y respondió “Tico” de inmediato, como si estuviera esperando la pregunta: “¡Eso no es gaita, mi pana! ¡Eso es otra cosa! Haga una gaita donde reclame a esos gaiteros pa que respeten su tradición, así como nosotros respetamos nuestro Tamunangue”. Y así fue que escribí esta gaita que fue grabada por el grupo Carota, Ñema y Tajá para el álbum *Con sazón navideño*, y por Ricardo Cepeda con el grupo gaitero Los Colosales:

Si no fuera por la gaita

Gaita

Si no fuera por la gaita
cantarina y bullanguera,
nuestras noches decembrinas
no serían tan parranderas.

Y si la gaita no fuera
protestona y altanera,
alegre y monumental,
el Zulia hubiera perdido
su identidad musical.

Zuliano que tanto amáis
tu gaita alegre y hermosa,
quiero decirte una cosa
a ver si es que me escucháis:
Tu gaita no es “rabo e gallo”
ni cumbia vallenatera.
¡Cuidá tu gaita, mi hermano,
porque es tu herencia pascuera!

La gaita no se merece
esto que le está pasando,
la están comercializando
y desvirtuando su esencia;
porque la gaita es presencia
de un ideal soberano.
La gaita es, por excelencia,
el canto de los zulianos.

Yo, que no nací zuliano,
cuando chamo fui gaitero.
Por eso en mi gaita quiero
darle un recuerdo a Ricardo,
un homenaje a “Reyito”,
un abrazo pa Rincón
y todo mi corazón
para este canto bonito.

¡Y vamos pal baile!

Con esas “malformaciones” ocurridas, le fui perdiendo el gusto a la gaita, más no el cariño y el sabor a la gaita tradicional que, de vez en cuando, graban algunos gaiteros, y que nos regresan a los tiempos en que se gaitaba por amor, por “fiebre” y por compartir con la familia y los amigos, sin que privara, como hoy ocurre, el aspecto meramente comercial.

Durante unos años, organicé con Ramón; un amigo de apellido Rondón; Orlando Fuentes, hermano de mi esposa; Egidio Jiménez, quien ahora es mi compadre; Alfonzo Pérez y otros amigos un grupo de salsa y música gallega, como llamábamos a las guarachas de Billo’s y a la música de ese estilo. Con ese grupo “matábamos tigres” en los clubes. Yo era el bajista, instrumento que nunca llegué a tocar bien pero, debido a mis limitaciones musicales, me aprendía los tonos de memoria y... ¡Vamos pal baile!

Cuando cumplí 28 años, me encontré con Antonieta y nos casamos. Me retiré de la música y las parrandas. Por supuesto que se me fueron muchos de mis “amigos” y me fui a trabajar al Central Tocuyo.

¡Santísima Cruz de Mayo... parió mi mujer!

*Cuando se tiene un hijo
se tiene el mundo adentro y el corazón afuera.*

ANDRÉS ELOY BLANCO (1896–1955)

ABOGADO, ESCRITOR, HUMORISTA Y POLÍTICO VENEZOLANO

Recién llegado a El Tocuyo no conocía a nadie en la ciudad. Era un día de la Cruz de Mayo y me fui a ver un velorio que celebraban en El Calvario, como llamaban al lugar. Había una tarima y me instalé al lado izquierdo, muy cerca de los músicos. Comenzaron a cantar las salves en honor a la Santísima Cruz de Mayo para pedir por las lluvias y para que se dieran las siembras. Al otro extremo de la tarima, un señor, que tocaba un pandero, agarró una botella de cocuy y se echó un trago, se la pasó al compañero que tenía al lado y, así, aquella

botella pasaba de boca en boca hasta que llegó al último músico, muy cerca de donde yo estaba parado. Era un muchacho bastante joven. Me miró y se sonrió conmigo, lanzó un escupitajo de chimó hacia un lado de la tarima y, acto seguido, se echó un palo de cocuy, arrugó la cara y me ofreció la botella. Yo, que no soy muy cocuyero, no me atreví a despreciarlo y de igual manera agarré la botella que venía de boca en boca y me eché un buen trago de cocuy hasta con un “toque” de chimó. Al rato, ya me sentía familiarizado con aquellos músicos tan auténticos y amables. En pocos días ya andaba de nuevo en las parrandas con los golperos de El Tocuyo.

Viví dos años en El Tocuyo, disfruté mucho de su gente. Por ese tiempo, mi compañera de toda la vida salió embarazada y nació nuestro primer hijo, al que llamamos Adelis Ferrer, el segundo nombre en honor a mi papá. Recuerdo la hermosa experiencia del primer hijo: ese día, mientras esperaba en las puertas del hospital, me llevé el poema de Andrés Eloy Blanco, “Los hijos infinitos”, lo leía y releía, hasta que me llamó una enfermera amiga llamada Ligia: “¡Ya eres padre! ¡Es gordo y cabezón!”. Me lo mostró y no sé cómo describir esa gran emoción que sentí, lo miré un ratito y me fui por los pasillos del hospital a llorar de emoción y a darle gracias a Dios por el milagro de la vida.

El “insecto” del Ince

Del Central Tocuyo me botaron porque hicimos un paro en reclamo de nuestras reivindicaciones y fue considerado ilegal por las parcializadas autoridades de la Inspectoría del Trabajo. Me vine de nuevo a Barquisimeto y trabajé en una empresa llamada Envases Varios que estaba situada en la avenida Libertador, donde hoy funciona un centro comercial llamado “Babilón”. Por cierto, allí no tuve mucho éxito porque igual me botaron a los tres años, ya que traté de organizar un sindicato paralelo al sindicato patronal que ya existía.

Me fui a trabajar a no sé cuántas empresas pequeñas y grandes hasta que un día leí en el periódico que el INCE, el Instituto Nacional de Cooperación Educativa, estaba solicitando personal para formarlos como instructores. Allí me incorporé, realicé un curso por un año en la

ciudad de Caracas, en un edificio que estaba situado en Los Ruices, muy cerca del canal 8. Era un viejo edificio. Para esos días estaban unos obreros colocándole unas tramoyas de tubos en la parte exterior. Le pregunté al profesor por qué hacían eso y me respondió: “Eso se supone que es una estructura con fines estéticos y artísticos. En realidad, lo que pasa es que el INCE tiene demasiado dinero y no hallan qué hacer con él”. Eran tiempos de las vacas gordas, primer gobierno de Carlos Andrés Pérez.

Cuando me gradué de instructor INCE, fui asignado para trabajar en el Centro Industrial de Barquisimeto, en el área de Máquinas y Herramientas. Yo estaba muy enamorado de mi nuevo trabajo, por fin estaba haciendo algo que me gustaba, la docencia, el trato directo con los seres humanos, no como mis otros trabajos donde pasaba todo el día al frente de una máquina a la que no se le podía transmitir nada. Sin embargo, muchas de las canciones escritas por mí nacieron en esas horas de trabajo en un torno o en una fresadora.

Con el INCE me identifiqué profundamente, o sea, se me metió *el “insecto” del INCE*, como nos decían cuando nos impartían el curso: trataba de hacer lo más perfecto mi trabajo, me dediqué con pasión a enseñar a mis doce participantes, inventaba cosas, hacía láminas con dibujos, usaba ayudas audiovisuales para lograr llegar con más claridad a mis alumnos. Tal vez fue por esa razón que un día me llegó un telegrama desde Caracas, en el cual se me informaba que había sido seleccionado para viajar a España a realizar un curso de metodología pedagógica y de preparación técnica. Por cierto que el telegrama, al principio, no me lo entregaron y se lo habían guardado en la oficina del director que, para la época, era un tal Hello Romero, pero desde Caracas me llamaron personalmente, y así fue como me enteré y me fui hasta el centro comercial, donde estaba el director general, a reclamar el telegrama de invitación que, por esas miserias humanas, habían engavetado para evitar que yo realizara el referido curso.

Me fui a España por tres meses. Mi segunda hija, Leonor, tenía un mes de nacida. Me afectó mucho separarme de mi hogar pero no podía perder esa oportunidad de prepararme técnicamente para un trabajo con el cual me sentía plenamente identificado. Al regreso

de España me esperaba en el aeropuerto mi esposa y mi pequeño hijo Ferrer, que se me prendió del cuello y me decía: “¡Papá, tú no te vuelves a ir más nunca!”. A Leonor, que apenas tenía tres meses, la encontré blanquita, con los ojos azules y con unas pequitas en la cara que parecía una ranita platanera. He aquí un fragmento de la canción infantil “La ranita platanera”, canción inédita que escribí para mi hija Leonor cuando tenía como tres o cuatro años, y cuando se la canté por primera vez se enojó tanto conmigo que desistí y como no la volví a retomar creo que la perdí porque no la he podido encontrar en el ordenado desorden de mis regueras musicales:

La ranita platanera
y el sapito lipón
cantaban en la laguna
una linda canción.
En eso salió la luna,
la ranita se asustó,
con la cara que ponía
el sapito lipón.

Por cierto que le comenté a Toña, mi esposa, que nos quedaríamos con ese “casarcito” y que no tendríamos más hijos porque ella debía continuar sus estudios universitarios, que había interrumpido cuando nos casamos. Algún tiempo después, cuando Leonor cumplió seis años, se le aflojó el primer dientico de leche y se la pasaba todo el día como el niño del genial cuento “El diente roto” del periodista, escritor, ensayista político y diplomático Pedro Emilio Coll que, para el caso de la niña Leonor, sería “El diente flojo”. Por eso escribí una canción infantil que fue grabada por el niño Yoirger Gil, para la producción musical *El retoñar del canto. Entre viejos y tripones*, del grupo Carota, Ñema y Tajá.

El dientico bailador

Yo tengo un dientico flojo
que ya se me va a caer.
Es tan flojo y reteflojo
que ya no quiere morder.
Es un dientico de leche
que se cansó de comer.
¡Ay, laralai, larai, larai!
Mi dientico bailador.
¡Ay, laralai, larai, larai!
Le gusta bailar el son.
¡Ay, laralai, larai, larai!
Mi dientico bailador.
¡Ay, laralai, larai, larai!
¡Cómo baila el son! ¡Plim!

Si lo muevo con la lengua
se pone a bailar el son.
Y yo siento que se alegra
si le canto esta canción.
Es un dientico de leche,
pero tiene corazón.

Yo conozco un muchachito,
chiquitico y cachetón,
que se le cayó un dientico
por andar de correlón.
Era un dientico de leche
que también era brincón.

Mi abuelito es un viejito
arrugadito y bonchón,
que se le quebró un dientico
porque mordió un chicharrón.

Un dientico de la plancha
que también era bonchón.
Cuando se caiga el dientico,
yo lo amarro en un cordón
y lo lanzo para el techo
pa que lo agarre el ratón,
y me traiga un diente nuevo
que sea como yo, glotón.

Entre viejos y tripones

Comentario especial merece la producción musical *El retoñar del canto. Entre viejos y tripones*, que contiene diecisiete canciones de diferentes autores, cantada por igual número de niños y niñas. Sus letras, que reflejan los valores más sublimes y hermosos de los pequeños, forman parte, a su vez, de un cancionero infantil. Se la hicimos a Concultura, organismo rector de la cultura en el estado Lara, con la intención de que la entregaran en las escuelas, por lo menos de la ciudad de Barquisimeto, para que sirviera de apoyo a los maestros de educación musical cuando organizan los festivales, y de repertorio para los niños, para evitar que canten esas canciones de desamores y “montadera de cachos,” como hemos observado que ocurre en algunos festivales donde nos ha tocado servir de jurado. Ocurrió que los discos estarán engavetados en alguna oficina de la gobernación, durmiendo el sueño de los justos, porque hasta la fecha, hasta donde llega el seguimiento que le hicimos, no encontramos ninguno en las escuelas de la ciudad. ¡Qué hermoso sería ver y escuchar a un niño cantando esta reflexiva canción, que fuera grabada por el niño Fernando Barragán para la producción de Carota, Ñema y Tajá que comentamos!

Mi pequeño corazón

Mi pequeño corazón
no comprende la razón,
¿por qué se secó el riachuelo
donde se miraba el Sol
su carita mañanera?,
¿por qué no han vuelto
las lluvias de primavera?,
¿y por qué el picalaflor
dejó su nido de amor
en la tierna enredadera?

¡Son cosas que no comprende
mi pequeño corazón!
¿Por qué no se apagan de noche las estrellas
para que los hombres malos pierdan la huella
y no encuentren el camino de la guerra?
¿Por qué no cae un invierno de flores tiernas
y, sobre un tapiz de eterna primavera,
florezca el amor y la paz sobre la tierra?

¡Son cosas que no comprende
mi pequeño corazón!

Mi pequeño corazón
no comprende la razón:
¿Por qué hay gritos mañaneros
de niñitos pregoneros
que nos cuentan las noticias
de un mundo que está
tan lleno de injusticias?
¿Por qué el hombre se olvidó
de vivir para el amor
y se llenó de avaricia?
¡Son cosas que no comprende
mi pequeño corazón!

¿Por qué no se abren
las puertas de las escuelas
para que todos los niños
de Venezuela
conozcan el pensamiento bolivariano?

¿Por qué no vamos
tomados de la mano
diciéndole a cada uno
¡tú eres mi hermano!
y llevando con dignidad
nuestra bandera?

¡Son cosas que no comprende
mi pequeño corazón!

Retrátame a este

Al regreso de España, de inmediato me incorporé al Centro Industrial Barquisimeto. En menos de dos años, las cosas habían cambiado, ya no era el INCE que conocí cuando estaba haciendo el curso de iniciación, se lo estaba comiendo la corrupción; los instructores reclamábamos mejoras salariales y me incorporé a un sindicato que formamos asesorados por la Federación Venezolana de Maestros. Nos reuníamos en su sede de la avenida Venezuela con calle 26. Me tocó a mí ser el responsable, junto con otros compañeros, de una junta directiva que se nombró después de varias asambleas. Viajamos en varias ocasiones a Caracas y a los pocos meses organizamos un paro nacional para reclamar mejoras sociales y salariales para nuestros agremiados.

Sabíamos que en La Pochocha, que es la casa de los adecos en Barquisimeto, se estaban reuniendo para impedir que nuestras luchas tuvieran éxito. Realmente teníamos un compañero en la cuerda floja: él iba a las reuniones con los adecos y nos daba información. Se planificó el paro para un día lunes. El domingo, por la noche, se reunieron los adecos del INCE con Hello Romero en La Pochocha y fijaron sus estrategias: el señor Romero se presentaría al INCE a

provocarnos para que uno de nosotros lo agrediera y así desprestigiar nuestro movimiento. En efecto, el día lunes se apareció el susodicho, con una actitud amenazante y agresiva, entró bruscamente al centro y, sin siquiera dar los buenos días, preguntó: “¿Quiénes son los huelguistas aquí?”. Nadie respondió y, de inmediato, le dijo al director, que en ese momento estaba muy asustado: “¡Me cierras esa puerta con candado y me llamas a la policía! ¡De aquí no sale nadie!”. Como ya estábamos advertidos de la estrategia, nos salimos todos del edificio y nos instalamos debajo de un árbol de caucho que quedaba en los jardines y estacionamiento del INCE. Al poco tiempo comenzó a pasar la policía uniformada, pero no se paraban. Después se estacionó un carro con unos señores encorbatados que, por la pinta, eran de la policía política y nos tomaron algunas fotos. Por cierto que uno de los compañeros, en una forma burlona, posaba para el fotógrafo y hasta llegó al extremo de la burla cuando se agarró la bragueta del pantalón y le gritó: “¡Retrátame a este!”.

El paro nacional fue un éxito. Se pararon casi todos los centros INCE del país pero, a los pocos días, nos llegó un telegrama a todos los que integrábamos la junta directiva del sindicato, que todavía no habíamos terminado de legalizar, donde nos decían que nos presentaríamos en Caracas para una averiguación administrativa. Yo particularmente, y por mi cuenta, me fui a presentar a Caracas para ver de qué averiguación administrativa se trataba. El abogado que firmaba la citación no estaba. Me atendió una secretaria y me mostró un cuestionario que debía responder y me dijo que tenía que presentarme cada quince días. Yo le dije que ni contestaba ese cuestionario ni volvía más. Y así fue. Por esas casualidades de la vida, para esos días estaba haciendo un curso de mejoramiento en el Instituto Politécnico de Barquisimeto. Le conté al profesor que dictaba el curso sobre mi situación en el INCE y me dijo: “¡Vente para acá! Renuncia al INCE, que aquí estamos solicitando personal”. No podía perder la oportunidad y, a los tres meses, ya estaba dando clases en el departamento de Ingeniería Mecánica del Instituto Universitario Politécnico de Barquisimeto, lo que hoy es la Universidad Politécnica Antonio José de Sucre. Allí trabajé por catorce años, hasta que fui incapacitado por orden médica, al presentar problemas coronarios, lo que ameritó una traumática intervención quirúrgica a pecho abierto.

¡Nooooo, viejo, olvídese!

En verdad yo no quería la incapacidad y le dije al médico que me diera una oportunidad. Encontramos una solución en previo acuerdo con la universidad: fui cambiado al departamento de Cultura. Pero fue un cambio informal. Allí trabajé unos dos años. Pero se presentó un problema al momento de mi evaluación en lo que respecta al rendimiento en el trabajo: no me podía evaluar el jefe del departamento de Cultura porque yo pertenecía a Ingeniería Mecánica, y tampoco me podía evaluar el jefe del departamento de Ingeniería Mecánica porque no trabajaba con él... ¡El serrucho trancado, pues!

En vista de la situación, le planteé el problema al director del Politécnico quien, para la época, era el ingeniero Mariano Navarro. Él me prometió una solución inmediata: enviaría una correspondencia a Caracas, al Ministerio de Educación, solicitando la apertura de un cargo que se llamaría animador cultural, o algo parecido.

Para la época, trabajaba en la oficina del ingeniero Navarro una señora muy humilde de nombre Urbana. Era mi amiga y yo le dije que, de vez en cuando, le recordara al ingeniero sobre mi caso. Pasó el tiempo. En varias ocasiones fui a la oficina del ingeniero Navarro, y la secretaria me informaba que había que esperar un poco más, que el caso ya estaba planteado a nivel del Ministerio de Educación. Un día, después de varios meses de espera, me encuentro, por casualidad, con mi amiga Urbana y le pregunté sobre el caso. Me respondió con desdago y con un “no” muy largo: “¡Noooooooo, viejo, olvídese! ¡Allá está esa carpeta en la mesa del ingeniero desde el día que fuiste a plantearle tu problema! ¡No te queda otra! ¡Devuélvete pa tu departamento de Ingeniería con tus tornos y tus fresadoras!”.

Le comenté a mi cardiólogo sobre la situación y me dijo que lo mejor era proceder con la incapacidad, porque él no se hacía responsable de cualquier accidente que me pudiera ocurrir trabajando con máquinas que, de alguna manera, implicaban un alto riesgo. Total que salí de la Universidad Politécnica, bajo un reglamento interno de acuerdo al cual me quitaron mucho más de la mitad del mísero salario que ganábamos los auxiliares docentes para la época. Pero seguí adelante, me hice locutor, trabajé muchos años en la radio y siempre

hubo en la mesa familiar algo para compartir con la familia y hasta con los amigos.

¡Puro pueblo, nagnaré!

*La cultura popular
tiene amigos por montones,
pero en ella se colean
los zorros y camaleones.*

RAFAEL SALAZAR

COMPOSITOR, MUSICÓLOGO Y PROMOTOR CULTURAL

En lo musical, seguí con mi búsqueda, traté de organizar una agrupación de música latinoamericana con Neptalí Rodríguez, ya fallecido, quien más adelante fue una de las mejores voces del grupo Carota, Nema y Tajá. Me acompañaron también en ese proyecto Douglas Torres con su esposa Ligia. Antonieta, mi esposa, también ensayó por un tiempo. Montamos algunas canciones de Los Chalchaleros, un grupo argentino que cantaba zambas argentinas, y montamos también canciones de Los Fronterizos, pero finalmente no hubo mucha constancia y nos disolvimos como agrupación, sin salir ni una sola vez a cantar, a pesar de que no sonaba del todo mal.

Pasó algún tiempo, y siempre mantenía en mi mente el sueño de hacer un grupo en el cual pudiera reflejar o, de alguna manera, manifestar mis inquietudes no solamente musicales; sino que tenía una necesidad de llevar mensajes al pueblo que orientaran y sirvieran de activadores de conciencia. Veía al pueblo como muy arriao detrás de los políticos y me dolía también ver las inmensas colas de gente pobre, como humillados y vencidos, mendigando una beca alimentaria que tan solo contribuía a pisotear su autoestima y su dignidad. Lamentablemente, en estos tiempos de revolución, hemos visto de nuevo al pueblo haciendo inmensas colas en los bancos, esta vez, para cobrar una beca que ojalá la sepan aprovechar, pero, en todo caso, es un atropello esa forma de entregar al pueblo algo que le pertenece por derecho, como lo es una beca de estudio o una pensión de vejez.

Escuchaba las canciones de Alí Primera, pero veía esa revolución, de la que él hablaba, como muy utópica y lejana. Lo que sí admiraba mucho era su firme pensamiento llamando a la unidad de nuestro pueblo.

Un día, fui a ver a don Pío Alvarado en el anfiteatro Óscar Martínez. Por cierto, esta hermosa estructura, patrimonio cultural por mandato del pueblo, testigo de históricos eventos musicales, festivales y actividades culturales en general, y por la cual pasaron tantos artistas a regalarnos sus vivencias y querencias, fue demolida para darle paso a un “flamante” centro comercial, estímulo del consumismo y del derroche. En aquel, nuestro querido teatro Óscar Martínez, donde tanto cariño y aplausos hemos recibido y que, además, llevaba el nombre de un gran venezolano cultor y promotor de tradiciones, me conmovieron la fuerza y la autenticidad del canto de don Pío Alvarado, “El Gallo Pinto”, como lo llamaba Alí Primera. Me dije: “¡Algún día tengo que lograr organizar una agrupación para hacer un trabajo que dignifique nuestro canto, como lo hace este viejo ‘Roble de Curarigua’, como lo llamaba Gerardo Brito!”.



Don Pío Alvarado.

El día llegó y, por casualidad, fue un 3 de marzo de 1981, un día antes de la fecha del nacimiento de don Pío Alvarado, cuando en un carnaval cultural organizado por algunos amigos de Barrio Nuevo, entre ellos Nelson Giménez, quien siempre andaba con la inquietud de mantener viva alguna actividad cultural, y que me pidió que lo ayudara porque había invitado a un grupo y este no llegaba. Ahí estaban la tarima y los micrófonos y la gente esperando, y me dijo: “¡Anímate, vale, busca a los muchachos y móntate en esa tarima! ¿Tú no eres un zorro viejo en la música?”. Aquello fue como un reto para mí y me busqué a Ramón, Beltrán, Toñito, creo que también estaba Neptalí Rodríguez, y otros. Buscamos unos cuatros; no teníamos tambora, así que me fui a la casa de mi mamá y le quité prestado un tobito plástico; me disfracé con un sobretodo largo de color verde que había traído de España y que estaba guardado por años en un escaparate, recuerdo que olía a viejo; me puse una máscara e igual lo hicieron los demás, y nos montamos a cantar y a formar el bochinche en la tarima. Rápidamente se aglomeró la gente, más por curiosidad que por otra cosa. Arrancamos de repente con un golpe tocuyano, del cual incluyo un fragmento. Recuerdo la animación total y los gritos entre los presentes.

¡Corazón! Las rosas y los rosales,
¡corazón!, el tiempo las reverdece.
¡Corazón! No me niegues tu cariño,
¡corazón!, que así los amores crecen.

Así comienza este sabroso golpe llamado “La Rúa”, de Tino Carrasco. Apenas comencé a cantar a dúo con Neptalí, alguien me reconoció: “¡Ese del sobretodo verde es Adelis! ¡Lo conozco por la voz!”. Cantamos varias canciones. De pronto, Alicio Silva, quien es un locutor profesional, se subió a la tarima para animar el espectáculo y preguntó: “¿Cómo se llama este grupo?”. Alguien respondió: “No tenemos nombre”... “Entonces, hay que bautizarlos, y serán ustedes, el pueblo, quienes le van a poner nombre. Así que, ¡vayan diciendo!”... Alguien gritó: “¡Que se llame el conjunto Tírame Algo!”... Otro dijo: “¡No! ¡Que se llamen Los Bocones de Bobare!”... Así, fueron diciendo

nombres, y hasta groserías gritaban. Entonces alguien dijo: “¡Carota, Ñema y Tajá!”. La expresión causó risa entre los presentes y el locutor la tomó en el acto. Con ese nombre nos bautizaron.



Carota, Ñema y Tajá, al aire libre.



Carota, Ñema y Tajá, bajo techo.



Carota, Ñema y Tajá en el estudio de grabación.



Carota, Ñema y Tajá.

Al siguiente día nos pidieron que volviéramos a cantar. Al principio no queríamos pero, por la insistencia de la gente, volvimos a animar el ambiente. A los quince días ya estábamos en mi casa en-

sayando en forma. Se incorporó Cristóbal Mendoza en la tambora, Rosty Roa como solista y cuatrista, y Douglas Torres, quien donó para el grupo los primeros cuatros. Años más adelante se incorporarían Luis Hernández, “El Guareque”, quien también es compositor, y el gordo Tico. Al principio discutíamos mucho sobre cuáles serían nuestros objetivos y si continuaríamos con ese nombre. Algunos amigos nos aconsejaban que lo cambiáramos porque era vulgar y chabacano, pero decidimos dos cosas bien importantes: nos quedábamos con el nombre Carota, Ñema y Tajá y le agregábamos el eslogan que nos trajo mi hermano Valmore Fréitez, “¡Puro pueblo, naguará!”.

Por cierto que Valmore nos hizo varios arreglos de cuerdas para nuestra agrupación, los cuales grabamos con algunos músicos de la Orquesta Sinfónica de Barquisimeto. Estos jóvenes músicos académicos accedieron a grabar con nuestra agrupación con el temor y el riesgo de que si, en la dirección del Conservatorio de Música Vicente Emilio Sojo de Barquisimeto, se enteraban de que estaban haciendo música popular, serían sancionados. Esto denota el prejuicio que algunos profesores aún tienen en contra de nuestra cultura musical. Sin embargo, ahí está, por ejemplo, la fusión de la Orquesta Gran Mariscal de Ayacucho con el Ensamble Gurrufío haciendo un pajarillo, orgullo y esencia de la más pura y auténtica manifestación de nuestros llanos venezolanos, el joropo nacional.

Total que seguíamos discutiendo nuestros objetivos: haríamos un trabajo muy serio y formal en beneficio de nuestra cultura, escribiendo nuestras propias canciones. Así nació formalmente esta agrupación que continúa llevando a nuestro pueblo mensajes y canciones escritas en positivo para levantar la autoestima y el sentido de pertenencia de nuestros pueblos. Creo que hemos cumplido con una misión, hemos recibido el mejor reconocimiento de nuestra gente cuando aplauden nuestro canto. Pero también hemos recibido ingratitud y mezquindad de algunos “trabajadores culturales” y muy poco apoyo de las instituciones del Estado, en las cuales siguen las roscas, los zorros y los camaleones aprovechándose de los recursos públicos para beneficio propio.

Construyamos otra patria
con otros libertadores
que devuelvan la alegría
a esta tierra de fulgores,
donde no tengan cabida
ni zorros ni camaleones.

Estos versos pertenecen a la guaraña “Zorros y camaleones” de Rafael Salazar y Jesús Querales, grabada por el grupo Un Solo Pueblo. Por cierto, tuve el placer de conocer y platicar largo rato con nuestro querido y recordado poeta popular margariteño Jesús Rojas Marcano, letrista de dicho grupo, en una ocasión en que fuimos a visitar el restaurante El Zaguán de Un Solo Pueblo, en Caracas.

El cardenal

*Yo no sé cómo han podido
amordazar tu cantar.*

ADELIS FRÉITEZ

En el año 1981, cuando apenas teníamos tres meses de ensayo con nuestra agrupación, participamos en el Tercer Festival Día del Ejército, un evento que duró tres días, magistralmente moderado por el reconocido locutor y productor del famoso y más escuchado programa radial *Los Venezolanos Primero*, Gerardo Brito, amigo personal para más detalles. Este festival se realizó en el Anfiteatro Óscar Martínez de Barquisimeto. Competimos con un tema que escribí en respaldo de una campaña que, para el momento, había organizado la Guardia Nacional. Se trataba de “El cardenal”, y la campaña consistía en concientizar al pueblo para que ayudara denunciando a las personas que comercializaban con el cardenalito, un pajarito de color rojo intenso que, al cruzarlo con canario, se obtiene un híbrido con un canto muy especial y unos colores muy hermosos; se comercializaba esta especie llevándola para Estados Unidos en forma clandestina. Por cierto, se dice que es una especie única en el mundo y se consigue solamente en

la zona baja del estado Lara y en los límites con el estado Falcón. Es bueno hacer notar que nuestro referido apoyo a dicha campaña fue espontáneo, porque la Guardia Nacional nunca nos invitó y tampoco hubo ningún tipo de reciprocidad con esta institución del Estado. Me cabe la satisfacción, también, con esta canción, de haberla grabado a dúo con Neptalí Rodríguez, la voz más hermosa y completa que ha pasado por nuestra agrupación. Él, lamentablemente, falleció, pero su aporte al grupo, su talento musical y su amistad, están vivos en cada uno de los que hoy continuamos con nuestro trabajo en defensa de la cultura musical de Venezuela.

Aquella noche de nuestro triunfo frente a la gran cantidad de grupos e individualidades que participaron, fue para celebrarla intensamente. Me sentía interiormente muy feliz, me sentía consagrado como compositor y, fue tal la musicalidad que transpiraba mi emoción, que, al querer compartirla con mi esposa, esa noche rompimos la promesa de quedarnos con el “casarcito”. Concebimos a Imelda, nuestra tercera hija, quien resultó ser una estupenda, exquisita y reconocida cantante de ópera, y llegó a formar parte de la Compañía de Opera del Estado Lara. Aquí incluyo la letra de la canción que fue grabada por el grupo Carota, Nema y Tajá para sembrar conciencia y proteger al cardenal:

El cardenal

Aire larense

Cuando yo estaba muchacho
y andaba por esos montes,
¡ay, laralai, laralai, larai!,
cortando leña e cují
o recogiendo las cabras
pa llevarlas pal corral,
veía pasar al rojo cardenal
y el cujisal lo recibía orgulloso
y los cardones se sentían celosos
del amarillo y negro del turpial.

Y al declinar la tarde en esos montes,
bella armonía y contraste sin igual,
se tornaba rojizo el horizonte,
verde, amarillo y rojo el cardonal.
Cardenal, ¿dónde te has ido,
que no te puedo encontrar?
Yo no sé cómo han podido
amordazar tu cantar.
Ya no están en los cardones
ni el perico ni el turpial
en contraste y armonía
con el rojo cardenal;
porque me contó llorando
un solitario cardón
que vio cuando te llevaban
a otra lejana región.

Grabamos el primer disco respaldados por la empresa TH, bajo la producción de Luis Cruz, quien es uno de los compositores más prolíferos y completos de Venezuela. Con él continuamos trabajando varios años, fue nuestro guía, nos ayudó mucho en lo musical y en lo personal. Pienso que a Luis Cruz no se le ha dado un justo reconocimiento por su gran obra musical. Nacido el 17 de julio de 1929 y fallecido el 21 de abril de 2012, fue un guitarrista y compositor de una gran cantidad de obras musicales que superan las mil, de las cuales según datos de Sacven, la Sociedad de Autores y Compositores de Venezuela, se registran más de cuatrocientas grabadas por diferentes artistas venezolanos y de otras latitudes, y fue creador del cuarteto Los Naipes, grupo muy activo en los años sesenta, con un repertorio de música romántica de la más alta factura. Lo menos que debiera hacer el Ministerio de la Cultura es editar sus obras para darles oportunidad a los jóvenes a que conozcan al autor de la canción que más se canta en Venezuela y en América, el “Cumpleaños feliz”:

Y que esta luna plateada
brinde su luz para ti.
Y ruego a Dios porque pases
un cumpleaños feliz.

Se comenzaron a escuchar nuestras canciones en todo el país. Fuimos invitados por Corpoturismo a la ciudad de Miami en el año 1981. Allí compartimos escenario con el barítono venezolano Lorenzo Herrera (hijo), con el grupo Araya, bajo la dirección de Renny Montaña, hijo de Rafael Montaña, y con el grupo de tambores Tambor y Canto. Por cierto que, con este último, grabamos “El cardenalito”, un aguinaldo que compuse y que está basado en un cuento que leí hace muchos años, cuando apenas era un niño.

El cardenalito

Aguinaldo

Estando en la cruz
nuestro redentor,
a sacarle espinas
llegó un pajarito,
manchó su plumaje
con sangre de Cristo,
y por eso es rojo,
y por eso es rojo
el cardenalito,

Si el niño está triste
se contentará,
y si el niño llora,
se consolará.
La Virgen lo arrulla
con su dulce manto
y el cardenalito
le brinda su canto.

Cantaba en su jaula
triste un cardenal:
“Cuando el preso canta
es por no llorar”.
Vino un muchachito,
la puerta le abrió,
y a la libertad
contento voló.
El cardenalito
cruzó el ancho mar,
cruzando fronteras
llegó hasta Belén
y le dijo al niño
que aquí en Venezuela
toditos los niños
lo adoran también.

Este aguinaldo fue grabado en tiempo de plena por el puertorriqueño Danny Rivera, y se convirtió en un éxito en Puerto Rico al extremo de que, en una ocasión en que fuimos y la cantamos, no nos creían que era venezolana y, menos, que fuera de nuestra cosecha. Algo se puede ganar de eternidad...

El poeta y dramaturgo español Manuel Machado, quien vivió entre 1847 y 1947, escribió unos versos sobre cómo la trascendencia de la poesía se logra cuando el pueblo la hace suya:

La copla

Hasta que el pueblo las canta,
las coplas, coplas no son,
y cuando las canta el pueblo,
ya nadie sabe su autor.

Procura tu que tus coplas
vayan al pueblo a parar,
aunque dejen de ser tuyas,
para ser de los demás.

Que al fundir el corazón
en el alma popular,
lo que se pierde de nombre
se gana de eternidad.

Cuando creamos el grupo Carota, Ñema y Tajá se me despertó la motivación para escribir canciones y me dediqué por muchos años a escribir. Vivía en esos tiempos en la Urbanización Rafael Caldera y tenía un cuarto donde me instalaba todas las noches a darles cuerpo a las ideas que se me iban ocurriendo, para abordar los temas de las canciones. Siempre cargaba un grabador donde iba registrando musicalmente lo que se me ocurría y por la noche revisaba, cuatro en mano. Y así logré escribir unas ciento cincuenta canciones que hoy están grabadas con el grupo Carota, Ñema y Tajá. Otros artistas también han grabado temas de mi autoría. Pudiera nombrar a Simón Díaz, “La miel de tu corazón”; María Teresa Chacín, con los temas “Acidito”, “Sombra y camino” y “Nuevamente”; Cecilia Todd, “Acidito” y “La última tonadita”; Nancy Toro, “Vivencias”; Lilia Vera, “Navidad en el bosque”; Rogelio Ortiz, “Soledad” y “Tarde de toros coleados”; Reina Lucero, “Las cosas del corazón”; Teo Galíndez, “Florecita de cayena”; Honorio Falcón, con Los Violines de Tintorero, “Tejedor de sueños”; Rafael Montaña, “De Pichincha a Cumaná”; Ricardo Cepeda, a dúo con Tico Páez, “Si no fuera por la gaita”; Mayra Castellanos, “Las cosas del corazón” y “Los dos gavilanes”; Tico Páez, “Acidito” y “Clemencia”; Francisco Pacheco, “El espanto”; Serenata Guayanesa, “Clemencia”, “Una cadena en el lago” y “Una flor y una canción”; Ensemble Gurrufío, “El trabalenguas de los dos gavilanes”; Sérbulo Chávez, “Tejedor de sueños”, una canción que dediqué a Don Sixto Sarmiento.

A nivel internacional, el puertorriqueño Danny Rivera, grabó en Puerto Rico, en ritmo de plena, “El cardenalito”, un aguinaldo mío; una cantante francesa llamada Isalis, grabó “Acidito”; y un cantante mexicano llamado Raúl Monje, grabó “Los dos gavilanes”, acompañado por un grupo de músicos veracruzanos. Muchos orfeones, en el ámbito nacional, han grabado “Los dos gavilanes” y “El espanto”, pero, sobre todo, me honra que la Coral Carrillo, una institución que acaba de cumplir cuarenta años, siempre bajo la batuta de nuestro

apreciado amigo, el doctor Martín Peraza Díaz, haya grabado “Los dos gavilanes”, y haya cautivado al público puertorriqueño con “El espanto”. Muchos niños, con canciones mías, han participado en varios Festichamo: Efraín Rodríguez cantó, en el año 1987, una versión infantil de “Soledad”, llegando a un segundo lugar; la niña María Esperanza Evies resultó ganadora del primer lugar en el año 1993, con la canción “Yo canté en la barriguita”. Imelda Fréitez, mi hija menor, cantó “La muñequita de trapo”, “Murió el poeta”, “Las décimas de Carmela”, “Arrullo”. Otros niños que también participaron con diferentes canciones de mi autoría fueron, Gerardo Pernalette con “El abuelo”; Ernesto García, con “Pensativo y distraído”; María Colmenares, con “La muñequita de trapo”; Fernando Barragán, con “Mi pequeño corazón”; Yoirger Gil, con “El dientico bailador”; el grupo Tinacha, con “La miel de tu corazón”, y otros. Aquí incluyo la letra de la canción que resultó ganadora del primer lugar en el Festichamo de 1993, magistralmente cantada por la niña María Esperanza Evies:

Yo canté en la barriguita

Cuando yo estaba
en la barriguita de mamá,
me la pasaba acurrucadita
y nadie me venía a molestar.
Pero un buen día,
una enfermera malencarada
me metió un par de nalgadas
y miren dónde vine a parar.

Y cuando quise llorar
me salió un Do sostenido.
Ahora ya estoy convencida
que nací para cantar.

No se vayan a asustar
que voy con un Do de pecho.
Y con él voy, derecho,
a ganar el festival.

Y mucho antes de nacer,
me lo contó mi mamá,
que me escuchaba cantar
estando en su barriguita,
y que le daba pataditas
como queriendo bailar.
Por eso me ven aquí,
cantando como un turpial,
porque yo quiero ganar
este hermoso festival.
y de aquí yo no me voy
si no me llevo el primer lugar.

También Simón Díaz grabó un tema de mi autoría:

La miel de tu corazón

¡Malaya! Si hubiera yo
nacido de un colibrí,
para recoger el néctar
de las flores que hay aquí
y llevarlo en el piquito
guardadito para ti.

¡Chupa que chupa, la abeja!
¡Chupa que chupa, la flor!
¡Chuparme quisiera yo
la miel de tu corazón!
La miel de tu corazón,
dulce y amarga,
amarga y dulce
como el néctar del amor.

¡Malaya! ¿Qué hiciera yo,
con esta forma de amar?
Si me das miel de tu boca,

me quisiera empalagar,
y si no me das, me quedo
con las ganas de probar.

Con esta canción, “La miel de tu corazón”, nos ocurrió algo muy gracioso en Maracaibo. Y tenía que ser allí, por esa espontaneidad y jocosidad de los maracaiberos. Estábamos dando un concierto en el Teatro Lía Bermúdez; yo anuncié la canción y dije que la habíamos grabado con Simón Díaz, pero que, como él no estaba, la cantaría el gordo Tico. Para los que no lo conocen, es un gordo bastante voluminoso, con un corazón más noble que su gordura, hermano de nuestro querido, entrañable poeta y cantor Jesús “el Gordo” Páez. Tico fue, durante varios años, nuestro primer solista. Ya no está con nuestra agrupación, pero nos dejó un hermoso trabajo con su voz y su “guataca” para el canto popular. El caso es que él arranca a cantar la canción, que en su primera estrofa dice: “¡Malaya! Si hubiera yo/ nacido de un colibrí...”. Y rápidamente grita alguien desde el público, con el inconfundible acento maracucho: “¡Qué molleja, primo! ¿Y de qué tamaño sería esa ñema?”.

Les vamos a calentá ese culo...

*La policía siempre es eficiente
cuando se trata de los pobres.*

ALÍ PRIMERA (1941-1985)

CANTAUTOR, POETA, Y MILITANTE COMUNISTA

Y hablando de la inmensidad de los Páez, al más grande de todos le llamábamos “el Chu”, o también le decíamos “el Gordo” Páez. Tenía un corazón tan grande como el noble sentimiento que le acompañaba, y más cuando en un escenario expresaba la inmensidad de su canto. Entremezclaba el canto “entre la rabia y la ternura”, y así desplazaba su inmensa humanidad por esas calles de Dios donde, un día, me lo encontré. Venía sudaíto, me abrazó con fuerza y restregó su barba húmeda contra mi cara, me miró de frente y me dijo con

ternura: “¡Es que yo te quiero mucho!”, mientras dos lágrimas gruesas rodaban como ríos desbordados por su cara. Le pregunté con curiosidad y preocupado, pensando que algo malo le había pasado: “¿Qué te pasa? ¿Por qué lloras, pues?”, y me respondió, abrazándome de nuevo: “¡No sé, coño, es que yo te quiero mucho!”. A los pocos días, un 13 de abril del 2007, se marchó, a no sé qué parte del universo, a seguir cantándoles a los sueños, al amor y a la esperanza.

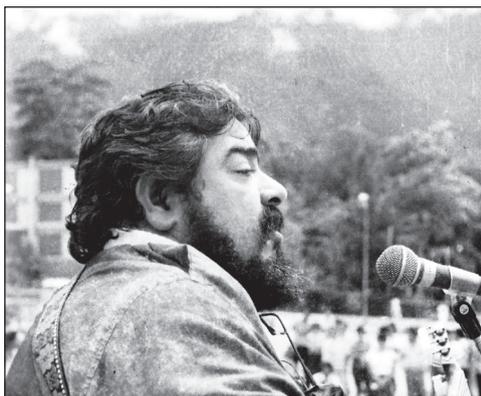


Jesús “el Gordo” Páez, también conocido como “el Chu”: “... coño, es que yo te quiero mucho!”.

En una ocasión fuimos a cantar en Guatire, eran tiempos de la Cuarta República. Nos acompañaban Los Guaraguaos, el grupo Ahorra y otras agrupaciones e individualidades. Era un canto protestatario pero no recuerdo por qué razón lo hacíamos. El caso es que cuando “el Gordo” se montó en la tarima, antes de comenzar a cantar, denunció con mucha contundencia la actitud de la policía política del país, que permitió la fuga de un presunto corrupto llamado Vinicio Carrera, y complementó la denuncia con la canción “Ruperto”, de Alí Primera. El estadio vibró entre la rabia y los gritos del pueblo, y a un policía de los que estaba entre el público quizás le pareció que se refería a él y, de inmediato, salió fuera del estadio y se trajo un piquete de sus iguales. Cuando íbamos saliendo del estadio, ignorando hasta ese momento lo que estaba ocurriendo con la policía, nos dirigíamos a una pequeña tiendita de campaña que estaba al frente, donde nos habían invitado a

comer. De repente, uno de los policías se le acercó a Luis Hernández, “el Guareque”, maraquero del grupo Carota, Nema y Tajá y le preguntó muy discretamente: “¿Ustedes andan con ese gordo?”. Y él, creyendo que el policía le hacía la pregunta porque le gustaba la forma como “el Gordo” expresaba su canto, le respondió con todo orgullo: “¡Claro! ¡Él es uno de los nuestros!”. A lo que el policía respondió de inmediato: “¡Pues, prepárense, que les vamos a calentá ese culo!”.

Realmente no ocurrió más nada, porque el pueblo rápidamente se organizó, nos escoltó hasta la camioneta y logramos salir ilesos, pero terminamos cenando empanadas en un kiosquito a orilla de la autopista.



“¡Échale bolas, Ruperto!”.

Soledad

*Soledad: jardín
con un solo árbol.*

ALI AHMAD SAID ESBER (1930)

POETA, PENSADOR Y ENSAYISTA SIRIO

A propósito de Simón Díaz... Por allá por el año 1987, me pidió que le escribiera una canción para que participara en el Festichamo, un festival infantil que se transmitía por VTV, el canal 8. Le manifesté que, por el momento, no tenía una canción para ser cantada por un niño o

niña; sin embargo no descarté la posibilidad de hacer algo, aunque soy de los que piensan que las canciones por encargo a veces no salen muy buenas, ya que eso es como forzar la imaginación, como ha ocurrido con algunos artistas, verbigracia, Reynaldo Armas, a quien considero un gran compositor y lo ha demostrado, por ejemplo, con “Laguna vieja”, “La muerte del Rucio Moro” y tantas otras obras sobre las cuales, como dice Luis Cruz cuando una canción queda muy buena, se puede expresar: “¡Al que hizo esa canción se le pasó la mano!”.

Siendo, entonces, Reynaldo Armas un gran compositor, a veces hace canciones sin pies ni cabeza, como aquella ridícula cancioncita que habla de un telefonito que nunca sonó, mientras él esperaba la llamada, y además usa una trillada e incoherente frase de El Chavo: “¡Fue sin querer queriendo!”. Pero, retomando mi participación en el Festichamo... Ese año hice una canción sobre un niño que tenía un perrito y se le perdió en la llanura. Se la entregué a Simón y él me pidió que le revisara unos detalles. Así lo hice, con dos de sus coordinadores en el Festichamo, Manolo Aldana y Óscar Serfaty. Ellos le cambiaron algunas cosas y se la asignaron a un niño de Barquisimeto llamado Efraín Rodríguez. El chamo cantó muy bien y logró un segundo lugar. Posteriormente grabó la que sería la primera versión del tema musical:

Soledad

¡Soledad, soledad, soledad,
en este camino incierto!
De aquel, mi fiel compañero
que ladraba en el tranquero,
solo me quedó el silencio.

¡Soledad, soledad, soledad,
se marchó mi gran amigo!
El que cuidaba a la abuela
me acompañaba a la escuela
y correteaba conmigo.

Él, que trajo la alegría
y todas las cosas bellas,
en la mitad del camino,
dejó sus huellas.
Para seguir una estrella,
dejó desierto mi cielo,
juntó la noche, el desvelo
y mi querella.

La estrella que ando buscando
esta noche no saldrá,
y la luna se ha escondido,
ya no se escucha el ladrido,
rompiendo la soledad.
¡Soledad!

Pero sigo en la distancia
bordoneando su recuerdo.
Recuerdo aquella noche
cuando, en plena tempestad,
cruzó todos los caminos
para salvar a mi padre
cuando lo encontró una tarde
herido de gravedad.

Él sigue siendo el amigo
que le dio verso a mi canto
y, como lo quiero tanto,
él tiene que regresar.
Sigue ladrando en la brisa
pero en mi copla se pierde,
si el llano me lo devuelve
le devuelvo su cantar.
¡Mi soledad!

El que le tira a la familia...

Algún tiempo después, Rogelio Ortiz me pidió que le cambiara la letra a la canción “Soledad”, ya que él estaba interesado en grabarla. Así que me dispuse y le hice unos cambios, ubicándola un poco en la soledad y en el vacío que nos deja un ser querido cuando se marcha para siempre. Con esa nueva “Soledad”, ganó Rogelio Ortiz el Florentino de Oro y un importante festival en Colombia. Total que la canción se convirtió en un gran éxito y, además, en una gran “festivalera”: muchos cantantes, niños y adultos han ganado festivales con ella.

Por esas ironías de la vida, un día, por casualidad, ojeaba un periódico en una clínica, mientras esperaba para ser atendido, cuando leí en una página de farándula regional que escribía el periodista José Boscán algo así como: “... Nos parece una ingratitud de Rogelio Ortiz que hace apenas dos días llegó de Colombia y se fue a celebrar el triunfo obtenido con la canción “Soledad” a dos cuerdas de donde vive el autor y no tuvo la gentileza de invitarlo”. Esa misma noche me llamó Rogelio, me dijo que se sentía incómodo por lo sucedido y me invitó a cenar cualquier día con nuestras familias. Yo le respondí: “Creo que ya no tiene mucha gracia”. Tiempo después, mientras hacía el programa de música venezolana *El Caney Criollo*, por la emisora Cyma 94 de Barquisimeto, recibí una llamada de Rogelio, quien me pedía que lo sacara al aire porque tenía una noticia muy importante para mí y para los oyentes. De inmediato lo anuncié y soltó la gran primicia: “¡Voy para la OTI con tu canción ‘Soledad’! ¡La cantaré con orquesta, y los arreglos los está haciendo Alí Agüero!”. Le manifesté mi alegría y le dije, además, que estaba seguro de que se traería el primer lugar por el dominio que él tenía para interpretar la canción y por su excelente calidad vocal, todo para orgullo del pueblo venezolano. Nada de eso ocurrió. A los pocos días, vi a Rogelio cantando en el Festival de la Organización de Telecomunicaciones de Iberoamérica (OTI) de la Canción, un tema de Simón Díaz, sin lograr ningún lugar significativo. Nunca me dio una razón contundente por la cual cambió su exitosa “Soledad”, pero yo me dije en mi fuero interno: “El que le tira a su familia se arruina”. He aquí la otra versión de la canción, la grabada por Rogelio Ortiz:

Soledad

¡Soledad, soledad, soledad,
en este camino incierto!
El sol calcina la tarde
y se va mi pensamiento
volando hacia el firmamento.

¡Soledad, soledad, soledad,
compañera de mi vida!
En esta tarde serena
en que se juntan mis penas
para llorar su partida.

Porque la tarde que muere
promete una noche bella,
voy a seguir los caminos
tras de su huella.

Para seguir una estrella
dejó desierto mi cielo,
juntó la noche, el desvelo
y mi querella.

La estrella que ando buscando
esta noche no saldrá.
Porque el cielo se ha nublado
y un lamento se ha escuchado
rompiendo la soledad.

¡Soledad!

Pero sigo en esta noche
abrazado a su recuerdo.
Recuerdo que entre sus brazos
tantas noches me quedé

contemplando las estrellas,
mirando la luna bella,
pero hoy que perdí su huella
nunca más la encontraré...

Voy a seguir esperando,
en la mitad del camino,
que el misterio de la noche
me la pueda regresar.
Quizás estará perdida
en el azul infinito
como un tierno lucerito
llorando en la soledad.

¡Mi soledad!

Mejor sigo donde ando

*Salud por aquellos que, por más
que la tentación insista, gana la fidelidad.*

ANÓNIMO

Ese mismo año 1987, cuando participé con la primera “Soledad”, y justamente estando en Caracas por lo del Festichamo, me presentaron a un señor elegantemente vestido y con un lujoso maletín ejecutivo. Cuando supo que yo era el director del grupo Carota, Nema y Tajá, me entregó una tarjeta de presentación y me dijo: “Lo espero esta tarde a las cuatro en esa dirección para que hablemos de negocios. Yo soy publicista”. Tomé la tarjeta, la leí detenidamente. Allí estaba su nombre en letras doradas y también el nombre de la empresa *Ven a Conocerme, Agencia de Publicidad*. Con puntualidad alemana llegué al lugar, me invitaron a pasar a un gran salón y al grano con el asunto: “Necesito tu grupo para dar inicio a la segunda campaña electoral de Carlos Andrés Pérez en Barquisimeto. ¡No me vayas a decir que no, porque hay mucho billete por delante!”. Me quedé sorprendido y un

poco asustado, se me vino a la mente de inmediato lo que siempre nos decía Alí Primera: “¡Nunca vendan el canto!”, y yo le refutaba: “¡Pero Alí, tenemos que cobrar para sobrevivir, además casi todos mis compañeros están desempleados!”, y él respondía: “¡Mire, panita, no es lo mismo cobrar por cantar, aunque yo nunca lo hago, que vender la conciencia del canto, como decir, ponerlo al servicio de la oligarquía!”. Esas reflexiones me daban vuelta en la cabeza y, mientras tanto, el hombre insistía: “Simplemente te montas con tu grupo en la tarima, cantas un par de canciones y al finalizar dices: “¡Nosotros estamos con ‘El Gocho’ pal 88!”. Aquella frase me dio repugnancia y me acordé cuando, en los años sesenta, siendo Carlos Andrés Pérez, ministro de Relaciones Interiores del gobierno de Rómulo Betancourt, salíamos a realizar pintas nocturnas y en todas partes escribíamos: “Fuera CAP”, “CAP asesino”... Eran aquellos convulsionados tiempos en que lanzaron, desde los helicópteros del ejército nacional, en plena montaña de Los Humocaros y de otros lugares de la patria, a muchos venezolanos, por el solo delito de ser disidentes y adversarios de un régimen que llegó al poder bajo la promesa de enrumbar el país hacia una verdadera democracia. Con todas estas reflexiones atragantadas, le respondí: “¡No señor, discúlpeme, pero prefiero seguir donde ando!”. Él me miró fijamente, me colocó su mano sobre mi hombro y me dijo: “¡Bueno, tú te la pierdes! ¡Pero piénsalo con calma!”.

Panita, del pueblo traigo la voz

Vox populi, vox Dei.

SABIDURÍA POPULAR

A propósito de Alí Primera... Cuando lo conocimos, nos pidió que lo acompañáramos en un proyecto a realizar, La Canción Bolivariana, y con él anduvimos por todo el país. Fue una gran experiencia compartir con un hombre de una gran sensibilidad humana. Alí era un hombre convencido de que sí era posible lograr cambios profundos en el país. “Organizando al pueblo lo lograremos”, nos decía y con

ese gran poder de convocatoria llenaba los estadios de los pueblos y también de las grandes ciudades. En una ocasión, mientras cantaba, salieron peleando dos muchachos en una de las gradas del estadio; él paró de cantar y gritó con toda su fuerza: “¡Compañeros, compañeros... guarden esa energía para cuando llegue la hora del combate!”. Los peleadores se separaron rápidamente y un gran bullicio de aplausos y gritos retumbó por todo el estadio. Así era Alí, “El Panita”, como le decíamos. Creía de verdad en lo que estaba haciendo y su pueblo lo escuchaba. Sabía muy bien que la canción era un gran vehículo para llegar al pueblo, tenía muy clara la importancia del hecho cultural bien orientado con la participación de la gente. Un pueblo que canta, conoce y ama su música y que tiene claros sus valores culturales, su autoestima y su sentido de pertenencia, no es tan fácil de manipular.

Estos mensajes estaban allí en su voz ronca, retumbaban en la conciencia del pueblo. Después de escuchar y ver al Panita con su camisa roja, sus pantalones azules, su barba alborotada y su melena al viento, ya uno no era el mismo. Por lo menos a mí me sucedía; algo de lo que Alí expresaba con su canto y en su discurso se me quedaba muy adentro. Cuando, ya en la tranquilidad del hogar, me retiraba cargado de energía y del calor humano que recibía en esos escenarios, abarrotados de pueblo clamando por justicia social y por hacer realidad los sueños de construir un mundo mejor para nuestras generaciones presentes y futuras, se me hacía difícil concebir el sueño, veía como muy lejana esa revolución de la cual Alí hablaba. Han pasado muchos años de su partida, hoy más que nunca su canto cobra vigencia, y cómo nos hace falta su presencia.

Este proceso que apenas da sus primeros pasos necesita de muchos hombres como Alí. El pueblo no está preparado para asumir esta gran responsabilidad y lo siguen manipulando, lo siguen arriando. Pienso que el canto, como despertador de conciencias, debe continuar, y por eso quise lanzar esta campanada de alerta a nuestro presidente Hugo Chávez. Es una humilde canción pero no es una simple canción, tiene, en su contenido literario, toda la angustia de un pueblo que observa con preocupación cómo un proceso en el cual tiene cifrados sus más caros anhelos, se le escapa de las manos incluso al mismo presidente, porque ha sido penetrado hasta los tuétanos por la corrupción y por

los contrarrevolucionarios. El pueblo podrá ser humilde, pero pendejo no es. Fue el pueblo quien me pidió que escribiera esta canción. En todas partes donde íbamos a cantar no faltaba quien nos dijera, con la angustia reflejada en el rostro: “¡Por favor, díganle al presidente en una canción lo que está pasando!”. Y he aquí esta canción, que es como decir: la voz del pueblo es la voz de Dios, la cual fue grabada por el grupo Carota, Ñema y Tajá:

Del pueblo traigo la voz

Golpe larense

¡Oiga, amigo Presidente,
no siga comiendo cuentos!
Yo le digo lo que siento,
usted me va perdonando,
pero lo están engañando
y el enemigo está adentro.

¡Póngase mosca, mi amigo,
con el ojo bien pelao!
Revísele los bolsillos
a todo el que tenga a su lao
porque adentro hay mucho pillito
y lo tienen engañao.

En nombre de la esperanza
que el pueblo tanto soñó,
cuídese del agua mansa,
es lo que le pido yo,
que si la tormenta avanza
el pueblo es la voz de Dios.

Coro

¡Del pueblo traigo la voz
en esta humilde canción! (bis)
¡Si Dios habla por el pueblo,
el pueblo es la voz de Dios! (bis)

¡Oiga, amigo Presidente,
yo no entiendo lo que pasa!
Porque hay gente gobernando
jugando a que usted fracasa.
¡Pa que se vaya enterando,
el enemigo está en casa!

Porque el día que usted cayó
víctima de la traición,
el pueblo cuenta se dio
que aquellos que están y no son
bailaron al mismo ritmo
del pichón de dictador.

Tanto se sacrificó
por esta revolución,
por eso creo en usted,
porque lo vi en situación
de perder hasta la vida
pero el pueblo lo salvó.

Aquí termino y expreso
mis dudas y mis razones.
¡Amigos hay por montones!
¡Amigo, el ratón del queso!

Recitado

Hay amigos en las buenas,
hay amigos en las malas;
hay amiguitos que son
como hermanitos del alma;
hay amigos excelentes,
hay amigos indecentes,
amigos del aguardiente,
pero todos quieren ser
amigos del Presidente.

¿Amigo? ¡Hum! ¡Amigo el billete verde
de los norteamericanos,
el que tumba presidentes
y el que monta los tiranos!
Y digo yo que, por eso,
hay amigos que te venden
en la ternura de un beso.

Amigos hay que te dejan
sin medias y sin calzones.
¡Amigo, hasta los cojones, viejo!
Hay amigos en exceso,
hay amigos por montones.
Pero hay muchos camaleones
metidos en el proceso.

Prepare bien sus comandos
y enfile sus baterías,
el pueblo se está cansando
de tanta politiquería,
porque aquí se está formando
una nueva oligarquía.

¡A esta la voy a abrazar suavcito!

Y camarada del amor... ¡el beso!

ALÍ PRIMERA (1941-1985)

CANTAUTOR POPULAR

También para la época nos acompañó *Ciro Anzola*, coordinando nuestras actividades y sirviendo de presentador de los actos de *La Canción Bolivariana*, junto con el chileno *Carlos Ricardo Cisterna* y una locutora que tenía una hermosa voz, llamada *Nepsy Beatriz García*, a quien queríamos y respetábamos por su seriedad, formalismo, disciplina, por su manera de ser, y por su trato delicado y respetuoso.

Con el tiempo, nos dimos cuenta de que a nuestra querida Nepsy Beatriz le estaba creciendo su barriguita. Realmente no sabíamos si estaba casada o era el producto de alguna hermosa aventura amorosa, pero nadie se atrevía a preguntarle nada porque ella, además, nunca hablaba de su vida privada.

El tiempo siguió pasando y su barriguita seguía creciendo. Un día nos convocaron a todos para organizar una actividad en la cual estaría presente Alí Primera. Llegó el día, se dio inicio a la reunión, pero Alí no llegaba. De repente se apareció, entrando en forma atropellada por la puerta. Todos corrimos para saludarlo con el consabido abrazo. Por fin, entre afectos y cariño, llegó hasta donde estaba nuestra querida Nepsy Beatriz, quien se había quedado sentadita en su silla sobándose su barriguita. Alí se fue acercando despacito, le miró la barriguita, puso cara primero de sorpresa, después de ternura y le dijo despacito, pero cuidándose de que todos lo escucháramos: “¡A esta la voy a abrazar suavecito!”. Y agregó con picardía: “¡Porque ya veo que me la cogieron!”.

Vivencias

Lo aprendido es lo vivido.

ANÓNIMO

Andando de pueblo en pueblo con La Canción Bolivariana, me sentí agotado. Sentía mucho dolor en los hombros y así se lo manifestaba a mi esposa. Ella me decía: “¡Eso es el estrés! Lo que pasa es que tú te emocionas demasiado”. Pero no era el “estrés”. A los pocos días caí fulminado por un infarto. Me trasladaron al centro médico de Ascardio. Los médicos me realizaron una serie de exámenes y decidieron trasladarme de urgencia hasta Caracas. Alguien, a quien agradeceré por toda la vida, y por gestión de mi hermana Gloria, prestó una avioneta. Lo que sí recuerdo con mucha claridad es que el piloto era de apellido Polanco. Nunca más lo volví a ver, pero también para él mis recuerdos y agradecimiento. Al llegar al Hospital Universitario me dijo el doctor: “¡Conque tú eres el guaro que tiene las coronarias tapadas de tanto comer suero y queso!”.

Tres meses hospitalizado en el Universitario de Caracas me hicieron reflexionar profundamente. Mi compañera de toda la vida se instaló en una colchoneta, y allí pasaba la noche esperando cualquier cosa. Profundas crisis y agudos dolores en el pecho causaban una angina que los médicos no lograban controlar. Los exámenes practicados revelaron que tenía el 99% de obstrucción en una coronaria. Razón tenía el doctor que me llamó “guaro come suero y queso”. Me recomendaron reposo absoluto. ¡Cómo añoraba un rayito de sol en aquel cuarto oscuro y frío! La primera semana mandé a buscar, con mi compañera, los libros de Metafísica que tenía en la biblioteca en Barquisimeto.

Cuando era muy joven, soltero todavía, estudié hasta el octavo grado de la Orden Rosacruz, y esos estudios me han ayudado mucho en los tiempos difíciles por los cuales he pasado en mi existencia. Para el momento que cuento, sentí la necesidad de reforzarme espiritualmente. A esta edad de sesenta y tres años que tengo al momento de escribir estas líneas, he sido operado del corazón en dos ocasiones y, cuando llega por ahí una mala hora, es bueno siempre tener refuerzos espirituales, y yo los conseguí en lo más profundo de mi ser cuando los necesité, porque previamente me había preparado cuando era un joven de diecisiete o dieciocho años. Nunca pude entender por qué no seguí con mis estudios de metafísica, pero lo poco que estudié me ha servido de mucho. Un día, ya más tranquilo, pero aún con la situación igual porque los médicos no se decidían a operarme, me encontraba solo. En aquel momento se me ocurre una canción, como si me la dictaran. Sentía que venía de lo más profundo de mi alma, la escuchaba en mis profundidades espirituales. Agarré rápidamente un lápiz, pero no tenía dónde escribir, así que lo hice en la sábana limpiecita y blanquita que tenía para arroparme. He aquí la canción que escribí, la cual fue grabada por Carota, Ñema y Tajá para el álbum del mismo nombre y, luego, por Nancy Toro, quien también le colocó a su álbum el nombre de *Vivencias* y, más recientemente, la grabé a dúo con Ruperto “Tico” Páez para el álbum *Vivencias y canciones*:

Vivencias

Me gusta sentir la vida
palpitar dentro de mí
cual si fuera una cascada.
Porque la vida no es nada
si no se siente la muerte
como la sentí una vez,
muy cerquita de mi almohada.

Me gusta tener amigos
porque una vez me tocó
llorar triste y afligido,
y no me faltó el calor
el cariño y el amor
de alguien que lloró conmigo.

Porque la tengo segura,
no le temo a la muerte;
más le temo a la vida
porque depende de la suerte,
y la suerte no es del hombre
pobre, precisamente.

Precisamente, hice una pausa
en el camino de mi vida,
donde se mira un cielo azul,
a media tarde un sol de abril
y se dibuja en el perfil
las huellas que deja el amor.
Son los retoños que darán
al mundo, la continuación.

Y en ese dulce trajinar
por el camino del amor,
se va marchitando la flor,

de tanto amor y tanto amar,
pero, en el surco de la vida,
una semilla hay que sembrar.

Me gusta reír la vida
aunque, a veces, en la mueca
de la risa se ve el llanto.
Por eso la quiero tanto,
porque el árbol de la vida
muchas veces va creciendo,
entre risas y quebranto.

Me gusta llorar mis penas
porque el llanto me libera
y me siento diferente.
Porque una pena escondida
va consumiendo la vida
y le da paso a la muerte.

Porque la tengo segura... etc.



Ruperto "Tico" Páez y Adelis Fréitez.

Cuando estaba escribiendo la canción, llegó Emira, quien era una de las enfermeras que de tanto bañarme, afeitarme, cuidarme y limpiarme, se había encariñado conmigo. Era una joven muy alegre que estudiaba Medicina en la UCV. Un día llegó muy asustada a mi cuarto, más temprano que de costumbre, y me dijo: “¡Gracias a Dios que no es verdad!”. “¿Qué te pasa?”, le pregunté... “¿Qué anoche soñé que te habías muerto!”. A ella le conmovió mucho mi canción, y no sé si lo hizo, pero me dijo que de alguna manera se iba a quedar con esa sábana para guardarla como recuerdo, no sin antes regañarme por haberla rayado porque, si el médico de turno se enteraba, le iba a traer problemas.

Un día se apareció por el hospital, Alí Primera. Hablamos mucho rato, le dijo algunos piropos a Emira, me dio ánimo: “¡Arriba, carajo, que usted no se muere todavía!”. Luego se despidió de mi esposa con un fuerte abrazo. Así era él, abrazaba a todo el mundo. Emira lo vio alejarse y me preguntó: “¿Quién es ese viejo chivudo?”. “¡Ese es Alí Primera!”, contesté. “Oye, ¿por qué no me dijiste? Yo lo admiro mucho a él. Lo que pasa es que nunca lo había visto. ¡Es que él nunca sale en televisión!”.

Otro día fue Zobeida, “La Muñequera de Píritu”. Hablamos un rato, lloré con ella y me dio mucha fuerza su presencia. Recuerdo que me dejó una de sus queridas y humanizadas muñecas de trapo, pero alguien se la llevó...

En aquellos momentos difíciles recibí mucha solidaridad de mis amigos, me enviaban dinero. Un día me llegó un sobrecito con dinero en efectivo y una carta de puño y letra de un señor que dirigía el grupo Carucieña en Golpe: “Ahí le mando esa platica que logré recoger con mis compañeros del grupo”. Eran cincuenta y cinco bolívares que, para mí, tenían un gran valor por aquel gesto tan hermosamente solidario. Pero también me llegó un cheque en blanco, firmado por mi compadre querido, Freddy Puerta “el Cuchillo”, y un mensaje: “Compadre, póngale la cantidad que necesite y después que salga hablamos”. No recuerdo cuál cantidad le puse al cheque, pero mi compadre nunca me permitió que le hablara del asunto. Sí recuerdo que lloramos juntos la vez que me fui a su casa, ya operado y restablecido, a cantarle mi canción *Vivencias*, que también es un poco de él, de mi mujer, de mis hijos, de mi pueblo.



Adelis Fréitez y Freddy Puerta, “el Cuchillo”: “Compadre, póngale la cantidad que necesite y después que salga hablamos”.

La extremaunción

In articulo mortis.

LOCUCIÓN LATINA

Durante mi estadía en el Hospital Universitario me visitaba mucho un sacerdote y me pedía que me confesara. Yo le pedía que me disculpara pero no me sentía con ánimo para hacerlo. El hombre insistía, al extremo de que un día envió a otro sacerdote más joven a tratar de convencerme. Le dije que yo me había confesado una sola vez en mi vida, cuando hice la primera comunión, siendo apenas un niño: “No me confesé ni cuando me fui a casar. Por cierto, el cura que me casó se me puso bravo y me dijo que no tenía buenas intenciones en mi matrimonio”. Pero el señor cura del Hospital Universitario insistía en confesarme y, cuando faltaba un día para operarme, me llegó de nuevo: “¿Qué has pensado de la confesión?”. “¡No, padre, discúlpeme pero, de verdad, no quiero confesarme!”, le respondí amablemente. “¡Entonces me tienes que permitir que haga algo contigo!”. Me hizo la señal de la cruz en el aire, cerró los ojos y dijo con mucha solemnidad:

“Dios reciba en su seno el alma de este cristiano si mañana la operación que le van a practicar no llegara a ser un éxito”.

La operación fue un éxito. A los diez días ya estaba saliendo del hospital. Como a los tres meses estaba en mi casa, comiendo, cuando veo en el noticiero de televisión algo que me dejó frío. El señor cura, que insistía en confesarme, fue acusado de traficar con drogas y lo llevaba la policía, detenido. Nunca supe si era culpable o no, pero esto que estoy contando aquí puede ser un reflejo de la descomposición social y moral de la cual no se ha escapado ni nuestra madre Iglesia católica.

Compañero de caminos

*Su canción, tan necesaria y solidaria,
recia como una avalancha
y tierna cual la oración
de Mama Pancha.*

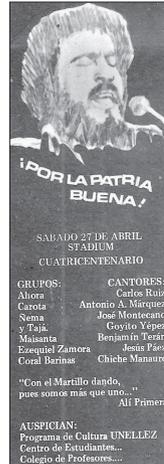
ADELIS FRÉITEZ

Ya totalmente reestablecido de mi enfermedad, me incorporé al grupo Carota, Ñema y Tajá. Estábamos grabando nuestro tercer disco, donde está “El espanto” y “Los dos gavilanes”, que se convirtieron en sendos éxitos nacionales, cuando nos sorprendió la noticia de la muerte de Alí Primera. Fue una gran pérdida para nuestro movimiento La Nueva Canción Venezolana. Con su partida, se demostró que no estábamos tan organizados como creíamos. Al principio, se organizaron muchos actos en homenaje a su memoria pero, después, lo fueron olvidando, y muchos de los cantores se fueron apartando del compromiso, ya nadie habla de la nueva canción venezolana, el festival de La Canción Bolivariana no se volvió a realizar. Los partidos políticos utilizan su canto para sus propios intereses y no hay, en realidad, un análisis serio del contenido filosófico y unitario de su canto, que siempre estará vigente mientras existan las injusticias y las luchas esperanzadoras del pueblo por lograr mejores derroteros. Para él escribí esta canción, la cual fue grabada en 1985, para el álbum *Yacambú*, de Carota, Ñema y Tajá:

Compañero de caminos

Compañero de caminos,
no se vaya todavía.
Quiero pedirle un favor.
Guárdeme, allí en su maleta,
unas cositas que voy
a mandarle a papá Dios,
y también a los cantores
que adelantaron camino,
lléveles, en una canción,
las promesas de su pueblo
que no ha de olvidar el canto
por la vida y el amor.

Llévele al Dios poderoso
y a su corte celestial,
la arepa de mai jojoto
que es de los dioses, el pan;
la tonada de Simón,
la canción de Luis Mariano.
Llévese una en cada mano
y me deja su canción,
su canción tan solidaria
y necesaria,
recia como una avalancha
y tierna cual la oración de Mama Pancha,
la agüita dulce del cerro de Galicia,
el canto de un cardenal,
y llévele a las estrellas
las muñecas de Zobeida
pa que aprendan a jugar.
Y váyase cantandito,
por el verde caminito, aquel
que un día las lluvias de mayo
le florecieron la piel.



Alí Primera: “Al canto le doy la vida
y el canto me da la vida para vivirla cantando”.

Dos gallos de pelea

*Y parece que el cantío
va señalando el camino
hacia una nueva alborada.*

ADELIS FRÉITEZ

En uno de los actos en homenaje a Alí Primera, realizado en el Instituto Pedagógico Experimental de Barquisimeto, los estudiantes se llevaron para el auditorio dos jaulas donde estaban encerrados sendos gallos que simbolizaban, el pinto, a don Pío Alvarado y el otro, el colorao, a Alí Primera. Viendo aquellos gallos cantando en forma retadora, se me ocurrió esta canción para recordar y homenajear de alguna manera a estos dos cultores populares que se quedaron para siempre en el corazón del pueblo, don Pío Alvarado y Alí Primera, y que fue grabada por el grupo Carota, Ñema y Tajá, para el álbum *Yacambú*:

El pinto y el colorao

Golpe larense

El pinto y el colorao
no han dejado de cantar,
no han dejado de cantar,
porque el pueblo sigue manso
y lo volvieron a engañar,
y lo seguirán arriando
mientras no sea montaraz.

Y no es la primera vez
que el pueblo queda desecho,
que nadie se “ponga arrecho”,
ya lo dijo Alí Primera,
que la mayor grosería
es usurpar sus derechos.

Canta, canta, gallo pinto,
y no dejes de cantar,
que no calle tu requinto,
¡ay, laralará!,
que en tierras de Curarigua
las siemprevivas están
y florecen trinitarias
en tierras de Paraguaná.

Cuando canta el colorao
a punta e la madrugada,
se despierta la peonada,
y parece que el cantío,
¡ay, larala!,
va señalando el camino
hacia una nueva alborada.

¡Canta, canta, gallo pinto,
y no dejes de cantar!

También incluimos en el álbum *Yacambú* un merengue que escribí con la intención de rendir homenaje a dos grandes de la música larense, don Pío Alvarado y don Pablo Canela, autores de “El gavilán trabalenguas” y “El gavilán tocuyano”, respectivamente:

Los dos gavianes

Merengue larense

En las curvas de San Pablo
casi llegando a Carora
se formó la sampablera:
Tenían una discusión
el gavilán de don Pío
y el gavilán de Canela.

¡Ay, gavilán, trabalenguas!
¡Ay, gavilán, tocuyano!
¡Pío Alvarado y Canela
se dan la mano!
¡Gavilán, que pío pío!
¡Gavilán, que tao tao!
Con su pico amarilerilerillo,
con su pico rosaledaadao

El gavilán del Tocuyo
le dijo al de Curarigua:
“Hace calor en Carora,
que los matos se protegen
con la sombra de los chivos
y cargan su cantimplora”.

El gavilán trabalenguas
le respondió al del Tocuyo
de una manera muy clara:
“Los tocu tocu yaledaledanos
van tomados de la mano
como hermanedaledanos

con su cántaro birano
tamunangueándole y dándole
por todiquitiquitiqui quiquitiquitico
el estado Lara”.

Nosotros sí cumplimos

El deber de una persona está allí donde es más útil.

JOSÉ MARTÍ (1853–1895)

POLÍTICO, ESCRITOR, PERIODISTA, FILÓSOFO Y

HÉROE NACIONAL DE CUBA

En el año de 1985, fuimos seleccionados por una comisión organizadora para asistir al XII Festival de la Juventud y los Estudiantes, en la ciudad de Moscú. Hacia allá viajamos con una delegación de artistas venezolanos, entre ellos Los Guaraguaos, el grupo Ahora, Esperanza Márquez, José Montecano, hermano de Alí, Cheo Hurtado y el poeta Acosta Márquez, entre otros. Hicimos un gran trabajo artístico, más no se puede decir lo mismo de algunos que fueron con un objetivo político, pero no hicieron el trabajo, por el contrario, torpedearon y estorbaron. Algunos se dedicaron a turistar y otros, como Carlos Tablante, quien después de haber disfrutado por diez días del festival, logró dejar en algunos lugares del hotel unas hojas volantes donde denigraba del gobierno de Moscú. Decía que no se respetaban los derechos humanos y otras cosas que nosotros, los venezolanos, no aprobábamos, y en una reunión urgente realizada en el hotel, acordamos reclamarle al señor Tablante tal actitud, pero no lo encontramos por ningún lado. Se había ido a otro lugar de Europa, mientras un político, militante de su partido en Venezuela, declaraba y publicaba en el *Diario 2001*, a ocho columnas: “Tablante expulsado de la URSS”. Allí se vio la maniobra de Tablante que, como todo politiquero, le quiso sacar provecho a la situación, para luego aparecer como un mártir que había sido expulsado de un país socialista por “valiente” y por decirles la verdad en su propia casa.

Realmente le salieron muy mal las cosas, porque ni siquiera fue tomado en cuenta por el gobierno soviético. A los pocos días, apareció

Tablante en Venezuela y, por supuesto, aquí tampoco fue tomado en cuenta, como no fuera para llamarlo “Bablante”, tal como lo hacía el diario *El Nacional*, que para la época era otra cosa y no el pasquín que es ahora, cuando se refería a este gris personaje de la política venezolana que con el tiempo y como el pueblo olvida todo, llegó a ser gobernador del estado Aragua, haciendo una pobre gestión muy cuestionada por el pueblo.



Carota, Nema y Tajá en Moscú.

Otros viajes

También con el grupo Carota, Nema y Tajá fuimos a Brasil en dos ocasiones; a Guyana; a Corea del Norte, al festival Abril en Primavera; a París, al festival *La Fête de l'Humanité*; a Ginebra, Suiza, invitados por la AVES, Asociación de Venezolanos en Suiza; a Washington, a la sede de la Organización de Estados Americanos; a Puerto Rico, a celebrar el aniversario de la Independencia de Venezuela. De paso por La Habana, Cuba, asistimos a un concierto de Pablo Milanés, conversamos largo rato con él, nos habló de la firmeza y la convicción del pueblo cubano, ante el inhumano bloqueo al que ha sido sometido durante años por parte del gobierno de los Estados Unidos de Norteamérica, y de la convicción inquebrantable del pueblo cubano

por defender su revolución. La experiencia en Corea del Norte fue realmente un gran aprendizaje. Nueve conciertos en los teatros más solemnes de aquella ciudad, con una cultura totalmente distinta a la nuestra. Allí logramos impactar al público porque nos aprendimos una canción en su idioma, la cantábamos todas las noches y todos se levantaban para aplaudirnos. Pero también aplaudían con mucha fuerza cuando cantábamos *El golpe tocuyano*.



Carota, Nema y Tajá en Pyongyang, Corea del Norte.

La alegría festiva de nuestro canto era algo sorprendente e innovador para ellos, tan acostumbrados a su música solemne y formal. La canción a que me refería se llama “Manse, Manse”, lo cual se traduce como “Viva, Viva”, y está dedicada a Kim Jong-il, hoy en día presidente de Corea del Norte, hijo de Kim Il-Sung, quien, para la fecha, era el líder de ese lejano país del continente asiático.

El Caracazo

*... y por salir a la calle,
nos llamaron saqueadores.*

ADELIS FRÉITEZ

Regresamos a Venezuela y estábamos siempre de gira por todo el país. En una ocasión, veníamos de Maracaibo, de realizar un concierto en

una empresa privada. Nos paramos en un restaurante de la carretera y vimos en la televisión los hechos de saqueo ocurridos en Caracas, apenas a un mes de haberse instalado, por segunda vez, el gobierno de Carlos Andrés Pérez, con un descomunal despliegue de lujos y con invitados del mundo entero, para luego decir que recibió un país en total quiebra y caer de rodillas ante el Fondo Monetario Internacional.

Fueron hechos muy violentos y dolorosos que ocurrieron simultáneamente en muchos lugares del país. El pueblo se lanzó a las calles a protestar, cansado de tantos atropellos y abusos por parte de los especuladores que, en complicidad con el gobierno, escondían los productos de primera necesidad para luego especular de la manera más inmisericorde. Aquella protesta se les escapó de las manos a todos, produciéndose la anarquía total que se tradujo en actos de saqueo, de la que se aprovecharon también los delincuentes y, de inmediato, se produjo la orden gubernamental de controlar la situación con la más brutal represión que dejó una gran cantidad de muertos. Nunca se sabrá el número exacto, porque fueron enterrados en fosas comunes, en un tétrico lugar del Cementerio General del Sur llamado La Peste. Se habla de más de tres mil compatriotas asesinados.

A los pocos días estábamos en la capital, en la plaza Caracas, en un acto solidario con las víctimas del 27 de Febrero de 1989. Alguien, en un arranque de rabia e impotencia, se subió encima del capó de un carro e improvisó un encendido discurso donde expresó entre otras cosas: “Por salir a defender lo nuestro, nos llamaron saqueadores. Saqueadores son ellos, que tienen más de cuarenta años robando al país”. Con aquella expresión, dicha por aquel hombre, nació esta canción, como han nacido muchas que vienen del alma noble y dolida de nuestros pueblos. Fue grabada por Carota, Ñema y Tajá para el álbum *A paso firme* y, también, por el grupo Viva Venezuela:

El gran saqueo

Golpe larense

El gran saqueo comenzó
mucho antes del 27,
y a este pueblo por zoquete,

le dieron plomo parejo,
miseria y plan de machete.

Así comienza la historia
de la nueva Venezuela,
donde quedó demostrado
que el pueblo aguanta callado
pero al final se rebela.

No pudimos aguantar
el abuso de los acaparadores,
y por salir a la calle
nos llamaron saqueadores.
Saqueadores son aquellos que robaron
hasta que les dio la gana,
y le alcanzó pa ellos
y hasta pa las barraganas
y el tesoro nacional
se quedó en la carraplana.

Le tocaron cacerola,
el hombre no renunciaba,
y a punto e la madrugada,

entre rumores y bolas,
surgieron dos asonadas.

Con su figura imponente
surgió el comandante Chávez
y allí se paró de frente,
pero algo quedó pendiente
y todo el pueblo lo sabe.

Con el nuevo despertar,
el pueblo venezolano
ya no quiere más tiranos,

y está dispuesto a luchar
con la justicia en la mano.

Con la justicia en la mano,
nos pararemos de frente
y escribiremos la historia,
de un pueblo lleno de gloria
con un gobierno decente.

Sardinas golperas

*El que se para de frente
es el que escribe la historia.*

ADELIS FRÉITEZ

A partir de aquellos días se escuchaban rumores por todas partes. Se hablaba de que en cualquier momento podía ocurrir un golpe de Estado. Para ese tiempo, teníamos un local llamado La Cueva del Espanto, donde asistía mucha gente a bailar tambores y a escuchar nuestras canciones, porque allí actuábamos todos los sábados y, algunas veces, hasta los domingos. Allí conocimos a algunos militares que iban muy seguido y nos decían: “¡Tengan cuidado, no se alejen mucho, miren que en cualquier momento aquí en Venezuela puede ocurrir algo!”.

Y, en efecto, el día 4 de febrero de 1982, “Amaneció de golpe”, como se llamó una película que, al tiempo, llegó por ahí. “Un tal Hugo Chávez acaba de rendirse. Ese se jodió, fácil se ganó treinta años de cárcel”, escuché a un señor gordo y sudoroso comentar en el abasto de los chinos, mientras llenaba el carrito con todo lo que conseguía, lo que denotaba que hacía compras nerviosas. Yo también compré unas cuantas sardinas y, después, cuando las íbamos a comer, en mi casa decíamos: “Si no hay más nada, comeremos *sardinas golperas*”.

Veíamos en televisión, una vez que pasaron el susto, a los políticos de siempre haciendo su *mea culpa* y pidiendo perdón, pero a los pocos días se les olvidó el susto y seguían con la misma actitud delincuencial

con que se destacaron durante más de cuarenta años. Pensando en ellos, escribí este tema, grabado por Carota, Nema y Tajá para el álbum *Garimpeiros*:

El golpe que ya usted "Chave"

Golpe larense

Tiembla la tierra y el cielo,
la democracia se acaba
y a punta e la madrugada
muchos salieron corriendo
buscando las embajadas.

Pero al llegar la mañana
se fueron para el congreso
a darse golpes de pecho:
"¡No se preocupen, señores,
porque ya el hombre está preso!".

Coro

Esto se veía venir
por culpa de este paquete,
un viajero dirigente
con un país al garete.
"Ni una cosa ni la otra,
sino todo lo contrario".
Y este fondo monetario
que nos dejó en bancarrota.

Parece que al "indio malo"
le iban a faltar los palos
para colgar en las plazas
a los corruptos que mancharon
nuestra hermosa democracia.

Si no corrigen el rumbo
oposición y gobierno,
después del susto pasado
que se vayan al infierno
y que los perdone el diablo.

Aquí termino, señores,
con este golpe altanero
que le dedico a mi pueblo.
“Por ahora” me despido
y, si me dejan, yo vuelvo.

Y “por ahora” es prudente
no andar cantando victoria
porque algo quedó pendiente,
y el que se para de frente
es el que escribe la historia.

Este golpe lo grabamos a los pocos días de ocurrido el golpe de Estado dirigido por el teniente coronel Hugo Chávez Frías, quien estaba preso en la cárcel de Yare, durante el segundo período de Carlos Andrés Pérez. Lo cantamos por primera vez en el Teatro Juárez, un primero de mayo. La gente se alborotó y comenzó a gritar: “¡Chávez! ¡Chávez! ¡Chávez!”, y nos decían que lo repitiéramos, mientras yo le decía a “Tico”, que lo tenía a mi lado en el escenario: “¡Coño, chamo, nos jodimos! ¡De aquí salimos a acompañar a Chávez a Yare!”.

En honor a la verdad, nadie nos molestó. Seguimos cantando “El golpe que ya usted ‘Chave’” y participando en todos los actos a los que nos invitaban para respaldar a esos dignos hombres y mujeres que, de alguna manera, dieron una campanada de alerta a nuestro pueblo que por primera vez vio a un hombre pararse de frente y hacerse responsable de sus actos a riesgo y, como lo dijo el señor de “las sardinas golperas”, ganarse treinta años bajo la sombra. En la Universidad Pedagógica de Barquisimeto se realizó un acto solidario para con los militares presos, allí cantamos con fuerza y decisión y, de paso, le enviamos un disco a

Chávez con la esposa de Arias Cárdenas. Le escribimos una dedicatoria donde le expresábamos nuestra solidaridad. Nunca supimos si lo recibió.

Así como “eschavetao”

El país continuó convulsionado por mucho tiempo. Yo tenía, para ese tiempo, un programa de radio en la emisora Estudio 97 FM, porque soy locutor desde hace muchos años, y mi número es 17.310, por si acaso. Tenía una sección que se llamaba *La copla que el viento sopla* donde, todos los días, leía los versos que escribía sobre la situación del país. Hasta que un día me llamó el director de la radio y me prohibió que continuara diciendo las coplas “... porque en Caracas cerraron YVKE Mundial. Y no quiero que ocurra lo mismo con nosotros”. A partir de ese momento renuncié a esa emisora. Tiempo después trabajé en televisión, durante un año, con el programa *Sembrando un canto* por el canal Niños Cantores Televisión.

La copla que el viento sopla

Para esos días se anunciaba que José Vicente Rangel presentaría en su programa de televisión *José Vicente Hoy*, una entrevista exclusiva que le había realizado a Chávez desde su prisión en Yare, en la cual seguramente expresaría las razones de su alzamiento militar y muchas otras cosas que el acucioso periodista trataría con él. Todos estábamos ansiosos porque llegara el domingo, pero no fue posible: una vez más se impuso la censura.

Nos jugaron “camunina”, no vimos ni la boina

El domingo en la mañana
estábamos muy pendientes
de ver a José Vicente
y su famoso programa.

Nos quedamos con las ganas,
nos jugaron “camunina”
con este nuevo desplante,
pues no vimos ni un instante,
ni siquiera la boina
del famoso comandante.

A este “poeta ramplón”
lo dejaron embarcao,
y el derecho de expresión
se quedó en esta ocasión
así como “eschavetao”.

La verdad como bandera

Con la verdad, ni ofendo, ni temo.

JOSÉ GERVASIO ARTIGAS (1764-1850)

PRÓCER NACIONAL URUGUAYO

Tiempo después me incorporé a Radio Minuto FM, donde trabajé por un tiempo, pero de nuevo me vi en la necesidad de renunciar porque no tenía libertad para expresar mis ideas. A partir de aquel momento decidí retirarme de la radio, una actividad que me apasionaba y que la hice con amor, tratando de mantener un punto de equilibrio y un criterio propio, sobre todo sembrar en el oyente la autoestima, los valores relacionados con la música y las tradiciones de nuestro país.

Esta última renuncia originó una carta que dirigí al dueño de la emisora, un buen amigo que, dejándose arrastrar por esas pasiones políticas, me llamó en pleno programa y me prohibió radiar una de mis canciones más queridas. Se trata de “Cuando estaba muchachón”. A partir de aquel momento me retiré. He recibido algunas ofertas de otras emisoras para que regrese pero he preferido esperar un poco. Esta es la carta que escribí en dicha ocasión:

Freddy Andrade Alvarado

Apreciado amigo:

Recibe saludos cordiales y afectivos. Con la presente te estoy comunicando mi decisión de no continuar realizando el programa *Sembrando un canto*. Pero, antes de exponer la razón de mi renuncia, te quiero agradecer la confianza y la oportunidad que me brindaste de hacer un trabajo por más de tres años que, para mí, tan solo se planteó el objetivo de hacer una comunicación honesta y afectiva con el pueblo, para quien he escrito todas mis canciones. Y, porque creo en la libertad que todos tenemos de expresar nuestras ideas que, para mí, la más representativa y hermosa es, a través de mis canciones y con la agrupación Carota, Nema y Tajá, con la cual he viajado por muchos pueblos del mundo, sin que nadie jamás se hubiera atrevido a cuestionarlas porque llevan la verdad como bandera.

Por lo que me expusiste, vía telefónica, el día 14 de agosto de 2004, cuando cuestionaste y agrediste a una de mis canciones más queridas, “Cuando estaba muchachón” y, de paso, me prohibiste radiarla por tu emisora; me considero agredido en lo más hondo de mis principios, los cuales no traicionaré porque, para mí, los valores morales tienen más importancia que cualquier otra cosa en la vida y, para mi mayor fortuna, los he llevado con respeto y dignidad. Por esta razón, he tomado esta decisión, que espero no afecte nuestra amistad, porque no soy hombre de rencores, no guardo odio en mi corazón para nadie y siempre estoy presto a perdonar las ofensas que, a veces, llegan en cualquier momento gris de nuestra existencia.

Sin más por los momentos me despido.

Atentamente:

Adelis Fréitez

Se soltó el diablo

*El diablo ha firmado un acta
con el rey del manicomio
para imponernos el ALCA,
¡Alcahueta del demonio!*

ADELIS FRÉITEZ

Pasó algún tiempo, vinieron nuevas elecciones, Chávez fue indultado y se lanzó a la contienda electoral, logrando asirse al poder sobre la promesa de realizar cambios profundos, romper con la oligarquía, y

luchar de frente contra el neoliberalismo. En eso anda, mientras el país observa y algunos medios de comunicación toman una actitud totalmente parcializada negando las virtudes del nuevo gobierno y magnificando los desaciertos.

Se anuncia la constituyente, se llama el pueblo a votar, la mayoría la quiere y la aprueba, mientras los políticos de oposición lanzan una arremetida contra el proyecto constituyente, al extremo de que, en Barquisimeto, en una evidente manipulación, y rompiendo con una tradición de más de ciento cuarenta años, se trajeron a la Divina Pastora, por segunda vez en el año 2001, desde el pueblito de Santa Rosa a la catedral de nuestra ciudad para pedirle que, con su bendición, evitara el peligro de que fuera aprobado un supuesto artículo que legalizaba el aborto. El presidente, mientras tanto, pronunciaba en cada acto encendidos discursos donde decía que el diablo se había soltado y andaba metido entre sotanas. A propósito de esta situación, compuse este golpe, que fue incluido en el álbum *Del pueblo traigo la voz*:

Se soltó el diablo

Golpe larense

Coro

El país está revuelto,
los tiempos están cambiaos.
Dicen que el diablo anda suelto
y se le mete al más pintado.
Y parece que es verdad,
porque se le puede ver,
es el propio Lucifer
tocando su palangana,
metido entre camaleones,
uniformes y sotana.

El diablo ha firmado un acta
con el rey del manicomio,
para imponernos el ALCA,
¡Alcahueta del demonio!

El ALCA es la “camunina”
del gobierno americano,
para dejar en la ruina
a nuestros pueblos hermanos.

Quieren llegar al gobierno
entre golpes y porrazos,
van derecho al infierno
entre fracaso y fracaso.

Están tan desesperados
que van dejando el pelero.
Quisieron hacer un paro
y pararon el patero.

En medio de esta diablera
están los medios metidos.
¡Medios de la jinetera
al servicio de un partido!

Pero el proceso del pueblo
no hay nadie que lo detenga
¿Para qué quiere los medios
si cuenta con Radio Bemba?

Tan jodiendo a Chávez

Vinieron nuevas convulsiones políticas. Los medios seguían manipulando en una forma descarada. Nunca más volví a comprar la prensa y opté por escuchar la Radio Nacional y ver VTV, canal 8. Llegó el fatídico día 11 de abril de 2002. En mi casa no nos apartamos del televisor. Mi mamá, que para esa época ya vivía con nosotros con sus ochenta y pico de años y su lucidez un poco extraviada por la edad misma, se daba cuenta de todo lo que estaba pasando y me dijo: “Llévame a dormir...”. “¡Tan jodiendo a Chávez!”. Y, en efecto, ese día lo tumbaron, pero a los dos días ya estaba el presidente de nuevo

en Miraflores. Mientras tanto, yo seguía escribiendo canciones que quizás nunca se grabarán, porque los acontecimientos ocurren tan rápido que una situación le quita vigencia a otra y, así mismo, pierden vigencia algunas canciones. En tal ocasión escribí un tema que fue grabado por mí y que incluimos en el álbum *Vivencias y canciones*:

Cosas veredes...

Golpe larense

¿Cómo vamos a saberlo
si es mentira o es verdad,
si en la noticia y los medios
ya viene mediatizá?
Se alborotó el avispero,
se revuelve la nación,
tiemblan la tierra y el cielo,
el pueblo en un desconsuelo
porque un sueño se perdió.
Pero este pueblo valiente,
al día siguiente,
su gran sueño rescató.

Estos son fines de mundo,
¿quién lo creyere?
Le dijo el Quijote a Sancho
“¡Cosas veredes!”.
Ladran los perros
al paso e’ la caravana,
y murmuran las paredes.
Y el pueblo, que no es pendejo,
mira y espera,
porque sabe lo que quiere.
¿Cómo vamos a saberlo
si es mentira o es verdad,
si defiendes al obrero
o lo quieres explotar?

¡Oye tú, sindicalero,
bien clarito se- te- ve
que tienes mala intención!
Te abrazas con el obrero
y lo vendes al patrón.
¡Dos perros y un mismo hueso!
¡El mismo queso
para el gato y el ratón!

¿Cómo vamos a saberlo,
si es mentira o es verdad,
si hasta al mismo papá Dios
lo quieren politizar?

Lo del cura, pa la iglesia,
lo de Cristo, pa el altar,
al pueblo lo que es del pueblo,
al César lo que es del César,
no lo deben olvidar.

Cada quien por su sendero,
¡Dios justiciero,
ya no basta con rezar!

Radio Bemba

Quien domina la comunicación, domina al mundo.

OMAR VILLALOBOS

COMUNICADOR Y CONFERENCISTA

Hay desinformación total, pero el pueblo puso en práctica una forma de comunicarse que se llama Radio Bemba. Por ella nos enteramos, mi esposa y yo, estando en Las Cuibas, de que la situación había cambiado. Se decía que Chávez no había renunciado. Serían las cuatro de la tarde de ese día, 13 de abril de 2002, cuando nos vinimos para la

plaza Bolívar de Barquisimeto y, como a las diez de la noche en plena plaza Bolívar, nos abrazamos y lloramos de emoción porque Chávez había regresado. Una vez más se cumplió lo que dice una canción nuestra:

Radio Bemba

... Pero el proceso del pueblo
no hay nada que lo detenga.
¿Para qué quiere los medios,
si cuenta con Radio Bemba?

Cómo nace una canción

*Virgencita, ¿y esta canción tan bonita la hice yo?
¿Tú como que me estás soplando?*

OTILIO GALÍNDEZ (1935 - 2009)

POETA Y CANTAUTOR VENEZOLANO

Todas las canciones que he compuesto tienen alguna razón de ser, siempre hubo un motivo. No me gusta escribir por escribir, pienso que uno nace con algo por dentro que le permite sincronizarse con el universo donde están flotando las notas musicales, y el que las logra armonizar puede hacer una buena canción. Por ejemplo, el gran compositor Otilio Galíndez decía que, cuando hacía una canción y le quedaba bonita, se sorprendía tanto que creía que era producto de alguna inspiración divina y le decía a la Virgen, de la cual era muy devoto: “Virgencita, ¿y esta canción tan bonita la hice yo? ¿Tú como que me estás soplando?”.

Y es así. Algo parecido me pasa a mí. Muchas veces, cuando termino de hacer una canción, pasa algún tiempo y la estoy revisando, me sorprende y pienso: “Coño, ¿esto lo hice yo?”. No me acuerdo en qué momento se me ocurrió ni cómo empecé a escribirla. Creo que uno pasa por un estado de cierta inconsciencia, no sé qué es, pero me ha pasado con muchas canciones que me han quedado bonitas

y que, al poco tiempo, el pueblo las anda tarareando por ahí. Eso es realmente una gran satisfacción.

Pero también el compositor Eduardo Serrano, autor de *Barlovento*, la “tierra ardiente y del tambor”, decía que no creía en eso de la inspiración, que nadie se transportaba a otro plano para escribir una canción: “Simplemente es una idea que te llega y tú la desarrollas”. Y también dijo que no conocía esa “tierra ardiente y del tambor” cuando le hizo ese sabroso merengue.

En una ocasión, le pregunté a “Chelique” Sarabia si todas sus canciones eran producto de sus vivencias y él me respondió: “¡No, vale! ¡Ya yo me hubiera muerto de tanto sufrimiento! Muchas de mis canciones tienen una buena carga de fantasía”. También el maestro Simón Díaz dijo en una ocasión: “Las canciones andan como flotando en el éter y el que las agarre, son de él”. Total que hay ciertas contradicciones entre los hacedores de canciones.

Pero como de todo hay en la viña del Señor, existen unas especies de “máquinas de hacer versos”. Por esa razón hay tantas canciones vacías de contenido y hasta ofensivas de la dignidad de la mujer. Les cuento que en una ocasión una señora quería que su hijo fuera poeta y lo llevó hasta un “instructor de poetas” para que lo enseñara; con la mala suerte de que este era una de esas máquinas y solamente le interesaba sacarle unos reales a la doña. Se llevó el muchacho para su casa para darle las clases y hacerlo un gran poeta. Al cabo de unos días se lo entregó y le dijo: “¡Ya el muchacho está listo! ¡Ya sabe rimar muy bien, sabe hacer sonetos, décimas y todo lo que a poesía se refiere! ¡Tiene usted un hijo poeta! ¡Quiero que vayamos al campo para hacerle una demostración!”. Y así lo hicieron. Estando en el campo, lo primero que vieron fue unos pajaritos revoloteando sobre el nido. El poeta le dice al niño: “Yo comienzo el verso y tú lo terminas. Vamos a hacer una cuarteta en forma de pregunta”:

¿Qué hará aquella palomita
volando sobre su nido?”

A lo que el niño responde:

“O será que está culeca,
o será que no ha ponido”.

Se fueron llorando

*Y Chelena estaba allí,
preparando su morral,
pa llevar el tamunangue
a la corte celestial.*

ADELIS FRÉITEZ

A Chelena y a Ítalo los unieron el amor y la música. Ella era hermosa y cariñosa, fue la reina del folclor porque ganó, por su gracia y con su voz, el Festival Folclórico de Barquisimeto, además, porque nació princesa. Él, en cambio, era bohemio, alegre, serenatero y músico por herencia y excelencia, sobrino de don Pablo Canela. Yo pienso que se quisieron mucho porque se repitieron en sus dos hijos. Ver juntos a Andy y a Carmen Elena, es como decir: “¡Ahí están de nuevo Ítalo y Chelena!”. Los conocí y los admiré, disfruté mucho de aquel su famoso gavilán:

¡Mi gavilán! Me vine desde El Tocuyo,
¡mi gavilán! en un solo carrerón,
¡mi gavilán! y me traje el tamunangue,
¡mi gavilán! dentro de mi corazón.

A Ítalo y a Chilena los separó para siempre una absurda y terrible tragedia...

Se fue llorando

Se fue llorando la princesa
camino a la eternidad,
y el pueblo que nunca vio
en sus ojos la tristeza,

te pide, linda princesa,
seca tu llanto y no llores más,
porque al mismo papá Dios
lo vas a hacer llorar.

En sus manos, un capullo,
en el pecho, una canción,
se vino desde El Tocuyo
en un solo carrerón,
y se trajo el tamunangue
dentro de su corazón,
para enseñar a los niños
el valor de su folclor.

Que nadie vista de duelo
porque la princesa está
con los ángeles del cielo
y les enseña a bailar.
Mientras les canta don Pío
tamunangue sin parar,
porque tiene la garganta,
llena de margaritás.

El Seis Figuriao quedó
preguntándole a La Bella:
“¿Qué le ha pasado a la reina,
que ayer vino y no bailó?”
Y Chelena estaba allí
preparando su morral
pa llevar el tamunangue
a la corte celestial.

A nadie pido clemencia

En una ocasión estaba en Ascardio, un centro médico de atención coronaria, haciendo ejercicios de rehabilitación, cuando de repente un compañero al que le decíamos Juanito por cariño, dijo una frase que me pareció simpática: “A nadie pido clemencia, porque yo tengo la mía”. Por una de esas extrañas casualidades de la vida, ese mismo día me tocó ir a Las Cuibas, y en una redoma que está entre Cuara y Quíbor, estaba parada una muchacha que me hizo una señal para que le diera la cola. Resultó ser una de esas maestras heroínas que se valen de todos los medios posibles para llegar a su escuela. Durante el transcurso del viaje íbamos hablando de no sé qué cosas de poca importancia, cuando le pregunté, por simple curiosidad nada más: “Y tú, ¿cómo te llamas?”. Me respondió con un aire de indiferencia: “Clemencia”. Esa feliz casualidad me dio la idea para escribir un aire larense que al tiempo grabamos Carota, Ñema y Tajá con Serenata Guayanesa.

Tiempo después se me acercó un joven músico, creo que era percusionista, y me lanzó una pregunta, así, como a quemarropa. Más que una pregunta era como una acusación: “¿Tú le hiciste una canción a mi mujer?”. “¿Y quién es tu mujer?”, le pregunté con curiosidad. A lo que respondió, mirándome fijamente: “¡Clemencia!”. Yo pensé pa mis adentros: “¡Este lo que está es celoso!”. Y le dije: “¡Sí, pero no te preocupes, los poetas a veces jugamos un poco con la fantasía, y tú debes saber muy bien lo que tienes!”. Fue grabado por Carota, Ñema y Tajá con el grupo Serenata Guayanesa para el álbum *10 años a cielo abierto*.

Clemencia

Golpe larense

A nadie pido Clemencia,
porque yo tengo la mía.
Es una negra que tiene
en su carita encendida
ojitos de coneja asustá,
boquita acaramelada,
naricita respingada,

sonrisita de cristal,
que se quiebra en su boquita
cuando la voy a besar.
Cuando le pido un besito
nunca me dice que sí.
Lo que pasa es que no quiero
que se diga
que me gusta presumir.
Pero yo sé que esa negra
se está muriendo por mí. (bis)

¡Clemencia, dame tu amor!
¡Ten clemencia, vida mía,
porque me vas a matar!
¡Sálvame de esta agonía!
Porque cuando te miro pasar,
boquita acaramelada,
naricita respingada,
sonrisita de cristal,
si no me tienes clemencia
conmigo vas a acabar.

Te vengo a pedir, Clemencia,
lo que siempre me has negado.
No es perdón lo que te pido
porque no estoy derrotado.
Lo que yo a ti te quiero pedir,
boquita acaramelada,
naricita respingada,
sonrisita de cristal:
¡Que me des por fin, Clemencia,
lo que no me quieres dar!

Cantan con arrechera

*Rabia y ternura estimulan
mis ganas de combatir.*

ALÍ PRIMERA

Cuando llegó Alí Primera haciendo el llamado a los grupos culturales a participar en el Festival de la Canción Bolivariana, hubo una gran respuesta de los barrios. Realmente “el Panita” tenía un gran poder de convocatoria y, donde se anunciaba su canto, esos escenarios repletos de pueblo nos transmitían tanta energía que, al terminar la actividad en altas horas de la madrugada, nos quedábamos reunidos, planificando la siguiente y ahí estaban los grupos culturales, evaluando y participando activamente.

Entre esos grupos se destacó, por su disciplina y organización, el Curare, muchachos y muchachas muy jóvenes que aparte de que cantaban como “ángeles irreverentes de la creación”, estudiaban, organizaban, discutían sobre marxismo, participaban en las reuniones, opinaban, también se montaban en las tarimas y con sus canciones nos refrescaban el ambiente que, a veces, dejaban encendido “el Gordo” Páez o Carlos Ruiz y otros cantores que “cantan con arrechera”, como decíamos, “pero se les ve la ternura”, agregó alguien.



Carlos Ruiz, profesor universitario y cantor: “Cantan con arrechera”.

Entre los chamos y chamas del grupo cultural Curare, estaba una muchacha flaquita, pequeñita, diminuta, pero activa e inquieta como una abejita. Una noche estábamos todos en el teatro Óscar Martínez. Ese teatro estaba que se reventaba de pueblo. Me la encontré solita en un camerino; estaba llorando. Le pregunté, hablándole como toñequeando a una hija: “¿Qué me le pachó a mi muchachita? ¿Quién me la hizo llorar?”. Me miró con un dejo de tristeza y, con sus ojitos aceitunados e inundados por las lágrimas, me respondió: “¡No, no es nada, ya se me pasó!”. Se secó sus lágrimas con las manos y salió rapidito, como la abejita, a seguir llevando el néctar de su ternura a los que a veces nos poníamos malcriados, y discutíamos por tonterías con los compañeros de luchas y de cantos.

Pasaron muchos años, no volví a saber de la pequeña abejita. Una noche, estábamos dando un concierto en un teatro en Maracay. Como es nuestra costumbre, cuando terminamos los conciertos, nos quedamos hablando con la gente que se nos acerca. Ahí la encontré de nuevo. Como siempre, con su mirada noble limpia y tierna. Pero esta vez no estaba sola, andaba con sus dos hijas, bellas como ella, y me dijo que su esposo no pudo venir al concierto porque estaba trabajando. Se había casado con uno de los compañeros del grupo Curare. Para ella compuse esta canción, hasta ahora inédita:

Lisbeth

Lisbeth, pequeña abejita de la colmena.
Contigo hay tantas cosas que dan pena,
como verte llorar a ti, pequeña,
porque todas las cosas no son buenas.
¡No sé, Lisbeth, pero, pienso yo
que tú tienes una pena!

Si yo pudiera llegar al fondo de tu alma
y encontrar lo que oculta tu mirada,
serena y cristalina como el agua,
que baja del riachuelo a la quebrada.
¡No sé, Lisbeth, pero, pienso yo
que tú estás enamorada!

Perdóname esta canción, Lisbeth,
pero te encontré llorando,
y, en el cristal de tus lágrimas
dos penas iban rodando.

Mientras pasaba el desvelo

*... pintaba en el azul de tu cielo,
con tinta de mi corazón,
un cuadro de ilusión y de anhelos.*

ADELIS FRÉITEZ

Una noche de esas, que a veces nos llegan por ahí, en que uno se acuesta como muy cargado de energía y no logra conciliar el sueño, me levanté y me fui a la biblioteca a buscar algo para leer. Mientras apuntaba con el dedo, tratando de seleccionar el libro, se me vino una cancioncita con letra y música:

Anoche, mientras pasaba el desvelo,
pintaba en el azul de tu cielo,
con tinta de mi corazón,
un cuadro de ilusión y de anhelos.

Esta canción que transcribo se llama “Acidito”, tiene, hasta donde yo sé, unas quince versiones... pero solamente Cecilia Todd se acercó a lo que yo quise plantear, tanto en la música como en la letra. Subrayé, y sigo subrayando, la palabra desvelo, porque todos los que me han honrado con el honor de grabarla, en vez de desvelo, dicen “destello”. Cito el Pequeño Larousse:

“Desvelo: Acción de desvelar o desvelarse”. Y agrego yo: “¡No poder dormir, pues!”.

“Destello: Rayo de luz, resplandor, ráfaga”.

¡Queridos amigos, María Teresa Chacín, Ilan Chester, Aquiles Machado, Isalis, cantante francesa, y otros... corrijan, por favor!

Acidito

Merengue larense

Anoche se reflejaba la luna
sobre el espejo de la laguna.
Y me hizo acordar de una ilusión
que llevo en el corazón,
cual ninguna. (Bis)

Cual la tuna del limón,
se clavó en mi corazón,
y me dejó sin ilusión,
sin amor y sin fortuna. (Bis)

Debajo de un limonero en flor,
no se me olvida el “¡Te quiero, amor!”. (Bis)

Aunque debiera olvidarte
porque ya pasó la floración
y se le cae de la mata,
acidito, el juguito e limón.

Gota a gota va cayendo
y ardiendo en mi corazón. (Bis)
Anoche, mientras pasaba el desvelo,
pintaba en el azul de tu cielo,
con tinta de mi corazón,
un cuadro de ilusión
y de anhelo. (Bis)

Acidito es el sabor,
como néctar del amor,
que está escondido en una flor
de un limonero en celo. (Bis)

Debajo de un limonero en flor... etc.

El cardenal

*A mi viejo tío Evaristo,
cortador de leña, ordeñador de cabras
y recogedor de recuerdos...
porque no se dejó desarraigar.*

Una vez me dijo mi mamá cuando estábamos ensayando “El cardenal”: “¿Y de dónde sacaste esa canción, si tú ni cortaste leña e cují ni recogiste cabras pa llevarlas al corral?”. Y tenía razón. Esos oficios no eran propios de Las Cuibas, porque allá no hay cujjes ni cabras. Esa canción nació de las vivencias de mi tío Evaristo, un hermano de mi papá, a quien quise mucho. Él también era muy dado a recordar y me contaba muchas cosas, alegres unas y muy tristes otras, de sus vivencias de niño campesino. No tuve la oportunidad de cantársela, aunque la escribí inspirado en sus memorias, porque murió en esos mismos días.

Así como nacieron “El cardenal”, “Se fue llorando”, “Acidito” y tantas otras, así nacieron todas mis canciones; siempre hubo una razón para escribirlas. Contar la historia de cada una de ellas resultaría, quizás, de poco interés, pero todas ellas tienen una razón para existir, y una verdad para contar, sin negar que hay siempre un suave maquillaje de fantasía, y siempre dejando algo para que la imaginación le dé cuerpo y vida al mensaje que siempre va implícito en cada una de ellas. No todas serán conocidas ni grabadas. Algunas se quedarán por ahí en alguna carpeta y pasarán al olvido.

Cuando los hijos se van

*Caminante, son tus huellas
el camino y nada más.
Caminante, no hay camino,
se hace camino al andar.
Al andar se hace el camino,
y al volver la vista atrás,
se ve la senda que nunca
se ha de volver a pisar.
Caminante no hay camino
sino estelas en la mar.*

ANTONIO MACHADO RUIZ (1875-1939)
POETA, DRAMATURGO Y NARRADOR ESPAÑOL

En relación con mi vida familiar, siento que pasó tan rápido que ya mis hijos crecieron y se fueron, aunque nunca se van del todo, pero a cada quien la vida lo va llevando y es necesario echar a andar y hacer caminos, como dice el inmenso poeta universal Antonio Machado. No me siento triste por la ausencia de ellos, pienso que los hijos no nos pertenecen, los hijos son del universo y, además, mi compañera y yo los disfrutamos mucho, los vivimos a plenitud y nos sentimos satisfechos de haberles dado mucho amor, comprensión, una buena educación y todo el apoyo que han requerido para salir adelante. Guardamos muchas anécdotas y recuerdos gratos de los queridos y añorados días de la infancia de cada uno de ellos.

Ferrer, por ejemplo, cuando tenía como cuatro o cinco añitos, llegó corriendo un día y se me sentó en las piernas con una inocente alegría reflejada en su carita llena de chocolate. Se acababa de comer un helado: “¡Papá, cuando sea grande quiero ser heladero!”. Yo le pregunté: “¿Y eso por qué, hijo?”... “¡Pa comerme todos los helados del carrito!”.

Ferrer se dedicó a la música popular y en el año 2004 se fue de gira por Europa, tocando batería con un grupo de salsa que conoció en París. Viajó por Alemania, España, Holanda, hasta tocó en un país árabe y, en estos días en que escribo estas líneas, está residenciado en Pontevedra al norte de España, con una agrupación de música latina.

A Leonor, cuando estaba muy pequeñita, le gustaba mucho comer huevos. Un día se había comido dos y quería otro. La mamá se le puso muy brava y le dijo: “¿Qué es lo que te pasa, Leo? ¿Por qué te gusta tanto comer huevos?”. Y ella, en su inocencia, ni cuenta se dio de que dijo una palabrota bien fea y ordinaria: “¡Ah, porque yo soy una güevona!”.



Ferrer y Leonor: “¡Pa comerme todos los helados...!”.



Antonieta, Leonor y Adelis: “¡Porque yo soy una güevona!”.

Leonor Antonieta vive en París desde hace cinco años. Se casó con un venezolano, vecino de nuestro barrio. Ella estudia flauta transversa y trabaja medio turno, mientras que su compañero trabaja en un local nocturno de París. De esa manera y con los pocos recursos que logramos enviarle, ha logrado mantener el hogar con tres hijos, y medio pagarse lo poco que ha logrado estudiar, porque no fue posible que le otorgaran una beca o una ayuda, a pesar de tantos esfuerzos y diligencias que hemos hecho mi compañera y yo. Incluso hablamos con el Presidente de la República en una ocasión, y también Leonor lo hizo en la oportunidad en que Chávez fue a París, pero no ha sido posible hacer efectiva una respuesta de algún organismo oficial. Esta canción que transcribo a continuación se la escribí a Leonor porque, cuando estaba muy pequeñita, se aferró a una muñequita de trapo que la cargaba para todas partes, y fue por mucho tiempo su juguete favorito. Fue grabada por la niña María Colmenares para la producción *Entre viejos y tripones*:

La muñequita de trapo

Cuando yo estaba recién nacida
era tan chirriquitiquita
y me trajeron tantos regalos
que no cabían en mi cunita.

Hoy, que ya tengo más de cinco años,
siempre recuerdo la algarabía,
eran juguetes y más juguetes
que todo el mundo me traía:

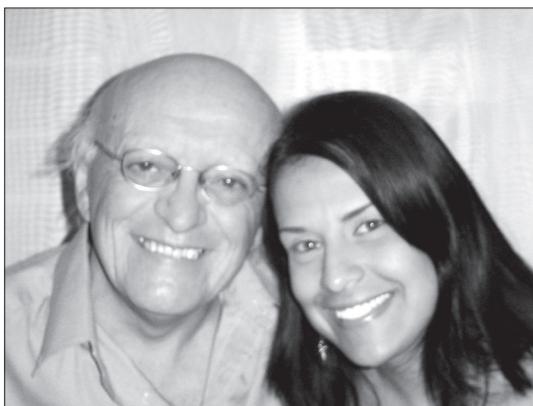
Papito me dio un patito, ¡cua cua!;
mamita, una cadenita;
mi abuelo me dio un pañuelo, ¡ay, sí!;
mi hermanita, una cajita
donde salía una musiquita
como del cielo.

Una pelota me dio Carlota,
un escarpín me dio Serafín,
una perinola me dio Lola,
y un piano e' cola me dio Martín.

Pero el juguete que yo más quiero
y guardo siempre, allá en su cunita,
es una muñequita de trapo
que me trajo mi abuelita,

¡Juanita, Juanita,
se llama mi muñequita,
yo la quiero, yo la adoro,
porque es linda y es negrita!
¡Juanita, Juanita,
se llama mi muñequita,
es muy linda, muy bonita,
me la trajo mi abuelita!
¡Juanita, Juanita,
se llama mi muñequita.
Yo me puse grandotota
y ella se quedó chiquita!

Nuestra hija menor, Imelda Aurora, cuando tenía seis o siete años, participó en el Festichamo con “La negrita Aurora”, un me- rengue que escribí especialmente para ella y logró un tercer lugar. Ella también se dedicó a la música. Estudia en el Conservatorio, es cantante de ópera, pertenece a la Cátedra de Opera del Estado Lara y estudia, también, en la Universidad Pedagógica. Ha realizado via- jes por Europa, específicamente a Italia, y por algunos países del sur del continente, en actuaciones artísticas. Actualmente dirige el coro infantil de la Orquesta de Cabudare y el coro infantil de la Orquesta Sinfónica de Lara y ya está batiendo las alitas con ganas de volar.



Adelis Fréitez e Imelda Aurora: “La negrita Aurora”.

La negrita Aurora

Una señora llamada
Juana la Cubana
que puso a bailar a la gente
como a ella le dio la gana.

Para que lo sepa, querida señora,
yo soy la negrita Aurora,
la que está dando la hora
con el cuatro y la tambora,
bailando música venezolana.

Yo bailo merengue sabrosón
y lo bailo con todo el corazón,
golpe tocuyano y galerón,
y del tamunangue, todo el son.

Yo bailo joropo, señora,
como debe ser,
y también muevo la colita
así como la mueve usted.

Coro
Mueve la colita, Aurora.

Solo
Al compás de la tambora.

Coro
Mueva la colota, Juana.

Solo
Con la música cubana.

Para que lo sepa, señora,
aquí mando yo,
porque a mí nadie me gana
bailando al golpe del tambor.

También yo bailo
la música dominicana
y pongo a bailar a la gente
como a mí me da la gana.

Pero yo quisiera ver
a misia Juana,
así como baila rumba,
bailando un zumba que zumba
en tierras venezolanas.

La cubana baila bien el son,
y lo baila con todo el corazón.
Baila la guaracha y el danzón,
y en la sangre lleva su tambor.

Pero al tamunangue, señora,
hay que darle sabor.
Y mover bien la colita
así como la muevo yo.

Coro
Mueve la colita, Juana, etc., etc.

Pobre Lázaro

*No duele tanto morir
para ir al más allá.
Doloroso es revivir
y volver al más acá.*

LUCINDO APÓSTOL

COMPOSITOR, POETA, DECIMISTA Y MÚSICO POPULAR

VENEZOLANO

Un día me llamó mi hija Leonor desde París para decirme que, a través de la Embajada, iban a invitar al grupo Carota, Ñema y Tajá a actuar en dicha ciudad, en *La Fête de l'Humanité*, actividad que celebran todos los años los partidos comunistas de todo el mundo para reafirmar el pensamiento solidario de todos los pueblos y la lucha contra el terrorismo, el imperialismo y la guerra. Es un festival donde se promueve la paz del mundo. Mi hija me informó que el embajador de Venezuela en Francia, Jesús Arnaldo Pérez, había enviado correspondencia al gobernador del estado Lara, teniente coronel Luis Reyes Reyes, para que este apoyara económicamente el proyecto. Fui rápidamente en busca del gobernador, quien me manifestó que ya había recibido correspondencia desde París y que contara con ese apoyo. Me fui tranquilo a mi casa a preparar al grupo pero, al siguiente día, apenas me levanté, sentí un profundo dolor en el pecho y esa misma mañana fui hospitalizado en Ascardio con un nuevo infarto.

Habían pasado cerca de veinte años desde la primera intervención quirúrgica a pecho abierto en el Hospital Universitario de Caracas. Los médicos opinaban que había que hacer un estudio muy cuidadoso, porque realizar un cateterismo implicaba riesgos, pero, finalmente, se decidieron. Fui llevado a pabellón y estando en pleno proceso de exploración, que consistía en introducir un catéter por la femoral hasta llegar al corazón, el médico me sugirió que me mantuviera muy alerta, para que colaborara en el sentido de contener la respiración cuando él me lo ordenara. En eso estábamos cuando, de pronto, sentí que no tenía ningún interés en seguir en ese proceso; me dio como una somnolencia, y rápidamente comencé a sentir o, no sé

si a soñar, que iba pasando en mi carro por Cuara, el pueblo donde nací, rumbo a Las Cuibas, el campo donde me crie. Me sentía como muy livianito y, además, iba feliz manejando mi carro. De repente, sentí un tremendo chispazo en lo más profundo de mi conciencia, fue como un corrientazo que me produjo una horrible y extraña sensación y hasta ahora no sé cómo explicarla. No sabía qué había ocurrido ni dónde estaba, me fui recuperando poco a poco del impacto eléctrico, sentí que la enfermera me sobaba la cara y me decía dulcemente: “¡Tranquilo, señor, que ya todo pasó!”. Le pregunté al médico: “¿Qué pasó, doctor? ¡Creo que me desconecté!”. Y él me dijo: “¡Tranquilo, después te explico! ¡Sigamos! ¡Aguanta la respiración! Etc., etc.”.

Cuando terminó el proceso, el doctor Torres, que así se apellida y es el mismo que hace veinte años me hizo el primer cateterismo y, además, es un amigo de confianza, me dijo: “Okey, Adelis, la vaina es la siguiente: el puente que te hicieron hace veinte años se jodió, una coronaria no te sirve y la otra está escoñetá. ¡Hay que operarte de nuevo!”. Me trasladaron a mi cama y, apenas llegué, la enfermera de turno miró con asombro unas rosetas que tenía en el pecho, algo así como unas quemaduras, y me preguntó: “¿Qué te pasó?”. Se fue corriendo y se apareció con la doctora de guardia, ella me explicó: “Lo que te pasó fue que te moriste por unos segundos y te hicieron algo para revivirte. Ya el doctor Torres me lo explicó”. Y yo pensé un poco más tranquilo: “Lo malo no es morir, lo desagradable es que lo resuciten a uno... ¡Pobre Lázaro!”. Todo esto me sirvió para escribir un golpe larense que fue grabado para mi disco *Vivir para cantarla*.

Muerto e' la risa

Golpe larense

Cuando me llegue la muerte
la recibo con un beso.
Al que le toca le toca,
yo no me muero por eso.

Soñé que un día me llevaban
a enterrar a toda prisa.

Y era porque estaba muerto,
pero muerto de la risa.

¡Ja, ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja, ja!
La risa que a mí me da
cuando veo a tanta gente
sumida en la vanidad.

¿Para qué tanto postín,
tanto orgullo y vanidad,
si, cuando te llegue el fin
nada te vas a llevar?

Yo quisiera estar aquí,
yo quisiera estar allá.
Quisiera vivir por siempre
y no morirme jamás.
Pero me muero impaciente
por saber que hay más allá.

Por casualidad, ese día andaba, por las instalaciones de Ascardio, el gobernador Luis Reyes Reyes revisando unos monitores que había donado la gobernación a la institución; se acercó a mi cama, con cara de sorpresa, y me preguntó: “¿Qué te pasó?”. Le explique todo y me dijo: “¡Tranquilo, que eso lo arreglamos con el FUS!”. A los quince días ya estaba operado. Fue un proceso más sencillo porque no me abrieron el pecho, simplemente me colocaron dos *stents*, a través de la introducción de un catéter por la femoral. Los gastos los cubrió el Fondo Único Social, FUS. A los siguientes quince días ya estaba cantando en París con el grupo Carota, Ñema y Tajá, en un concierto en la Fiesta de la Humanidad, otro en un auditorio de la Unesco y otro en Ginebra, Suiza, invitados por la Asociación de Venezolanos en Suiza.

Tania y Guillermo

Creo en la amistad como el invento más bello del hombre.

AQUILES NAZOA (1920-1976)

ESCRITOR, PERIODISTA Y HUMORISTA VENEZOLANO

Siempre me ha gustado cultivar las amistades y en París conseguí a dos personas de las cuales me enamoré por su condición de hermosos seres humanos. Ellos son Tania y Guillermo. Guillermo y Tania son como “nosotros”, andan por ahí soñando con un mundo diferente y creyendo que las cosas se pueden arreglar con buenos deseos y con canciones solidarias. Tania y Guillermo, al igual que “nosotros”, a veces tratan de ser buena gente y hasta lo han logrado. Bueno, no hace mucho tiempo que conocimos a Guillermo y Tania pero nos da la impresión de que también son llorones como “nosotros”, creemos que ellos son tan sensibles que hasta lloran de alegría. Y es que llorar de alegría es como muy reconfortante, porque las lágrimas salen calienticas, ruedan por las mejillas y lo bañan todo a uno con una sensación de dulce paz y ternura. Fíjense que cuando uno llora de alegría el corazón no se arruga, por el contrario se expande... se expande... y se expande, pero se expande tanto que puede llegar a estallar.

¡Santo Dios, imagínense que todos los corazones del mundo estallen de alegría! La gente saldría por las calles gritando como loca: “¡Señores, estalló la paz!”. Y, como todos van llorando de alegría, se formarían unos ríos inmensos de lágrimas tibias que irían a remojar la tierra y, según dicen los duendes montañeros, las lágrimas tibias y que sirven para descontaminar. Lo que significa que todo el planeta volvería a ser tan fértil como el primer día de la creación y brotarían flores de todos los colores y saldrían de la tierra muchos animalitos que “nosotros” creíamos que se habían extinguido pero no, estaban en nuestros sueños y en los sueños de Tania y Guillermo, y todos vendrían a cantar y a celebrar el milagro de la vida. Y llegarían también los colibríes, que son como pequeños helicópteros de la naturaleza y que “nosotros”, allá en el campo, llamábamos “Pita la flor”. Llegarían haciendo piruetas y aletearían cien mil veces por segundo frente a las flores para extraer la miel, llevarla en sus piquitos y de esa forma

alimentar los sueños de Tania y Guillermo... ¡Claro, también los de “nosotros”! Ríos y más ríos de lágrimas tibias penetrarían por todos los recovecos del planeta, y llegarían hasta donde los hombres guerreristas tienen escondidas las bombas nucleares, las mojarían y ya no volverán a representar una amenaza para la humanidad. Hasta los perros de la guerra se irían, con el rabo entre las piernas, a no se sabe qué apartado rincón del planeta, a ladrar de miedo y de impotencia. Y que me perdonen la comparación los otros perros, que son nuestros fieles compañeros.

“Nosotros” conocimos a Guillermo y a Tania en la Fiesta de la Humanidad, que se celebra todos los años en la ciudad de París. Allí se reúnen los poetas y soñadores del mundo, unos cantan, otros beben y comen, otros se abrazan y algunos hasta se ponen muy bravos y dicen discursos donde acusan a las grandes potencias imperialistas de violar los derechos humanos de los países más débiles. Sobre todo les tienen una gran arrechera a “los gringos de mierda”.

A “nosotros”, al igual que a Tania y a Guillermo, nos preocupa cuando la gente se pone así, o sea, cuando se ponen bravos y hablan de arreglar las cosas por las buenas o por las malas. Y nos preocupa también la actitud guerrerista de algunos dirigentes y gobernantes del mundo. Es que “nosotros” somos pacifistas, no creemos en la violencia porque, además, no tenemos “armas” para luchar de esa forma, pero sí tenemos “almas” y con las almas se puede hacer muchas cosas hermosas. ¡Cómo será que las personas que se quieren lo primero que sacan a relucir es el alma! “Te quiero con el alma”, se dicen, y se miran a los ojos como tortolitos. Bueno, “nosotros” también nos decimos así porque creemos que en las alas de las almas cabalga el amor, y donde hay amor hay justicia, y donde hay justicia hay paz, y donde hay paz es donde “nosotros” queremos vivir.

A todas estas ustedes se preguntarán... ¿Quiénes son “nosotros”? Bueno, “nosotros” somos o, mejor dicho, ella es Toña, y anda por el mundo igualita a como nació, desnudita en pelota, y es tan transparente que a veces se le ve el alma. Yo se la he visto muchas veces. Y yo soy el más grande soñador que haya existido jamás, no en el mundo, sino en mi pequeño “mundito” donde habito y me encierro algunas veces conmigo a escribir estas pendejeras... y a llorar a solas por la sola ociosidad de sentir el calorcito de mis lágrimas.

Unidos por el canto

*¿Qué ha de ser de la vida si el que canta
no levanta su voz en las tribunas
por el que sufre, por el que no hay ninguna razón
que lo condene a andar sin manta?*

HORACIO GUARANY (1925)

CANTAUTOR Y ESCRITOR ARGENTINO

En una ocasión viajé a París con toda mi familia. Logramos organizar un *tour* con doce personas, ya que una agencia de viajes nos dio precios muy especiales. Cuando teníamos un mes en la Ciudad Luz, nos estábamos quedando sin dinero y no podíamos regresar hasta los cuarenta y cinco días, según el convenio con la empresa aérea y la agencia de viajes. Para tratar de solventar la situación, improvisamos un grupo musical con toda la familia, incluyendo a dos de mis sobrinos, Bertica y Valmorito. Nos fuimos a cantar “El espanto”, “Los dos gavilanes”, y varias canciones que previamente habíamos ensayado. Íbamos a los sitios más concurridos de París, Saint Michel, la iglesia de Nuestra Señora de París o Notre Dame, y la iglesia del Sagrado Corazón o Sacré-Cœur, situada en la parte más alta de París; donde está el paseo de los pintores. Allí colocábamos el estuche del cuatro en el suelo. La gente se paraba a vernos cantar, otros pasaban indiferentes y tiraban monedas, algunos hasta se instalaban, y no se iban. Igual no nos íbamos nosotros hasta que llegaba el policía y nos corría. En esa aventura conocimos a un muchacho venezolano quien nos invitó a su casa a conocer a su familia. Eran llaneros que tenían muchos años viviendo en París, con ellos compartimos toda una tarde de canciones y buen vino, porque también eran “fiebreros” de la música.

En otra ocasión estábamos cantando y no había mucha gente. Yo le comenté a la familia: “¡Hoy la vaina está dura! ¡Cenaremos “sanguches” de pan y queso!”. De pronto llegó una señora y se sentó en un murito a vernos cantar. Se veía que le gustaban nuestras canciones porque nos sonreía y aplaudía con entusiasmo. Cuando terminamos de cantar se nos acercó y nos preguntó de dónde éramos. “¡Somos venezolanos!”, dijimos con orgullo. Nos contó que ella era nicaragüense, nos habló de aquel proceso revolucionario que había sido penetrado por la CIA.

Hablamos mucho y de muchas cosas con ella, sobre la situación política en América Latina, sobre el proceso revolucionario que se estaba dando en Venezuela y, ya despidiéndose, nos dijo, visiblemente emocionada: “¡Venezuela es la gran esperanza de Latinoamérica!”. Hizo una pausa y agregó con énfasis: “¡Y del mundo!”. Abrió su cartera y nos regaló trescientos francos. Esa noche resolvimos una buena cena y me dormí pensando, más convencido que nunca: “¡Los pueblos de esta América Morena estamos unidos por el canto!”.

Mis sueños, mi gran amor, y...

Mi proyecto, por ahora, es tratar de cumplir con la promesa que me hice en Las Cuibas. Ya estoy en eso. Allí sembré duraznos, higos, membrillos y otros frutales que ya están aferrados a la tierra. Toña y yo estamos haciendo una casa de adobe para no perder el contacto con la tierra, en el mismo lugar donde estaba la casa materna, allí donde están sembrados los recuerdos más hermosos de mi niñez que viví plenamente y que disfruté con mis hermanos y mis padres. Allí también hemos sembrado el jardín de flores, en el mismo lugar donde lo tenía mi mamá y donde cantaba muy quedito aquellas viejas canciones, cargadas de amor y de ternura.



Mi proyecto, por ahora...



Ya están aferradas a la tierra...

Mi compañera, Antonieta Coromoto, o Toña, como yo la llamo, me acompaña desde el año 1971. Es profesora de Educación Integral, mención Educación para el Trabajo, y se graduó de magíster en Educación, mención Cultura Popular Venezolana, realizando la tesis El canto popular de Adelis Fréitez con el grupo Carota, Ñema y Tajá, toda una prueba de amor, como dijo mi primo, el sociólogo Nelson Fréitez.



Antonieta... Toda una prueba de amor.

En estos momentos es directora del Núcleo Escolar Rural Las Cuibas, integrado por ocho escuelas. Allí, en Las Cuibas, llevamos bastante adelantado nuestro proyecto de desarrollar un pequeño conuco, agricultura ecológica, si cabe el término, y en eso andamos, pero también nos hemos metido en algunos líos porque andamos tratando de organizar las comunidades en Asociaciones Civiles de Vecinos, Consejos Comunales y Comités de Usuarios y, como ella es la representante principal de los Consejos Locales de Planificación Pública por la parroquia Diego de Lozada, nos hemos encontrado con la reacción de los intereses creados. Todo sea por este proceso revolucionario en el cual creemos y por el cual luchamos con fe para salir todos adelante.

Pero, en realidad, lo más importante de todo esto es el hecho de habernos encontrado un día, ya de esto hace muchos años, en un hermoso y acogedor lugar que se llamaba El Mirador del Manzano, a unos veinte kilómetros de Barquisimeto, vía Río Claro. En el centro de la pista de baile había una estrella dibujada en el piso. Justo encima de esa estrella bailamos ella y yo, por primera vez, una hermosa canción de los Beatles que para esa época estaba muy de moda. Se trata de “Hey, Jude”. A partir de aquel mágico momento quedamos profundamente unidos por un sentimiento de amor y solidaridad y como iluminados por la luz de aquella estrella que, a lo largo de nuestras vidas, no se apagó nunca ni se apagará jamás.

Dudo que haya en este mundo dos personas tan profundamente unidas una con la otra, pero no fundidas, porque mantenemos y respetamos ese espacio tan grande para compartir como es la vida misma. Yo me siento parte de ella y seguro estoy de que no nos separaremos nunca. Estamos tan unidos el uno al otro por algo tan humano y divino a la vez, que somos como una sola persona; y quizás por esa razón nunca pude, ni tampoco le puse mucho empeño, escribir una canción exclusivamente para ella, pero en este “vivir para cantarla” siempre está presente.

Con Toña he compartido alegrías y tristezas, nos han pasado cosas muy hermosas en el camino de la vida, pero también cosas muy terribles... Un día sentí que se iba para siempre de mi existencia, que se derrumbaban nuestros sueños, que ya no sería posible seguir juntos. Le diagnosticaron un cáncer linfático. Yo observaba cómo cada día iba perdiendo peso, su mirada que siempre fue cristalina, pura y clara,

se fue tornando gris y triste. Yo sentía que no iba a poder soportar la soledad y el inmenso vacío que me dejaría su ausencia, y lloraba a solas con mucha tristeza.



Antonieta y Ferrer: “¡Tienes un cáncer, pero de eso no te vas a morir!”.

Por primera vez sentí en mi corazón lo que es realmente la tristeza profunda y desgarradora, porque ni cuando murió mi querida madre había sentido tanta desolación en mi alma. Nunca comprendí los sentimientos encontrados que se atropellaron en mi corazón el día que le di el último beso en su frente marchita. La verdad es que creo que me tranquilicé un poco, porque la observaba muy triste y muy sola, a pesar del cariño que le dábamos sus hijos y sus nietos. Me dolía mucho verla tan sufrida y tan callada, tan solita y tan resignada; nunca renegaba, siempre sentadita en su silla de ruedas, esperando con santa paciencia su último día y, cuando llegó ese su último día, pensé con un poco de resignación: “Por lo menos ahora podrá descansar. Y quizás se encuentre por allá con el viejo y sigan siendo tan felices como siempre lo fueron”. Por cierto, a los pocos días de su partida, soñé con ella, la vi sentada en una hamaca y me dijo con una hermosa sonrisa dibujada en su rostro, como en sus mejores tiempos: “¡Yo estoy muy sabrosa aquí!”. Le pregunté por mi papá y me contestó: “¡No, todavía no me han dejado verlo!”.

Con estas reflexiones y con estos recuerdos dando tumbos en mi cabeza, hablé con Toña con mucha franqueza, poniendo al desnudo la

terrible realidad de nuestra situación. “¡Tienes un cáncer, pero de eso no te vas a morir!”. Nos abrazamos con fuerza y lloramos con desesperación, pero decidimos y nos propusimos luchar hasta vencer y ganar la gran batalla por la vida. Por esa, su vida tan valiosa, que ella misma había ido desgastando cuando se dedicó a tiempo completo a la lucha social, mientras ejercía el cargo de directora de educación en el municipio Jiménez y luego renunció al referido cargo por inconsecuencias y falta de apoyo de la gente que debía dárselo; para luego incorporarse a la Misión Cultura como facilitadora en Cubiro, Quíbor y El Tocuyo, y a la vez tenía que estar muy pendiente de las ocho escuelas del Núcleo Escolar Rural Las Cuibas, del cual era directora. Aunque estaba allí un director encargado, siempre se requería de su concurso para resolver cualquier situación. Creo necesario aclarar que todo esto lo hacía con el mismo sueldo de maestra de escuela que siempre ha devengado. Por eso siempre solía decir: “¡Todo sea por la revolución!”, proceso por el cual se dedicó a luchar con convicción y a soportar las ingratitudes de muchos de los “politiqueros” que se aprovecharon de su buena voluntad para promover sus ambiciones personales, y de los cuales no ha recibido ni una llamada para preguntar por su salud aunque sea por morbosa curiosidad.

Sin duda de que esta intensa actividad, esta forma de vivir sin tregua y sin descanso le provocó, según opinión de algunos médicos, de los tantos que la examinaron cuando presentó los primeros síntomas de fiebre muy alta e intensos dolores en todo el cuerpo, un gran desgaste y un descenso de las defensas de su organismo y, como consecuencia final la terrible enfermedad que hoy enfrenta con fortaleza y coraje. Total que nos propusimos luchar y no morir, y en eso estamos. Son estos unos días muy duros y un poco grises pero nos están dejando un gran aprendizaje. No desistiremos y estamos aferrados a Dios que es amor, a la ciencia médica y al naturismo, especie de trinidad bendita, triangulo milagroso de la vida.

“Realmente es algo muy serio: tienes un cáncer”, dijo el doctor Barreto con pasmosa tranquilidad, como si nada estuviera ocurriendo, y terminó diciendo: “Pero te vamos a curar, tenemos un ochenta por ciento”. Gerardo Barreto es nuestro médico de confianza y amigo de toda la vida, por cierto, y, por casualidad, fue él quien me atendió

de emergencia en Ascardio hace unos veinticuatro años cuando me dio el primer infarto. ¡Ya llevo dos, dos operaciones del corazón y un marcapasos!, y con esa misma tranquilidad y santa paciencia me dijo: “¡Quédate sentadito en esa silla! ¡Tienes un infarto!”. Hoy es el médico que cada quince días le practica la quimioterapia a Toña y la deja agotada y sufrienda, por lo menos los cuatro primeros días. Él es específicamente un lado del triángulo, junto con Jorge Raht, un amigo de origen alemán que se presenta religiosamente, y con impresionante puntualidad, dos veces a la semana a practicarle acupuntura.

El otro lado lo conforma el naturismo orientado bajo la sabiduría del doctor Keshava Bhat, un estudioso profundo de la botánica quien, un bendito día, le prestó sus conocimientos a la señora Carmen de Fréitez o “Mamá Fréitez”, como la llaman sus pacientes. Ella es mi tía política, esposa de mi tío Evaristo, el que me dio la inspiración para escribir “El cardenal”, y se ha dedicado desde hace muchos años a darle esperanza y salud a muchas personas que acuden a ella, muchas veces desahuciados por la ciencia médica, y muchos han salido adelante, totalmente recuperados. Por esa razón, no dudé ni un momento y la llamé para solicitarle su ayuda. Ella se vino desde Caracas y se instaló en mi casa por varios días. Mucho antes de comenzar con la “quimio”, comenzamos con el naturismo y, dos días después de la primera toma de las ocho plantas, desapareció para siempre la fiebre que se presentaba por lo menos cada cuatro horas y provocaba en mi pobre Antonieta unos terribles temblores que la dejaban totalmente agotada. A partir de ese milagroso día, para ella, comenzó a recuperarse, mejoró notablemente su estado anímico y recobró el brillo y la fuerza de su mirada.

El tercer lado del triángulo lo conformamos todas las personas que le brindamos amor y nos aferramos a Dios con fe inquebrantable. Son muchos los mensajes que nos llegan todos los días, por diferentes medios, manifestando solidaridad y muchas las oraciones que se elevan al cielo para pedir por la salud de mi compañera porque, si alguna cosa hemos hecho en la vida, es cultivar la amistad; y allí están nuestros amigos, siempre dispuestos y demostrándonos que podemos contar con ellos, y aquí vamos nosotros, abriendo brecha, como dijo Alí Primera, superando obstáculos y viviendo intensamente nuestro

amor. Convencidos estamos de que no habrá una separación traumática. Un día llegará en que nos despediremos con tranquilidad para encontrarnos más adelante, no sé en qué lugar del universo, donde el amor y los sueños puedan seguir siendo una hermosa realidad.

El olvido... y nada más

Me dieron la existencia sin consultar conmigo.

Luego aumentó la vida día a día mi asombro.

*Me iré sin desearlo, y sin saber la causa
de la llegada mía, mi estancia y mi partida.*

OMAR JAYYAM O KHAYYAM (1048 - 1131)

POETA, MATEMÁTICO Y ASTRÓNOMO PERSA

Esta puede ser a grandes rasgos mi pequeña y gran historia. Apenas he cumplido sesenta y tres años. Aunque no me siento viejo, pienso que mi vida pasó tan rápido que no me percaté de muchas cosas. Puedo dar fe de que he vivido intensamente pero, en la inmensa eternidad del tiempo, nuestra pasantía por esta vida es infinitamente pequeña. Esta historia quedará inconclusa, como inconclusos quedarán mis sueños y mis planes. Jamás conocí el aburrimiento ni el ocio, pero el tiempo se me ha hecho tan corto que apenas estoy llegando y ya siento que voy de salida, me imagino que al mismo lugar de donde vine y con mi partida vendrá también... el olvido.

Pero al final nuestro epitafio escribirán
con ocho letras que nos dicen...
el olvido... y nada más.

Si logró llegar al final de la lectura, le cuento que este libro no se pudo terminar de escribir porque su autor se perdió buscando el camino del olvido en los recovecos de su propia historia, y posiblemente se sigue llamando... Adelis Pastor Fréitez Agüero.

A MANERA DE EPÍLOGO...

... Como decir, “con ñapa y todo”

*Que hay un inmenso peligro
que corre allí su mujer,
que se lo dice un amigo
que algo tenemos que hacer,
que vaya pronto a salvarla
y de ñapa voy con él.*

SIMÓN DÍAZ (1928–2014)

MÚSICO, COMPOSITOR, HUMORISTA Y CANTANTE VENEZOLANO

La ñapa era un pequeño obsequio que daban los bodegueros a los muchachos cuando iban a comprar algo. Los editores me permitieron darles esta ñapa, que, dado el tiempo transcurrido desde que terminé de escribir mi autobiografía, era necesaria.

Chano, dice mi mamá que le mande un kilo de azúcar, y me da la ñapa

Chano era el dueño de la única bodeguita que existía en Las Cuibas, por aquellos tiempos de mi infancia campesina. Hasta que Chano íbamos todos los hermanos con una especie de carretilla hecha de madera y una canasta grande incorporada, a la que todos llamábamos el carro de los amasijos, donde mi mamá colocaba bien contados y cuidadosamente acomodados los amasijos que se venderían a cinco por un real o a locha cada uno. Eso lo hacíamos una vez por semana, casi siempre los días jueves por la tardecita. De regreso nos veníamos con el carro de los amasijos vacío, haciendo cualquier travesura por el camino. Como yo era el más pequeño, hasta me montaban en la cesta del carro de los amasijos.

Un día, recuerdo, que Alí, quien era el más tremendo de todos, se subió a un barranco y lanzó una enorme piedra en medio del camino. Con esa piedra cayeron dos inmensos alacranes de color rojizo y con

tremendas ponzoñas amenazantes. Uno de mis hermanos agarró un palo y trataba de acercarlos para que pelearan entre ellos. En efecto, se abrazaban y se lanzaban ponzoñazos. Total que allí pasamos un buen rato divertido, jugando y hasta apostando a la pelea de los alacranes. Cuando nos percatamos, ya era casi de noche, serían como las seis de la tarde, comenzaba a oscurecer. Las seis de la tarde, según la creencia campesina, era la hora de la oración, aunque nunca vimos a nadie rezar a esa hora. Pero también decían que las ánimas comenzaban a desandar sus pasos y salían a purgar sus penas. “¡No joda! ¡Nos jodimos! Y ahora, ¿cómo hacemos pa pasar frente a la cruz del difunto Jorge?”. dijo Alí visiblemente preocupado.

El difunto Jorge era un muchacho que trabajaba en nuestra casa en las labores agrícolas, y era también una especie de todero, el que hacía de todo, hacía mandados, buscaba leña, ayudaba en el ordeño o cualquier otra cosa que lo mandaran. Mi mamá siempre decía: “¡Jorge es un muchacho muy bien mandao!”, y él se sentía orgulloso, así que todos le teníamos especial cariño. Jorge era como un niño grande, por las tardes cuando salía del trabajo, nos hacía carritos de latas de sardinas y jugaba con nosotros igual que un niño, y hasta peleábamos con él. A veces mi mamá lo regañaba y le decía: “¡Este guaro tan viejo igualándose con los tripones!”.

La tragedia de su muerte repentina nos conmovió a todos. Recuerdo levemente que nos fuimos al camino real a ver pasar el cortejo. Lo llevaban los pocos habitantes del caserío a enterrar al cementerio de Cubiro, en una urna rectangular hecha con cuatro tablas sin pulir que alguien las prestaría, a lo mejor desarmando alguna vieja cama. Caminaban lento y en total silencio. Recuerdo a mi papá con el ceño fruncido y a mi mamá, a su lado, llorando muy quedito, sin soltar ni un lamento. A Jorge lo mató Carlos. Se comentaba en el caserío que Jorge y Carlos se enamoraron de una misma mujer. Aunque nunca dejaron de hablarse, se miraban con recelo. Un día domingo, por la tarde, se encontraron en cualquier parte del camino, se sentaron a beber cocuy hasta avanzadas horas de la noche. Llegó el momento en que estaban bien borrachos y tocaron el tema de los amores y desamores, porque ella como que no tomaba muy en serio las propuestas de ninguno de los dos, pero ambos se sentían con derecho. Bebiendo y discutiendo, se fue enrareciendo el ambiente de aquella trágica y negra noche. De repente, Carlos sacó un puñal y se lo clavó en el corazón a Jorge.

Casi amaneciendo llegaron a la casa con la terrible noticia. Al poco rato vimos pasar a Colmenares, que así llamaban al jefe civil del caserío. Llevaba preso a Carlos para entregarlo a las autoridades en Cubiro y, como para agudizar más el dolor de los humildes habitantes del caserío, Carlos era el único hijo de Colmenares, y Carlos era también el compañero de la señora Hermelinda, una humilde mujer que para esos tiempos trabajaba en nuestra casa en los oficios propios: cocinando, lavando, pilando y criando un muchachito, hijo de Carlos, por supuesto. A la señora Hermelinda le dejó esa tragedia una gran amargura, la cual a veces descargaba sobre el niño, castigándolo brutalmente. Mi mamá trataba de intervenir y ella la miraba con el rostro desencajado por la rabia: “¡No se meta, señora! ¡Él tiene que aprender!”. Todos nos quedábamos en silencio, observando al pequeño salir al camino real a llorar desconsoladamente, llamando a su “Papá Calo”, como él mismo le decía.

Por allí, por aquel camino real, pasaron los dos, el viejo Colmenares y su hijo Carlos, uno detrás del otro, callados y taciturnos, con la cabeza baja y, sobre los hombros, la tristeza inmensa de aquella tragedia que dejó una pequeña cruz de madera a la vera del camino y, en una plaquita de metal tallado, un corazón traspasado por un puñal de cruz y un nombre sin apellido, Jorge.

Frente a esa cruz teníamos que pasar aquella tarde, ya oscureciendo. Nos fuimos acercando, callados y temerosos. Notamos, en la semioscuridad, que alguien había encendido una vela que protegía con una lata oxidada para evitar que la apagara el viento. La luz tenue de la vela proyectaba sombras tenebrosas y temblorosas sobre la cruz. Nos detuvimos en el acto, atemorizados y temblorosos como las propias sombras sobre aquella triste y solitaria cruz de palo. “¡Coño! ¿Qué hacemos?”, preguntó Isauro, el mayor de mis hermanos. Como respuesta, un silencio donde solo se escuchaba el aletear del viento sobre el pajonal y el acompasado cri-cri de un solitario grillito que iniciaba su concierto nocturno. De repente, dice Alí: “¿Qué vamos a hacer? ¡Pasar! ¡Aquí no nos vamos a quedar toda la noche! ¡Ustedes lo que son es unos cagaos!” y arrancó caminando rapidito y decidido. Lo seguimos todos, apretujándonos para darnos valor. Cuando íbamos pasando frente a la cruz, cerré los ojos y traté de rezar. De pronto, escuchamos un quejido triste y prolongado. Con los pelos crispados y, totalmente fuera de control, salimos en desordenada carrera, dejando

al frente de la cruz el carro de los amasijos. Después de correr un largo trecho, escuchamos que Alí, quien se había quedado un poco rezagado, nos gritaba con fuerza: “¡Epa, cagaos! ¡Vengan pa que me ayuden a buscar el carro de los amasijos!”. Nos devolvimos, temerosos e impresionados, viendo que Alí estaba como muy tranquilo, o sea, no estaba así como tan asustado: “¿Qué pasó? ¿Tú no escuchaste el quejido?”, preguntó Isauro. “¿Cuál quejido, cagaos? ¡El que se quejó fui yo, no joda! ¡Los muertos no salen!”. Nos regresamos, recogimos el carro de los amasijos y seguimos. Nos reíamos nerviosamente de las vainas de Alí, cuando el mismo dijo: “¿Y ahora cómo hacemos pa pasar por frente de la casa del viejo Ustaquio?”.

El “viejo Ustaquio” era un señor llamado Eustaquio Rodríguez quien, además, hacía de barbero en la comunidad. Él nos afeitaba a todos peloncitos y nos dejaba un moñito en la frente. No faltaba quien nos dijera, a manera de broma: “¡Pelón, pelón! ¿Quién te peló, que sin orejas te dejó?”. A lo que respondíamos todos: “¡El viejo Ustaquio!”. Y mi mamá nos regañaba: “¡No es el viejo Ustaquio, es don Eustaquio! ¡Él está muy viejito ya y, cuando se muera, les va a salir y les va a sacar la lengua pa que lo respeten!”.

En efecto, murió don Eustaquio, y su esposa, la señora Custodia, se fue con sus hijas a vivir a Cubiro. La casita se quedó solita y se fue deteriorando. Con el temor de que don Eustaquio nos iba a espantar y a sacar la lengua, comenzamos a ver la casa como algo fantasmal que nos causaba temor al pasar, hasta de día, por aquel camino real donde nos parecía verlo, dando tijerazos al aire y amenazándonos con cortarnos la lengua. Bueno, por esa casa fantasmal teníamos que pasar aquella oscura noche. “¡Si se van a cagar otra vez, yo pego un carrerón hasta la casa y los dejo aquí pa que los joda el viejo Ustaquio! Y le digo a mi papá que ustedes se quedaron echando vaina y jugando metra a que Chano”, dijo Alí.

Ante aquella contundente amenaza, nos dispusimos a pasar frente a la casa fantasmal en plena oscuridad y, otra vez, temblando de miedo. Nos fuimos acercando, tan calladitos, que solo se escuchaba el chirriar de la rueda del carro de los amasijos, el suave chas chas de nuestras cotizas y el concierto de grillos, no sé si atormentando o musicando la noche. Cuando íbamos pasando frente a la casa entre las sombras, yo la veía como más grande y más tenebrosa que nunca

y, otra vez, rezando y pidiéndole perdón a don Eustaquio por haberlo ofendido alguna vez y prometiéndole no volverle a decir “el viejo Ustaquio”. Cuando, de repente, Alí pegó un carrerón y gritó a todo pulmón: “¡La casa del viejo Ustaquio! ¡A correr to el mundo, y el que no corra se jode!”. Llegamos jadeando hasta el portón de la casa donde nos estaba esperando mi papá con una linterna encendida y nos preguntó: “¿Qué pasó? ¿Por qué llegan a esta hora? ¡Ya yo iba a salir a buscarlos!”. “¡No, papá! ¡Es que a que Chano estaban unos señores raros hablando con él y no nos podía atender!”, respondió Isauro de inmediato, a lo que agregé Alí: “¡Sí, papá, andaban con un policía de Cubiro!”. Mi papá se quedó pensativo y dijo entre dientes: “¡Ah vaina! ¿Qué pasaría? Bueno, mañana paso por allá a ver”... “¡No, no pasó nada, porque se fueron tranquilos y se despidieron de Chano como si nada!”, remató Alí, lanzándonos una mirada de complicidad a todos.

Diez años después

*Se dice que el tiempo es un gran maestro;
lo malo es que va matando a sus discípulos.*

HÉCTOR BERLIOZ (1803-1869)

COMPOSITOR FRANCÉS

Han pasado diez años desde que traté de perderme en los recovecos de mi propia historia, caminando quizás por el sendero del olvido, y pasando inexorable por la vida al igual que mi propio tiempo. Heme aquí de nuevo, con setenta y tres años a cuestas, con la misma compañera, tres hijos y cinco nietos. Han pasado cosas muy buenas y otras no tanto. En estos diez años mi compañera logró superar el cáncer a punta de amor, afecto, cariño, tratamiento médico y naturismo. A veces nos sentamos a recordar cuando ella estaba tan malita y el doctor Gerardo Barreto, viéndonos “arrastrando la cobija”, como él mismo nos decía, dibujando una seria sonrisa como de consuelo, afecto y solidaridad: “¡Sigan haciendo sus planes como si nada pasara! ¡No decaigan, que esta batalla la ganamos porque la ganamos!”. Y así tratamos de hacerlo. Seguimos con nuestros planes de construir nuestra casa en Las Cuibas, aunque tuvimos que parar el trabajo por

un tiempo, pero ya está terminada y allá pasamos los fines de semana, sin podernos mudar del todo por el gusto y la necesidad de seguir abueleando nietos. Algunas veces nos vamos toda la familia y, en otras ocasiones, los dos viejos solos a sembrar matas por el solo gusto de verlas crecer y pelear con los bachacos y otras alimañas del monte, pero viviendo la grandeza de llegar a viejos cargados de recuerdos y vivencias, hasta con una especie de nostalgia sabrosita que hace brotar lágrimas calienticas, como para regar el huerto de las añoranzas y los recuerdos bonitos de tiempos que ya no están.



La casa nueva, en el mismo lugar donde el tiempo se tragó la vieja casa materna.

Nació Vicente

*Cada hijo nos llena el corazón de amor y felicidad,
pero cada nieto lo aborda de ternura.
Seguramente dos de las experiencias
más satisfactorias de la vida son
ser nieto o ser abuelo.*

DONALD NORDBERG

ESCRITOR, ESTRATEGA, CONSULTOR Y PROFESOR BRITÁNICO

En un ratico de mirarnos a los ojos nos nacieron tres hijos y cinco nietos. Hace dos años y medio nació Vicente. Desde que Imelda supo que lo tenía en su barriguita, le cantaba, le cantaba y no paraba de

cantarle, y él, que todavía no se llamaba Vicente, tanto asimiló el canto, que al nacer no lloró sino que lanzó un fa prolongado, afináito y sostenido que conmovió a médicos y enfermeras. En estos días lo escuché cantando en el cuarto de los abuelos. Pensé que estaba solo y abrí la puerta con sumo cuidado para no distraerlo y tratar de grabarlo con el teléfono. ¡Oh, sorpresa! Ahí estaba con la abuela, ella limpiándole el culito y él, como todo buen patriota, cantando el Himno Nacional: “Yoya al bavo puelbo que ugo lanshó, la ley yespetando la vitú de honó”.



Vicente y su abuela... abueleando.

Los duraznos y los higos

Un acontecimiento que no fue muy bueno ocurrió con las matas de durazno, solo logramos recoger cuatro cosechas, se llenaron de plagas que se comían las flores y los frutos. La única manera de salvarlas era fumigar con insecticidas y fungicidas, mínimo una vez por semana, durante tres meses, hasta recoger la cosecha. Podrán imaginarse la contaminación. Las abandoné a su suerte, se las tragó el monte que creció rápidamente sobre ellas y casi todas sucumbieron. Solo quedan tres a las que cuido y de las que logro recoger algunos frutos y otros se los dejó a los pájaros. Los que recojo, los uso para echárselos al cocuy, porque todavía hace mucho frío, y un buen palo de cocuy añejado y reposado anima a un buen baño. Así que, cuando vean en alguna frutería unos preciosos duraznos rosaditos, jugosos y grandes,

no confíen mucho, porque pueden venir con una carga de plaguicidas bastante perjudicial para la salud.

Los higos luchan por sobrevivir a los hongos que les queman las hojas, se las marchitan y finalmente estas se caen, lo que disminuye la escasa producción. Algunas pocas frutas logramos recoger para hacer dulces cuando no se la comen los pájaros apenas comienzan a madurar. No es fácil la agricultura en estos tiempos modernos y de contaminación, pero seguimos desarrollando un pequeño conuco a punta de abono y productos naturales, para no contaminar y ayudar a proteger “nuestra querida, contaminada y única nave espacial”, como dice Walter en su *Dossier*, que no nos pelamos todas las noches para estar informados... “de los últimos acontecimientos en pleno desarrollo”.

Honoris y causa

*Por causa del honor.
Si por causa del honor
me dan un honor y causa,
sin prisa pero sin pausa
lo recibo con amor.
Ahora que soy doctor
celebraré con jolgorio.
Me compraré un escritorio
de la cosa más bonita,
una bata bien blanquita
y montaré un consultorio.*

ADELIS FRÉITEZ

Agradecimiento a las autoridades de la Universidad Nacional Experimental Simón Rodríguez, UNESR, en la persona de su rectora Ana Alejandrina Reyes Páez; al ministro de Educación, Ciencia y Tecnología, Manuel Fernández; a mi apreciada amiga y madrina, Lilia Vera; y a todos los que quieren y se dejan querer. Gracias a todos por compartir esta alta distinción que no esperé nunca recibir, porque jamás me propuse trabajar en función de algún reconocimiento, sin embargo recibirlo para mí fue un gran honor.



Honoris Causa. (Foto: Jorge Luis Cedeño)

Hay una extraña soledad en la calle

Un día pasó Ezequiel frente a nuestra casa, apuráito como siempre y le dijo a mi compañera: “¡Señora, a ese perro lo botaron! ¡Agárrelo pa usted!”. “¿Y quién lo botó?”, preguntó ella. “Un guaro por allí”, respondió Ezequiel y paró el pico, señalando pa allá. “¿Cómo se llama?”, preguntó ella. “¿Quién? ¿El perro o el que lo botó?”. “¡No, el perro no! El que lo botó”. “¡Ah, no sé!”, dijo Ezequiel con indiferencia. “¡Yo sé que es un guaro que vive por ahí!”, otra vez paró el pico y señaló pa allá. “¿Será que lo adoptamos?”, me preguntó Antonieta. “Y hasta bonito es el condenao”, agregó con entusiasmo. “¡Estás como loca!”, le respondí, “cuando lo vea Marru le cae a mordiscos y ¿cómo vas a mantener dos perros si de vaina puedes comprarle perrarina a Marruñeco?”, que es así como se llama nuestro perro. “¡Bueno, por lo menos le voy a buscar un poquito de perrarina!”.

El pobre perro botao andaba tan hambriento que se deglutió toda la perrarina de un solo jalón y con la misma se echó a dormir debajo de la moringa. La moringa es el único árbol que hay en la cuadra y, por cierto, lo sembramos hace muchos años. Viene siendo el tataranieto de dos que sembramos en el pequeño solar de la casa, producto de una semilla que me regaló el finado y recordado doctor Keshava Bhat, un médico naturista y estudioso de la botánica, natural de la India, que conocí el año 1983 en el Hospital Clínico Universitario de Caracas.

Por cierto, él llamaba a la moringa con otro nombre, le decía Ben. Nos contaba que es un árbol originario de la India. En los últimos tiempos la moringa se puso de moda y viene mucha gente a buscar hojas y semillas, llegan como si les asistiera algún derecho, así como dando una orden: “¡Señor, pásame el gancho que voy a bajar moringa!”. Pero nadie dice: “¡Señor, pásame la manguera que le voy a echar agüita a la matica, que me tiene la tensión muy controladita, porque me siento muy bien últimamente!”. Bueno, así somos los humanos. Y volviendo con el cuento del perro, este se acostumbró, se fue quedando frente a la casa, y la gente se fue encariñando con él, le daban comida y hasta le pusieron un nombre, le llamaban “Bonito”, pero creo más bien que ese nombre se lo puso Antonieta, porque en justicia fue ella que le brindó las primeras querencias. Ella me comenta que cree que en alguna vida pasada era una perra, porque siente mucho cariño por ellos, y que además que le gusta el olorcito que tienen, ¡guácala!

Cuando Bonito llegó a nuestra cuadra, hace como ocho años, era joven, elegante, y caminaba por esas calles con una cara de sobrao. Por esa razón se perdía hasta por dos semanas, perreando con cuanta vagabunda callejera se conseguía y peleando a mordisco limpio con sus rivales. Un día llegó casi arrastrándose con una tremenda herida en carne viva en una pierna, que se le veía hasta el hueso. Todos pensábamos que se iba a morir, porque no comía, pero como Bonito era agradecido, se dejaba curar, aunque se quejaba y lloraba cuando le echaban el remedio para evitarle los gusanos. Gracias a las atenciones de los vecinos se recuperó pronto y siguió su vida de rumbas nocturnas con las chicas del barrio, pero, como siempre, llegaba mordido e hinchado, producto de las peleas callejeras. Otro día se apareció Bonito con una compañera que se quedó a vivir en nuestra calle. Sin embargo estaba enferma. De igual manera, los vecinos la adoptaron y la curaron. Se hizo cotidiano ver a Bonito y a la Negrita dormir plácidamente a la sombra de la moringa. Pero el día menos pensado ocurrió un hecho que inquietó a todos: se apareció el antiguo dueño de Bonito con la intención de llevárselo a su casa. ¡Claro, ya estaba haciéndole verdadero honor a su nombre, estaba en realidad muy bonito! Y el señor que un día lo botó, como que se arrepintió y trató de llevárselo. Cuando Bonito lo vio, le batió la cola y hasta lo saludó, porque ladró emocionado como diciéndole: “¡Epa, chamo!, ¿qué pasó?, ¿qué

haces por aquí?”. A lo que el hombre respondió: “Te vengo a buscar. Así que recoge tus cosas y vámonos”, le decía, mientras le acariciaba la cabeza, y Bonito, que una vez fue su fiel compañero, se animó, rápidamente recogió sus cosas, miró a su compañera y de nuevo ladró como para despertarla, parecía que le decía: “¡Epa, vieja, vámonos!”. Ella se despertó asustada y gruñendo muy molesta porque le habían interrumpido su sueño. Justamente estaba soñando que vivía en una casa grande y que su amo la cuidaba y le daba mucha comida. Por casualidad, su amo se parecía al hombre que en ese momento le acariciaba la cabeza a su compañero. “¿Quién dijo miedo? ¡Vámonos, pues!”. Respondió ella muy decidida, a lo que el hombre refutó de inmediato: “¡No, chamo, a usted me lo llevo, pero a esta perra fea y vieja no, así que vámonos de una vez!”. Y comenzó a caminar hacia su casa. Bonito dudó por un instante. Entonces el hombre le dijo con autoridad: “¿Qué pasó? ¿Te vienes o no?”. Bonito se levantó lentamente, miró a su compañera como despidiéndose y se fue detrás del hombre de a pie. Cuando llegaron a la esquina, Bonito volteó hacia atrás y de un carrerón se devolvió y se quedó echado al lado de su compañera. El hombre se vino detrás de él mientras gritaba: “¡Este perro el carajo, malagradecido! ¿Te vas a venir o te caigo a correazos?”. Rápidamente se quitó la correa y se acercó a Bonito en forma amenazante. Este le ladró con rabia, enseñándole los colmillos, y lo mismo hizo la Negrita, quien se le lanzó encima. ... Paticas, ¿pa qué te tengo? Nunca jamás volvimos a ver al guaro ese que vive por ahí, como dijo Ezequiel parando el pico y señalando pa allá.

Pasaron los años, y Bonito, junto a su compañera, envejeció, siempre recibiendo el cariño de los vecinos de la cuadra. Pero, aparte de envejecer, Bonito se enfermó y se puso tan mal que se quejaba, trataba de pararse y no podía y, de paso, no probaba bocado, ni siquiera los exquisitos espaguetis que le preparaban con amor los vecinos de la cuadra. “¡Bonito, prueba esta vaina! ¡No me la comí pa dártela a ti! ¿Qué te pasa, viejo? ¡Anímate y come algo!”. Pero nada, él solo se quejaba y miraba con desgano la comida, aunque parecía que daba las gracias, porque se quedaba un ratito gruñendo suavemente como diciendo: “¡Gracias, amigo, pero me siento muy mal!”. Inmediatamente se prendieron las alarmas. Entre los vecinos hicieron una vaca para llevarlo al veterinario, luego Leonor lanzó un SOS por la red para

solicitar ayuda. Ahí pudimos comprobar que todavía hay mucha gente buena en Venezuela, no es como dicen algunos por ahí: “¡Este país se jodió, esto no sirve, Venezuela es una mierda!”. ¡Pues no es así! Y el que no lo quiera entender, que se dé una vuelteca por el mundo, pero con sentido crítico, a ver si consigue la camaradería y la solidaridad que tenemos los venezolanos. Venezuela es el mejor país del mundo y lo digo con propiedad, porque yo sí he dado varias vueltas por ahí y he visto vainas... Lo que pasa es que muchos de los que se van, son los que piensan de otra manera, y no quieren a Venezuela, mucho menos van a querer a los venezolanos. Algunos han tenido que regresar con las tablas en la cabeza... Pero bueno, sigamos hablando de esta perra vida o, más bien, de esta vida de perros callejeros.

Cuando Leonor lanzó el primer SOS por la red, la llamaron varias personas ofreciendo ayudar. Se llevó a Bonito a una clínica veterinaria, le hicieron exámenes y le diagnosticaron displasia en la cadera por golpes que se llevó en su vida de bohemio y por la vejez. Aunado a esto, un virus que le transmitieron las garrapatas; se necesitaban medicinas y eran costosas: “Y ahora, ¿qué hago?”, se preguntaba Leonor, cuando de repente recibió una llamada de un señor que le dijo: “La llamo por lo del perrito. Véngase, que la puedo ayudar en algo”. El señor resultó ser más buena gente que mecánico, porque su taller era pequeño y su casa, tan humilde como él. Evidentemente no disponía de muchos recursos, sin embargo sacó su cartera mientras le decía: “Esto es lo que tengo, cuatro mil bolos, que en algo pueden ayudar”. En efecto, en mucho ayudaron. Pero no fue suficiente. Ese mismo día Bonito falleció. Allí lo vimos morir tranquilamente, acostado como siempre debajo de la mata de moringa. Comentó Leonor que le sintió hasta el último latido de su corazón. Fue un momento muy triste, todos lloramos; pero nos conmovió mucho Isaías, uno de los pequeños de la cuadra, quien manifestó un gran cariño por Bonito y decía que era su mascota, lo vi con los ojos rojitos de tanto llorar. Tristeza total en la calle. Había una extraña soledad debajo de la mata de moringa. Solamente su viuda, que ahora la llaman Bonita, dormía intranquila cuando esa noche comenzó a sentir la ausencia de su querido compañero de toda su vida. Ahí nos percatamos de su querencia y de su dolor, porque tenía una cara de tristeza, a pesar de que ahora todos los vecinos la miman y la quieren.

Un día Leonor iba entrando a la casa. La Negrita, la Viuda o Bonita, como últimamente la han llamado todos, estaba como siempre echada muy cerca de la puerta, siempre debajo de la mata de moringa, cuando sintió el ruido de la llave. Al abrir la puerta se paró de inmediato y se metió antes que ella a nuestra casa, comenzó a mover su nariz en señal de que olfateaba algo en el aire, se fue hasta el garaje donde a veces dormía con Bonito, cuando estaba lloviendo o en Navidad, porque se asustaban con el ruido de los fuegos artificiales y nos pedían permiso para pasar la noche allí, pero a la mañana siguiente, cuando apenas abríamos el garaje para sacar el carro, se salían rápidamente en señal de que no les gustaba vivir encerrados, eran realmente los propios perros callejeros. Así que Bonita olfateaba y olfateaba por todo el garaje y miraba a Leonor como preguntándole: “¿Qué pasó, señora, dónde está Bonito?”. Realmente los perros no son tan perros como a veces se cree. A veces son más solidarios y camaradas que los mismos camaradas disfrazados de rojo rojito, que muchas veces nos caen a coba por radio y televisión. Eso lo hizo Bonita en dos ocasiones: luego de olfatear se echaba un ratito en el garaje como esperando a su compañero, se levantaba y rápidamente se iba de nuevo a la calle. Bonito y Bonita nos han dejado una gran enseñanza y un hermoso mensaje de fidelidad y amor, además, un gran dolor, sobre todo en los que también guardan en sus corazones un pequeño lugar para otras criaturas que, con todo derecho, pueblan el universo. ¡Hay una extraña soledad y un hastiado silencio en nuestra calle! ... ¡Ya no está Bonito!

Al que le toca, le toca

Al que le toca, aunque se quite.

Y al que no, aunque se ponga.

ANÓNIMO

Cuando me llegue la muerte,
la recibo con un beso.
Al que le toca, le toca.
Yo no me muero por eso.

Esta cuarteta la escribí no sé en qué momento, en algún desencuentro filosófico. Mi apreciado compadre, Lucindo Apóstol, escribió las cuatro décimas:

I

Nada es tan bueno o tan malo,
todo es simple circunstancia,
que hasta la muerte, en su andanza,
es a veces un regalo
y nadie puede negarlo.
Todo cambia de repente
de tal modo que la suerte
juega un papel importante.
Ojalá tenga bastante
“cuando me llegue la muerte”.

II

Y que nadie se lamente
ni llore por mi partida,
porque a ninguno la vida
le durará eternamente.
Debemos estar conscientes,
somos parte de un proceso,
con un adiós sin regreso
por un camino sin guía.

Pero si llega en su día
“la recibo con un beso”.

III

Lo que se sucede es que, a veces,
la muerte llega a destiempo.
Cuando no es dado el momento
que a nosotros nos parece,
cuando la vida florece
con el retoño que brota

y la esperanza provoca
ilusiones por montón.
Y se olvida la razón
“al que le toca le toca”.

IV

Hagamos la pasantía
que Dios nos tenga asignada,
sin aferrarnos a nada
ni calcular estadía.
Así más fácil sería
embarcarse en el expreso
sin ningún trauma de peso
porque nos llevan a juro.
Si el mañana no es seguro
“yo no me muero por eso”.

Comentario final

¡Coño, por fin!

ADELIS FRÉITEZ

En estos momentos la situación del país no es nada fácil. Con la dolorosa partida del presidente Chávez todo se ha trastocado, nos acogota una terrible crisis, hay escasez de alimentos, se forman grandes colas de pueblo y bachaqueros al frente de los abastos. Se desató una terrible ola de corrupción en algunas instituciones del Estado, se dice que hay una inflación inducida, los empresarios y comerciantes provocan escasez y desabastecimiento, escondiendo los productos de consumo masivo, se habla de guerra económica y bachaqueo, nombre popular del acto de comprar productos para revenderlos a precios exorbitantes. Es como una lucha de pueblo contra pueblo. Hay una situación muy delicada que el gobierno no ha podido controlar, la oposición no da pie con bola, no hay seriedad en los planteamientos políticos, hay una terrible crisis y aún no vemos la luz al final del túnel. Pensando en esa terrible plaga que es el bachaqueo o los hambreadores del pueblo, me

regreso a mis recuerdos infantiles de aquellos tiempos y esos campos apacibles y tranquilos.

Es una tarde con una lluviecita pertinaz que no moja pero empapa. Veo a mi padre, muy joven y enérgico, subirse a una mata de durazno y observar con mucha atención una hojita y así como hablando solo: “¡Anoche estuvieron aquí los bachacos! ¡Esta noche se van a joder!”. Y, en efecto, esa noche salía con una linterna. Yo iba detrás de él hasta la matica de durazno. Allí venía bajando la tropa de bachacos, cada uno con su hojita, y mi papá sigilosamente comenzó a seguirlos, y yo detrás de él, pasamos por una cerca de alambres de púas, por un mogote de moras espinosas, saltamos por un barranco, y yo detrás de él. Después de unas cuantas dificultades más, encontramos la guarida, una cueva grande con un montón de tierra en la entrada. “¡Ajá, aquí están! ¡Mañana venimos!”, dijo, mientras clavaba una estaca como para marcar el sitio.

Al otro día agarró un pico, una escardilla y una bolsita plástica pequeña, y yo detrás de él. Ahí estaba la cueva con un montón de tierra en la entrada, pero no se veía ni un solo bachaco. “¡Naguará, papá, se fueron! ¡Creo que te jodieron ellos a ti!”... “¡Espérate aí! ¡Ya vas a ver!”. Agarró el pico y, en menos que canta un gallo, hizo un hueco grande, dejando al descubierto una enorme madriguera, donde tenían unas peloticas blancas, y salieron en estampida miles y miles de bachacos. Rápidamente lanzó el veneno que traía en la bolsa, mientras decía, con voz regañona, casi a gritos como pa que lo escucharan más allá de los tiempos: “¡Así es que se matan los bachacos, no joda!”. Y pensaba yo en silencio: “¡Eso es pa que aprendan, carajo!”.

Ciertamente hay un gran aprendizaje en esta crisis que hoy azota y atormenta al pueblo venezolano. Decía Alí Primera en su “Canción para acordarme”: “¡Para algo debe servir la mierda en esta vida!”. Y nosotros lo parafraseamos: “¡Para algo ha de servir esta crisis que hoy nos acogota!”. En lo particular, en nuestra casa activamos un viejo molinillo de maíz que rescatamos del cuarto del diablo, o sea, donde se guardan los viejos cachivaches. Lo usamos para moler todo lo que se atraviesa pero, en especial, el maíz amarillo previamente sancochado, sin necesidad de pilarlo ni echarle cal para quitarle la cascara o concha. Se muele y se hacen unas arepas nutritivas y sabrosas que, ¡al carajo Lorenzo Mendoza con su escuálida y pálida Harina Pan

y su miserable actitud de esconder los productos de la dieta básica, que fabricó durante muchos años recibiendo dólares preferenciales de parte del Estado venezolano!

Consecuencia del bajón del petróleo hemos aprendido mucho y nos dimos cuenta, quizás un poco tarde, de que el tiempo de las vacas gordas pasó y que ya no podemos seguir siendo un país rentista. En muchos hogares venezolanos estamos activando la posibilidad de la siembra en pequeña escala, y viene dando resultado, porque en algo ayuda y, sobre todo, la satisfacción de consumir algo que uno mismo produce. Es una hermosa experiencia que bien vale la pena vivir y compartir. Hemos aprendido que la mayonesa, la margarina, los refrescos envasados en botellas plásticas y sobresaturados de azúcar y colorantes son terriblemente perjudiciales para la salud, y en las colas que hacemos para comprar lo necesario, nunca falta quien aporte ideas y recetas, sobre cualquier forma de preparar alimentos, por ejemplo, arepas de auyama, de yuca, de plátano, etc. Así vamos aprendiendo y, sin retroceder, mirando un poco hacia atrás en nuestra propia historia, encontramos a don Simón Rodríguez en su sabia reflexión: “Inventamos o erramos”. Ensayando e inventando vamos aprendiendo, resistiendo y avanzando. Somos realmente un gran pueblo, seguimos siendo la esperanza para Latinoamérica y el mundo.

Creo que valió la pena compartir con todos y todas estas que-
rencias y vivencias que nos aferran a la vida, de la cual nos iremos
tranquilos y satisfechos por el deber cumplido, a no sé qué lugar del
universo... Ya nos encontraremos de nuevo algún día...

Y en este dulce trajinar
por el camino del amor,
se va marchitando la flor
de tanto amor y tanto amar.
Pero en el surco de la vida
una semilla hay que sembrar.

ADELIS PASTOR FRÉITEZ AGÜERO

ÍNDICE

PRÓLOGO	7
<i>Canción sin nombre para la vida</i>	13
¿EN QUÉ MOMENTO COMENZÓ MI VIDA?	15
La Cruz Pelona	18
<i>La Cruz Pelona</i>	19
El dolor de mi tío Secundiano	20
Con el dentero pelao	22
<i>El espanto</i>	23
Paille	24
Colás	26
<i>La última tonadita</i>	26
Solidarios	28
La noche pascuera	29
<i>La noche pascuera</i>	29
Carta al Niño Jesús	32
En el Panteón Jardín	33
Cuando dentra la primavera	36
Mis pequeñas vivencias infantiles	38
Mi gente cubireña	39
<i>Pensativo y distraído</i>	42
<i>Mi gente cubireña</i>	44
Fortunato y Juan de Dios	45
El verso canta	47
<i>Popule Meus</i>	48
Aquellos juegos infantiles	49
<i>Las lomas de Cubiro</i>	53
¿No te acordai mío?	54
Mis pobres recuerdos infantiles	55
La fiebre por la lectura	57
El alma del Palomo	58
Este lo vide, este no lo vide	58
<i>Cuando estaba muchachón</i>	61
El guerrero atómico	64

Los abuelos	67
El tesoro del abuelo	68
<i>El abuelo</i>	71
Policía, carota fría	72
Con tu música a otra parte	73
¡Ojalá se muriera ese viejo pelón!	74
Viendo a Manolo tocar	76
La cosa ta' fea	77
El campesino se va a conocé Caracas	78
Guaro tenías que ser	79
“Que se me quemem las manos”... y se le quemaron	80
Vivir para contarla	81
Vivir para cantarla	83
El día que se paralizó el mundo	84
El cuartico de Chelique	87
Disparen primero...	89
<i>El compadre Juancho</i>	90
Él era un digno camarada	92
Miedo, rabia y asco	93
<i>El grito de la montaña</i>	94
Abrazados y solidarios	95
<i>Una flor y una canción</i>	96
Cantan muy bonito, pero es mejor que se vayan	97
La Maja Desnuda	98
Háganlo pa' ver	99
Garrapata	102
Soy capaz de echarle bolas	103
Los revolucionarios no deben tener miedo	104
Si no fuera por la gaita	105
<i>Protesta</i>	106
<i>Oro negro</i>	107
<i>Si no fuera por la gaita</i>	108
¡Y vamos pa' baile!	110
¡Santísima Cruz de Mayo... parió mi mujer!	110
El “insecto” del INCE	111
<i>El dientico bailador</i>	114

Entre viejos y tripones	115
<i>Mi pequeño corazón</i>	116
Retrátame a este	117
¡Nooooo, viejo, olvídense!	119
¡Puro pueblo, naguará!	120
El cardenal	126
<i>El cardenal</i>	126
<i>El cardenalito</i>	129
<i>La copla</i>	130
<i>Yo canté en la barriguita</i>	132
<i>La miel de tu corazón</i>	133
Les vamos a calentá ese culo...	133
Soledad	136
<i>Soledad</i>	137
El que le tira a la familia...	137
<i>Soledad</i>	139
Mejor sigo donde ando	141
Panita, del pueblo traigo la voz	142
<i>Del pueblo traigo la voz</i>	144
¡A esta la voy a abrazar suavcito!	146
Vivencias	147
<i>Vivencias</i>	149
La extremaunción	152
Compañero de caminos	153
<i>Compañero de caminos</i>	153
Dos gallos de pelea	155
<i>El pinto y el colorao</i>	156
<i>Los dos gavilanes</i>	157
Nosotros sí cumplimos	158
Otros viajes	159
El Caracazo	160
<i>El gran saqueo</i>	161
Sardinas golperas	163
<i>El golpe que ya usted "Chave"</i>	164
Así como "eschavetao"	166
La copla que el viento sopla	166
<i>Nos jugaron "camunina", no vimos ni la boina</i>	166

La verdad como bandera	167
Se soltó el diablo	168
<i>Se soltó el diablo</i>	169
'Tan jodiendo a Chávez	170
<i>Cosas veredes...</i>	171
Radio Bemba	172
<i>Radio Bemba</i>	173
Cómo nace una canción	173
Se fueron llorando	173
<i>Se fue llorando</i>	175
A nadie pido clemencia	177
<i>Clemencia</i>	177
Cantan con arrechera	179
<i>Lisbeth</i>	180
Mientras pasaba el desvelo	181
<i>Acidito</i>	182
El cardenal	183
Cuando los hijos se van	184
<i>La muñequita de trapo</i>	184
<i>La negrita Aurora</i>	188
Pobre Lázaro	190
<i>Muerto e' la risa</i>	191
Tania y Guillermo	193
Unidos por el canto	195
Mis sueños, mi gran amor, y...	196
El olvido... y nada más	202
A MANERA DE EPÍLOGO...	
COMO DECIR, "CON ÑAPA Y TODO"	202
Chano, dice mi mamá que le mande un kilo de azúcar, y me da la ñapa	203
Diez años después	207
Nació Vicente	208
Los duraznos y los higos	209
Honoris y causa	210
Hay una extraña soledad en la calle	211
Al que le toca, le toca	215
COMENTARIO FINAL	217

Edición digital
Diciembre de 2019
Caracas, Venezuela



Adelis Fréitez (Cuara, edo. Lara, 1943)

Hijo y nieto de campesinos; entrañables personajes de los pueblos larenses colmaron su imaginación y alimentaron su sensibilidad con una poesía sencilla que se arriesga por las grandes causas. Siendo aún muy joven, apoyó a la guerrilla que luchaba contra el régimen de Rómulo Betancourt. Se graduó como perito mecánico en la ETI de Barquisimeto, por lo que supo armar, el 3 de marzo de 1981, el grupo Carota, Ñema y Tajá, máquina maravillosa que transforma las alegrías, preocupaciones, sustos y sueños del pueblo en canciones que han trascendido las fronteras nacionales. Ha ejercido como docente en diversas universidades y recibido un doctorado honoris causa de la UNESR, mas su música nunca pierde la picardía y las tremenduras de sus tiempos de niño “guaro”. De la estirpe de cantautores como Alí Primera, a quien acompañó en los legendarios tiempos del Festival de la Canción Bolivariana, quienes se han regocijado con los cantares de este patrimonio cultural disfrutarán de este recorrido por la vida de uno de los cantores imprescindibles de la maravillosa tradición musical venezolana.

Vivir para cantarla Vivencias y canciones de Adelis Fréitez

Adelis Fréitez deja el cuatro a un lado y se dedica a mirar el camino andado a lo largo de un país que lo oyó nacer y multiplicarse. Hablar de este momoy es convocar un pueblo que cuenta y canta, construye y cosecha, ama y se compromete. Baste con decir que es el cofundador y director de Carota, Ñema y Tajá, sabroso legado del acervo cultural venezolano, para que se nos despierte el apetito por conocer más sobre la vida de este compositor, cantante e investigador de las tradiciones musicales larenses. Plasmada por medio de historias cortas que incluyen las letras de sus canciones, algunas hasta ahora inéditas, escritas a partir de su humano tránsito, esta autobiografía rebosa de sabor a pueblo, de esa Venezuela profunda que encuentra en seres como Adelis Fréitez razones para seguir floreciendo.

